

4622

Quero Lira 10/1712

CARTAS CRÍTICAS

SOBRE LA MEDICINA Y LOS MÉDICOS

POR EL DOCTOR.

ANASTASIO GARCÍA LOPEZ.

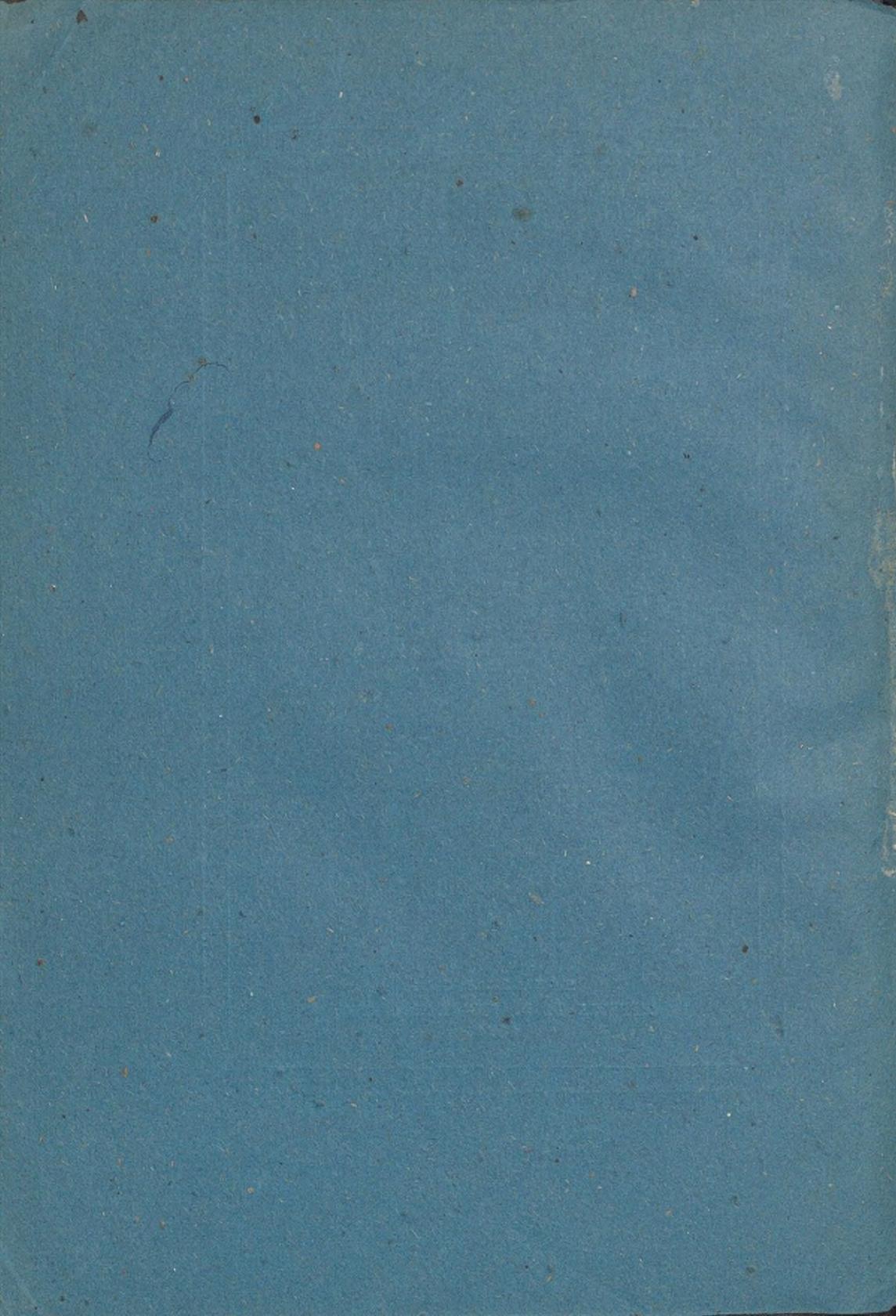
Anastasio Garcia Lopez

18.6.09
1911
dey 11/11



SALAMANCA:
IMPRESA DE D. SEBASTIAN CEREZO,
1871.





647-935

25-2^a (bis)

CARTAS CRÍTICAS

SOBRE LA MEDICINA Y LOS MÉDICOS

POR EL DOCTOR

ANASTASIO GARCÍA LOPEZ.



SALAMANCA:
IMPRESA DE D. SEBASTIAN CEREZO,
1871.

46222

LIBROS CRISTIANOS

SOBRE LA MEDICINA Y LOS MEDICOS

DE LA

UNIVERSIDAD

DE LA CIUDAD DE MEXICO

DE LA

UNIVERSIDAD DE LA CIUDAD DE MEXICO

1874

HACE algunos años publiqué en el periódico titulado EL CRITERIO MÉDICO una carta en estilo festivo, con objeto de censurar la práctica de algunos profesores. No era entonces mi ánimo escribir una colección de estas cartas; pero algunos sucesos, ciertas polémicas suscitadas en la prensa médica, y la escitación de mis amigos, me obligaron á continuar una série de ellas, que se hallan en varios tomos del citado periódico.

Habiéndome pedido muchas de las personas que las leyeron hiciese un libro, coleccionándolas separadamente del periódico, he accedido á ese deseo, que es el que motiva la presente publicacion.

Como LAS CARTAS CRÍTICAS se escribieron muchas de ellas sobre cuestiones de actualidad, no se entenderían bien algunas de las censuras envueltas en su sátira, sinó se esplicasen sus alusiones. Para este objeto he añadido varias notas aclaratorias cuando el asunto lo reclama.

Mi propósito en estas cartas fué, como lo vieron los que ya las conocen, oponer un dique á la mala práctica de los médicos, á tanto charlatanismo y á la invasion de la ignorancia en el templo de la ciencia; rechazando todo lo que me ha parecido erróneo, injusto y nocivo en la esfera de la medicina.

No es el presente un libro de enseñanza, sinó un pasatiempo cuya crítica expone el estado actual de la práctica médica, sobre todo de los profesores rutinarios, aunque estos hayan adquirido un nombre célebre. Ninguna profesion se presta tanto como la medicina á cubrir la ignorancia y á lograr una inmerecida fama en la opinion pública. Ninguna ciencia hay tampoco como ella cuyos adelantamientos sean peor aplicados y dén menos resultados á la humanidad.

Hacer patentes la impotencia de la medicina como arte, especialmente de la llamada medicina antigua, histórica ú ortodoxa, y el gran número de nulidades que la ejercen, es lo que me propuse cuando escribí mis *Cartas*, y el mismo que tengo hoy al reproducirlas coleccionadas.

Y declaro, que cuando empleo mi sátira contra individuos determinados, no es mi ánimo deprimir

en lo mas mínimo su dignidad ni inferirles ningun agravio, sinó poner de relieve con ejemplos vivos la impotencia unas veces, y los extragos que en otras se ocasiona con el empleo de la terapéutica que ponen en juego. No es, pues, á su personalidad á quien me dirijo, sinó á las medicaciones que emplean, y estas las han aprendido en la escuela llamada tradicional. Deseo que esta explicacion satisfaga á aquellos á quienes he tenido precision de citar por sus nombres, y sobre todo que la causticidad de mi estilo sirva para mejorar la práctica que ha sido objeto de mi sátira.



CARTAS CRÍTICAS.

1.^a

LA CLÍNICA DEL DR. SANTERO.—UNA HISTORIA DE SÍFILIS.—
LOS OPERADORES. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Es una gran verdad que el ocio es origen de vicios. Estoy en la pendiente de caer en el vicio de la murmuración, tan solo por mi ociosidad.

Como no tengo nada que hacer, estoy leyendo algunos números de *El Siglo Médico*.

Hay ideas muy inconexas, y sin embargo ellas se asocian à pesar nuestro.

(1) Hace algun tiempo que *El Siglo médico* estaba publicando una série de artículos que contienen las historias mas notables de *La Clínica médica* del doctor Santero. Con este motivo se esplican en dichos artículos las doctrinas del citado catedrático, la clasificación por grupos que hace de las enfermedades, y se pone en relieve su terapéutica. Todos cuantos conocen al doctor Santero saben lo aficionado que es à la polifarmacia, y se le critica por esto hasta por los mas afectos à la escuela à que pertenece.

La presente carta tiene por objeto censurar esa polifarmacia y ese sistema de emplear un medicamento para cada sintoma. Se ridiculiza igualmente el tratamiento local y desacertado que se empleó en un caso de sífilis; y se combate el afán de operar que hoy domina en muchos cirujanos, llevados del deseo de hacer ruido con grandes y difíciles operaciones, sin que entre para nada en su juicio el mal éxito que generalmente tienen. Tales son los tres asuntos objeto de la sátira empleada en esta primera carta crítica.

Leía la página 563 en el número 505, y se me vino á la mente el recuerdo de algunos sucesos políticos: ¿por que? Lo ignoro. No puedo decir mas sino que la palabra *Primer grupo* me recordó los motines y los bandos prohibiendo los grupos.

Los del Sr. Santero no están sujetos á la ordenanza, y por eso pasan sin que la fuerza los disuelva.

Pero están sujetos á la crítica, y por este motivo yo les voy á dar un varapalo.

Vea V. aquí un pleonasma innecesario. Bastaria el palo ó la vara; mas nuestro idioma quiere que sean las dos cosas: vara y palo.

Se trata de *las flegmasias del aparato respiratorio*, que es lo que constituye el primer grupo de dolencias en la Clínica Médica del Dr. Santero. He leído la historia de una pleuresia biliosa, bien descrita y muy mal tratada. Falta una línea á dicha historia, y es la siguiente: «el enfermo salió, sin curar de la clínica.» El tratamiento no hay que decir que fué armónico á las doctrinas vitalistas del célebre catedrático de clínica. Es bien sabido que el Sr. Santero hace entrar en órden al principio vital con muchas docenas de sanguijuelas, cataplasmas, unturas, cantáridas, enemas, etc. etc.

Sigue un caso de pleuresia reumática que la naturaleza curó por sudores; y otro de la misma índole, que terminó mal, á pesar de los *muchos y grandes remedios empleados*.

Ante todo rechazamos, en nombre de las buenas doctrinas vitalistas, la clasificacion de *flegmasias* que se hace de estos casos y otros análogos.

La última historia es un modelo de buena terapéutica, y por esto vamos á extractarla. La enferma entró de gravedad en la clínica. Como tenía dolores en el costado, se la pusieron dos docenas de sanguijuelas al mismo, y además una untura de belladona y láudano con su correspondiente cataplasma emoliente encima. Suavizando así la piel, no hay duda que habia de curarse la pleura.

Encuentro incompleto el tratamiento. La enferma tenía también dolores en las regiones lumbar y glúteas, y era lógico haber aplicado otras unturas y aun cataplasmas á estas regiones. Lo esencial es ponerle un tapon á cada sintoma, ó abrirle un agujero, segun los casos y circunstancias. Del elemento reumático no había que hacer caso para nada.

La enferma se agravó, y se la practicó una sangría y se aplicaron otras dos docenas de sanguijuelas.

Acabo de hacer un descubrimiento, y es este: *influencia de la aritmética en la terapéutica*. Nuestros enfermos van ganando con el retraso del planteamiento del sistema decimal. Si este se hallara en vigor, nuestros médicos mandarían diez, veinte, treinta sanguijuelas. Como aquí contamos por docenas se mandan doce, veinticuatro, treinta y seis; y no hay duda que en esta cuenta el enfermo va ganando un par de sanguijuelas en cada docena.

Como la enferma no marchaba bien á pesar de la sangría, las sanguijuelas, las unturas y cataplasmas, se suspendieron los tópicos, y se dispuso la aplicacion de una cantárida de á cuartilla rebajada—como si dijéramos, de talle corto—al costado izquierdo. El dolor no solo no cedió, sinó que se extendió á las paredes abdominales, presentándose, como era consiguiente, ardor al orinar.

Hay que variar de táctica y de tropas, se hecha mano de los *tártaros*, soldados que se batieron muy mal en esta campaña. He aquí un modelo de fórmula para las pleuresias reumáticas: *tártaro emético dos granos, tártaro soluble media onza, disuelto en libra y media de infusion de flor de sauco, con la adición de onza y media de ojímiel simple*. Á pesar de esta pocion y de los enemas continuaba el estreñimiento, que al fin se venció aumentando la cantidad del tártaro soluble. No obstante este triunfo, hubo que volver á hacer uso de la pomada que se habia suspendido, porque aumentó el dolor del costado; y como la vez anterior para nada sirvió la tal pomada, era lógico emplearla de nuevo.

El dolor se extiende por donde quiere, pues suavizado con los untos que le dan se escurre como una anguila.

La enfermedad se agrava, y por la misma razon que se volvió á la untura, se aplican otras dos docenas de sanguijuelas.

Se da órden para que los *tártaros* se retiren, y pasan á retaguardia, entrando en fuego tropas de refresco con algunas veteranas. Se prescribe una onza de sulfato de magnesia en una libra de agua y una onza de ojimiél simple, para tomar en dos veces con intervaio de media hora. ¿Para qué tanto tiempo de espera? Lo importante era sin duda que la enferma hiciera deposiciones; y se consiguió, puesto que hizo dos abundantes.

Esto me recuerda el dicho del cirujano de mi lugar, que hablando de su desgraciada práctica, decía con mucha seriedad: «Yo los sangro, los purgo y los afeito, y ellos se mueren: yo no sé en lo que consiste.»—Y luego para consolarse añadía: « á bien que no me los han dado por inventario.»

La enferma del Sr. Santero se puso peor, á pesar de que la sangraban y purgaban, (yo no sé si la afeitaban,) y no obstante la prescripcion del cocimiento de cebada y grama nitrado con el jarabe de extracto tebáico. Se aplicó tambien otra nueva cantárida al costado, como medio chaleco de grande, á cuyos últimos recursos la enferma puso tan mala cara que se calificó de hipocrática, y tuvo por conveniente morirse para que la dejasen en paz.

Resúmen. Pleuresia reumática, sometida durante catorce dias al tratamiento del Sr. Santero. Consistió el tratamiento en una sangría, seis docenas de sanguijuelas, una untura de pomada de belladona y láudano líquido, dos cantáridas, varias cataplasmas, algunos enemas, la administracion del *tártaro emético*, del *tártaro soluble*, del sulfato de magnesia, del ojimiél simple, del jarabe de extracto tebáico, del cocimiento nitrado de cebada y grama, y otros varios que se mandaban para bebida usual.

Esto no puede ser ni más instructivo, ni más racional, ni más arreglado á la escuela hipocrática y á las buenas doctrinas vitalistas. El Dr. Santero merece estar al frente de la clínica médica de la primera Facultad de España.

Para alivio de mis penas he tropezado á renglon seguido con la historia de *un caso de sífilis con fenómenos morbosos primarios, secundarios, terciarios y caquexia sífilítica*. Es una historia muy salada; es verdad que está escrita en *Poza de la Sal*. (1)

El Siglo Médico se ha distinguido siempre por lo correcto de su estilo y su lenguaje castizo. ¿Por qué inserta algunos escritos que contrastan extraordinariamente con sus buenos artículos de fondo?

En la historia clínica que voy á comentar se trata de un sugeto que contrajo una blenorragia, la cual fué abandonada y se curó cuando bien le plugo, á los nueve meses de su aparición. Presentáronse, despues de la desaparicion de la blenorragia, úlceras en la faringe. Se cauterizaron, y cedieron. Allí donde está la lesion anatómica, allí es donde está el mal, no en otra parte del organismo. Por lo tanto, á la lesion local hay que atacarla con remedios locales. Úlceras sífilíticas en la faringe, cauterizaciones al canto. Esto es lo racional; todo lo demás es absurdo.

El enfermo se vió acometido de neumorragias, á consecuencia de las cuales fué á Panticosa. Presentósele despues un tumor en un testículo: su diagnóstico es dudoso; y como no se sabe lo que es, se emplean los *antiflogísticos, resolutivos, astringentes y anodinos*. Entre tantos remedios, con alguno se ha de acertar.

El Dr. Velasco sacó á todos de la duda abriendo un absceso, que no era otra cosa lo que existia. El abrirlo era muy facil. Para cerrarlo serán los apuros. Despues de año y medio de estar supurando, y sin haberse completado la cicatrizacion,

(1) Poblacion en donde estaba de médico el señor Carril, autor de la presente historia, pesimamente redactada, además de las malas doctrinas patológicas y terapéuticas que contiene.

se pone tumefacto el otro testículo; y en vista de los buenos resultados obtenidos en el derecho, se emplean en el izquierdo los mismos remedios; antiflogísticos, anodinos, resolutivos, y por último la dilatación del absceso, que continúa supurando muchos meses.

Otros abscesos se presentaron también en la margen del ano, que hubo necesidad de dilatar muchas veces, cauterizando con el nitrato de plata las soluciones de continuidad.

Aparece otro tumor en la región supra-hioidea y parotídea; y como la enfermedad se había propuesto hacer lo contrario de lo que el médico quería, el tumor, que fué tratado con varios medios para resolverlo, terminó por supuración.

Andando el tiempo, se presentan dolores en los huesos largos, y un vasto absceso en el cúbito derecho que el Dr. Velasco se encargó de dilatar. Después otra notable tumefacción en la mano derecha obligó á dilatar el nuevo absceso.

Hasta la fecha (han transcurrido ya tres años del padecimiento) no parece que se haya empleado tratamiento general; todo el cuidado se ha dirigido á las lesiones locales. Ahora ya se habla del yoduro de potasio, de las limaduras de hierro, y del régimen tónico-reconstituyente.

Vuelve el enfermo á Panticosa, y á su regreso se entra en los baños de Alhama y toma chorros en la mano derecha y rodilla izquierda. No sabemos si esto sería por consejo médico ó un capricho del enfermo. De todos modos fué un solemne disparate. Se inflama mucho la mano, y vuelve á supurar. Se presentan nuevos abscesos en el muslo izquierdo y rodilla del mismo lado, se dilatan, y supuran largo tiempo.

Aun cuando no da ningún resultado el tratamiento, se sigue administrando el yoduro de potasio. Se empleó además el bicloruro hidrargírico, unido á los ferruginosos. ¿Qué importa que se den juntos ó separados el yoduro de potasio, el mercurio y sales de hierro? El cuerpo no sabe lo que le dan. Echemos buena porción de remedios, que cada uno se irá luego por su lado á modificar las partes enfermas.

Esto es de química sublime y trascendental, y los ignorantes no saben nada de estas cosas.

Ahí está, sin ir más lejos, la gran triaca, remedio preparado con toda solemnidad, consignado en las farmacopeas oficiales, y compuesto de centenares de ingredientes. Muchos la administran sin saber si curará ó no; y si cura, ¿á quién se deberá el milagro? Pues si esto es cierto, las mismas razones hay para defender la conveniencia de administrar á la vez á un enfermo ioduro de potasio, un preparado mercurial y otro ferruginoso.

Pero vean Vds. que temeridad la del enfermo en cuestion. No obstante lo pequeño de las dósís, no soporta los medicamentos. Se le ordenan los baños de Archena, y se mejora; pero se presentan convulsiones con dolores en las rodillas. Esta nueva fase del mal hace que se piense en otro medicamento, administrando al enfermo el acetato de morfina. Dice el autor de la historia, que apesar de esta medicacion atrevida no cedieron, aun cuando disminuyeron, las convulsiones. Lo creemos sin esfuerzo, y se nos ocurre una pregunta: Cuando en un acceso de dolor se da el opio, ¿qué es lo que se intenta? ¿curar el dolor, ó que el enfermo entorpecido no tenga conciencia de él?; porque en este caso tanto valdría emborracharle con buen vino ú otro licor agradable.

La enfermedad hace progresos; viene la cáries á los huesos de la mano, al fémur y á la tibia. Al enfermo se le hacen tomar horchatas de arroz y el cocimiento blanco de Sydenham. No hay que preguntar qué es lo que tenia. Una de esas diarreas colicuativas que preceden á la muerte, en las cuales todos los medicastros emplean el cocimiento blanco, sin que jamás hayan modificado en lo mas mínimo dichas diarreas. ¿Se han parado á reflexionar alguna vez en este hecho que es la pura verdad?

El enfermo se murió, é hizo muy bien.

Más se nos ocurre ahora otra pregunta: Cuando se presentó la cáries en los diferentes huesos mencionados, ¿por

qué no se acudió otra vez al Dr. Velasco ó al Dr. Toca, ó algun otro de nuestros buenos y afamados operadores? Cualquiera de ellos hubiera sabido deshuesarle muy lindamente.

La medicina operatoria está hoy muy adelantada.

Existe una cáries en la tibia: se corta por la rodilla.

Aparece luego en el fémur: se hace la decolacion, y punto concluido.

Vuelve á presentarse en las vértebras: se sacan estas y se ponen de gutapercha ó porcelana.

Hay un cáncer en la matriz: pues se estirpa todo el útero.

Es un quiste del riñon: se le sacan los riñones al prójimo.

Se trata de un estafiloma: ¿quién se apura por tan poco?

Se amputa el estafiloma, se le corta la córnea á un cerdo (Vds. perdonen, pero así dicen algunos oculistas que lo hacen), y se planta al enfermo este remiendo, quedando luego tan listo y corriente con su ojo de cochino.

La moderna cirujía no se para en barras. Antes se decia: «el mejor cirujano es aquel que sabe evitar más operaciones.» Hoy se dice: «el mejor cirujano es el que pega más cuchilladas y más caras se las hace pagar.»

Y luego como vivimos en unos tiempos en que tanto han prosperado las artes, ¿qué importa ya el que á uno le corten los brazos y las piernas? Se construyen brazos y piernas con todos los movimientos que tienen los naturales; y estos artistas van restaurando lo que destruyen nuestros operadores.

Lástima es que todavia no se construyan cabezas que tengan, no solo movimientos, sino tambien ideas. Gran despacho tendria el artista que las vendiese. ¡Cuántos irían á cambiar la suya! Es verdad que á cambio no se las tomaria el vendedor. ¿Qué diablos habia de hacer con tantas cabezas que jamás han elaborado una idea?

Veán Vds. cómo me extravió. Estaba hablando de la medicina operatoria y de nuestros operadores, y he venido á parar á la necesidad de un almacen de cabezas con ideas para el consumo de tantos como las tienen vacias. Y recuerdo que

hablé de los operadores con motivo de una duda que se me había ocurrido sobre el enfermo del Sr. Carril. La duda era si hubiera sido conveniente sacarle al enfermo los huesos cariados, porque no hubiese faltado quien practicase esta operación.

En resúmen, y vea Vd. un breve resúmen, el enfermo en cuestion estuvo muy mal tratado.

Como Vds. ven, yo no ejerzo mi critica bajo el punto de vista de la doctrina homeopática, sinó á la luz del buen sentido y de la sana razon.

Y habrán advertido además que, como anuncié al comenzar, la ociosidad me há conducido á la murmuracion.

Estoy bilioso, y no es estraño que haya sido cáustico.

Hay muchos nublados, y tengo el sistema nervioso exaltado: tengan paciencia los aludidos.

Me he propuesto zurrar á todos los medicastro.

Otro dia será otra cosa.

Setiembre de 1863.

2.

LA PRENSA MÉDICA.—EL CONGRESO DE LA MEDICINA ORTODOXA
Y OTRAS MENUDENCIAS. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Mis apreciables amigos: Como mi primera carta mereció la aprobacion de ustedes y el honor de ser publicada en su ilustrado periódico, me compromete esa deferencia á borsear otra del mismo género.

Mas es el caso que he cogido la pluma sin saber de qué cosa voy á ocuparme.

A la verdad que esto no me apura, porque en los tiempos que corremos hay muchos que hacen otro tanto, y se meten á periodistas aun cuando nada sepan de lo que escriben, y pertenezcan al gran número de aquellos que yo les decia á ustedes en mi carta anterior necesitaban proveerse de otra cabeza, si hubiera almacenes de semejante mueble.

Buscando, pues, un asunto para mi carta, no encuentro

(1) En esta segunda carta se censuran muchos artículos publicados en los periódicos médicos durante el año de 1863. Algunos días antes de escribirla, *El Pabellón Médico* dió á luz un artículo proponiendo la reunion de un Congreso médico español, de caracter esclusivamente científico, eliminando de él á los médicos homeópatas. *El Siglo Médico* acogió el pensamiento, que fué bien recibido por todos los periódicos; pero hubo algunos que se opusieron á la exclusion de los homeópatas. Otros deseaban que el Congreso no solo fuese científico, sino que se ocupara tambien de los asuntos materiales de la clase, lo que fué desechado.

otro recursó que echar mano á mis legajos de periódicos; y malo ha de ser que no tropiece con algo bueno para entretenernos y divertirnos. Estamos en vísperas de Navidades, y tal circunstancia nos autoriza para bromear.

Yo tengo la manía de ser suscriptor á todos los periódicos médicos, y lo que es mas extraño, una pasion invencible por leerlos de cabo á rabo. De esto deduzco una consecuencia, y es—discúlpeleme la inmodestia—que no carezco de condiciones para tratar con ellos y conocer sus flaquezas y aberraciones. Soy además competente para asegurar que el rabo de los periódicos médicos es lo que mas lectura me suministra, lo cual quiere decir que dichos periódicos tienen mucho rabo.

Y no puede menos de ser así, estando en la prensa médica la flor y nata de la ciencia. Ampliando la figura se debe añadir que tambien están el tronco y la leche de la misma. Y reduciendo á prosa la poesía de la frase, diremos que la prensa médica es la aglomeracion de los perfumes y mantequillas, de los quesos de bola y las estacas.

Jóvenes doctores, pletóricos de ciencia; graves académicos, escualidos y estrujados de tanta como habeis vomitado en esa vuestra *prensa ortodoxa*, yo os saludo y os doy gracias por lo mucho que habeis hecho y dicho en el año que está espirando.

Vuestros periódicos son un precioso archivo en donde se atesora toda vuestra inteligencia, vuestro saber, vuestra erudicion, vuestros chistes, vuestro mal humor, vuestra bilis, vuestra fotografia; y la humanidad agradecida dirá siempre con lágrimas en los ojos, *¡Lástima que génios tan colosales no tengan mas vida que Matusalem!*

Artículos filosóficos sublimes, historias clinicas asombrosas, relacion de operaciones horripilantes, revistas críticas, coleccion de recetas, gacetillas picantes y de gran cacúmen, solucion á las grandes cuestiones de administracion sanitaria; todo está tratado con sumo acierto, con talento profundo, por esa coleccion de periodistas que representa el pasado, lo pre-

sente y el porvenir de la ciencia, como si dijéramos la raiz, el tallo y las calabazas.

Como prueba de ello no hay mas sino recordar lo que en mi carta anterior decia de los grupos del doctor Santero, con los cuales sigue ilustrándose *El Siglo Médico*. Ó ábrase un número de cualquier periódico, y encontraremos debajo de nuestras narices alguno de los portentos indicados; por ejemplo, la afirmacion de que las dermatoses curadas con solo remedios locales no ofrecen peligro alguno, (1) lo cual lo comprueba el juicioso dermatólogo con historias clínicas de sugetos en quienes se presentaba una enfermedad despues de curada á favor de tópicos la de la piel, y á los cuales administraba interiormente un preparado arsenical, por si acaso no es verdad lo de la inocuidad que proclama. Ó bien tropezaremos con una soberbia operacion de ovariotomía, cuyo éxito fué la muerte de la enferma. (2) Es muy cierto que no murió de la operacion, pues, como dije á ustedes en mi anterior epístola, la medicina operatoria está muy adelantada, y ahora se le sacan á cualquiera sin peligro los riñones, los ovarios, el bazo y hasta la glándula pineal. Y en cuanto á la ovariotomía, es operacion muy corriente, comun y facil en el ganado de cerda. Los que á ella se dedican, dignos colegas de los que ejercitan sus habilidades en las reses humanas, no emplean mas instrumentos que un cortaplumas y una aguja. La enferma se murió por falta de reaccion. Esto se conocia *á priori*, y procediendo con lógica y gran prevision médica se daban á la enferma calomelanos y opio, tónicos poderosos, á fin de provocar la reaccion que faltaba para que se curase.

Dicen algunos sabios que han existido en lejanas épocas civilizaciones muy avanzadas, las cuales se han perdido por

(1) Un doctor publicó por estos días un artículo, asegurando que las dermatoses se curaban con remedios locales sin peligro alguno para el organismo. Pero en las historias que citaba hacia mencion de los medicamentos que daba interiormente á sus enfermos.

(2) Otro afamado operador publicó la historia de una operacion de ovariotomía, cuyo resultado fué la muerte de la enferma. Pero el autor dice que no murió por la operacion sino por falta de reaccion de su organismo. Y no obstante esta circunstancia le administraba el ópio y los calomelanos, deprimentes de la vitalidad en dosis alopáticas.

uno de esos grandes cataclismos que acontecen de cuando en cuando en la marcha de la humanidad, habiendo esta tenido que comenzar varias veces á construir el edificio de la ciencia. Y que por eso admiramos los grandes conceptos ó los inventos prodigiosos que han podido conservarse de aquellas remotas épocas.

Yo no tengo inconveniente en admitir semejante hipótesis, y creo además no está fuera de lo probable que la actual civilizacion se pierda tambien por un trastorno geológico que sepulte un continente, por una guerra universal ó algun otro suceso de este calibre. Si tal sucediera, y por fortuna se salvara del colosal naufragio la *prensa ortodoxa* contemporánea, ella seria el testimonio de lo que valemos, y el faro de las generaciones futuras. Y no hay duda que nuestros célebres y sapientísimos médicos serian admirados, reverenciados y bendecidos en medio de una época de barbarie, como lo han sido otros sabios cuyas obras han llegado á incultas naciones. Si se hundiera en el abismo nuestra civilizacion, y la humanidad se encontrara, al comenzar otra era, con las obras de nuestros alópatas contemporáneos, serian los Hipócrates de esa edad futura. No habria un salvaje que no se postrara de hinojos ante los manes de nuestros actuales prohombres, todos ellos ocupando hoy las facultades, las academias y la prensa ortodoxa.

Nadie se debe estrañar que nieguen ellos á todos los demás la competencia para tener opinion sobre asuntos científicos. Ha hecho muy bien *El Siglo Médico* en regañar á *La Correspondencia*, diario de noticias, por haber dicho que no habia ya recurso en la ciencia para salvar á un ilustre enfermo, á quien se venia tratando homeopáticamente. (1) Y no se

(1) Hallándose enfermo un señor senador, á quien asistian médicos homeópatas que digeron no habia recursos en la ciencia para curarle, porque se trataba de una gravísima apoplejia ó reblandecimiento cerebral. *La Correspondencia* dió esta noticia; y *El Siglo médico* tomó pretexto de ella para decir que la homeopatia no era ciencia; porque no estaba reconocida como tal por las Reales Academias y Facultades de medicina, y que hasta que esto no sucediera no merecia mas consideracion que la medicina de Raspaill, de le Roy, del doctor Negro, la craneoscopia y otra porcion de cosas por el estilo.

le admite al periódico noticiero la disculpa de que él se refería á lo que habian dicho los profesores que visitaban al enfermo, porque esos profesores no son tampoco peritos, en razon á que no son académicos. No, señor; no hay ciencia sinò lleva la sancion de los cuerpos oficiales, de las facultades, de las academias, y de *El Siglo Médico*. Hasta que esto suceda, la Homeopatía, sépalo *La Correspondencia*, es lo mismo que la medicina de Raspail, la de le Roy, del doctor Negro, todos tres prosélitos y firmes sostenedores de la alópatía. Es además lo mismo que el magnetismo y la craneoscopia; ciencias que no conocen ni necesitan conocer los sapientísimos varones que las rechazan.

No hay ciencia fuera de los cuerpos oficiales. Ahí está sino la historia de la quina para comprobarlo. Perseguíase á los médicos que la administraban y á los farmacéuticos que la vendian; publicábanse reales cédulas prohibiendo el uso de este remedio á petición de las Facultades; y el público, que no tiene sentido comun, buscaba la quina; y las calenturas cometian la estupidez de curarse con ella, contraviniendo á lo mandado por los cuerpos sabios oficiales.

No basta que un hombre estudie y desplegue todo el poder de su inteligencia, no basta que se someta á las pruebas legales y adquiriera un título de profesor, nada de esto le autoriza para emitir opinion y dar su voto en las cuestiones científicas. Es preciso ser académico para que su opinion y su voto tengan validez.

Lo cual conduce á esta consecuencia rara, pero lógica: es necesario reformar el catecismo.

Porque las tres potencias del alma no son *memoria, entendimiento y voluntad*, sino estas otras; *La Facultad, La Academia y El Siglo Médico*.

La opinion pública y el buen sentido han vuelto la espalda á la ciencia de los cuerpos oficiales; y semejante insubordinacion exige una medida salvadora, siendo la mejor de todas la constitucion de un Congreso médico. Este no se forma-

rá por eleccion, que seria un sistema absurdo y anticientífico. ¿Qué saben de estas cosas esos mediquillos de lugar, pobres pigmeos, al lado de nuestros encopetados doctores? El Congreso se formará por llamamiento de la prensa de *la medicina ortodoxa*, y presentacion espontánea de los diputados. La prensa dirá—vengan acá los sabios;—y contestarán—presentes, allá vamos,—tantos y tantos sapientísimos varones como cuenta la prensa ortodoxa, la Facultad y la Academia.

Reunidos todos los que á sí propios se calificarán de sabios, quedará definitivamente organizado el Congreso. Me temo mucho que á las primeras de cambio haya necesidad de adoptar la medida de dividir la reunion en dos cámaras: el Senado, y el Congreso propiamente dicho. El primero para *El Siglo Médico*, con la condicion de derecho vitalicio y hereditario, y el segundo para la gente parlanchina y bullanguera. (¹).

Es de rigor que se formen luego comisiones, de las cuales las mas importantes serán las siguientes: la de exámen de calidades, compuesta de la redaccion de *El Pabellon Médico*, que por lo liberalota y democrática admitirá á platicar en el Congreso á todos los médicos, con tal que sean *ortodoxos*. La segunda comision tendrá por objeto informar sobre Hipócrates y las escuelas hipocráticas; y la formarán los señores Mata, Santero y Calvo. (²) La tercera se ocupará de las pócimas y unguentos de que forzosamente han de hacer uso los españoles cuando esten enfermos. Serán individuos de ella los señores Chiarlone, Seco y Santero. (³) Otra de poesía y música celestial, presidida por el doctor Asuero. (⁴) Habrá tambien una comision encargada de los resúmenes sintéticos de todos los dictámenes, compuesta de la descolorida redaccion de *La España Médica*, presidida por

(1) Es sabido que *El Siglo médico* ha pretendido siempre monopolizar todos los asuntos de la clase, y que ha hecho la oposicion, á las claras ò encubiertamente, á cuanto se ha intentado sin su iniciativa.

(2) Son los mas antitéticos en estas doctrinas.

(3) Farmacéutico ordenancista el primero, y polifarmacos los segundos.

(4) Tanto en la cátedra como en las consultas emplea un estilo sumamente poético, cubriendo de flores el camino del cementerio cuando sus enfermos se mueren.

su ilustrado colaborador el Sr. Vinader. (1) Y, por último, la comision de correccion de estilo, á cargo de *El Génio quirúrgico*. (2)

Con los trabajos de estas comisiones se confeccionará un código de medicina ortodoxa, el cual habrá de ser aceptado y practicado por todos. Sus principales artículos serán estos:

Son unos idiotas los que no piensen como nosotros.

Es medicina ortodoxa la cimentada en la filosofia positiva, en el empirismo, en el escepticismo, en el idealismo de Kant, modificado por Nieto, ó en ninguna de estas cosas, por no estar al alcance de la mayoría de los periódicos representados en el Congreso. Es medicina ortodoxa el método analítico, ó el sintético, ó el que se quiera seguir.

Queda aprobado por el Congreso que la ley causal es la unidad, la fenomenal, el infinito. Esta proposicion será votada sin discusion por unanimidad de pareceres, porque ninguno la entiende.

Se establece que la materia es activa, y sigue las mismas leyes en el mundo orgánico que en el inorgánico; pero que tambien puede ser todo lo contrario. Que la vida es un efecto, ó bien una causa. Que todo medio terapéutico obra modificando la parte material de la organizacion, ó al revés, que obra por su virtualidad modificando la parte no material. Así todos se quedan contentos y se llega á la avenencia.

Se pedirá en el código fundamental: el libre ejercicio de las profesiones y la libertad de enseñanza, con exclusion del ejercicio y de la enseñanza de la Homeopatía; pero se establecerá además que no pueda ejercerse otra medicina que la profesada por los cuerpos oficiales, ni nadie pueda enseñar sinó los maestros natos de la ciencia.

Y por fin y postre de tan sublimes y armónicos preceptos,

(1) En los artículos de este periódico se echaba de ver la falta de armonia entre ellos, y no se conocia cual era la filosofia médica que admitia la redaccion. Su colaborador, señor Vinader, es un homeópata materialista, que considera los medicamentos como reactivos químicos, y sangra mas que un Broussista.

(2) Periódico que se cuida poco de las formas, y está escrito con bastante desaliño.

se establecerá que todos los españoles están obligados, durante sus enfermedades, á sangrarse, purgarse, ponerse cataplasmas y jeringazos.

El Dr. Chiarlone será nombrado inspector general de todas las boticas del reino. Se autorizará, bajo su vigilancia, la venta al por menor y al por mayor de todas las drogas y botiquines habidos y por haber; pero se prohibirá á los compradores el uso de estos objetos.

Se pedirá al Gobierno disponga grandes estanques ó lagunas para el mantenimiento de las sanguijuelas, haciendo todos los años un reparto vecinal de tales anélidos en la Península y posesiones de Ultramar.

Todo esto y mucho más será fielmente acatado por los sectarios de la medicina ortodoxa, á fin de que, asombrados el buen sentido y la opinion pública, vuelvan hácia ella la cara, y se reconcilien *para siempre jamás, amen*. El Congreso dirá envanecido:—*Ecce opera mea*,—y el buen sentido contestará:—*No esperaba yo menos*.

Concluyo, señores redactores, autorizándoles para que publiquen esta carta, y la regalen como aguinaldo, pues de ello es ahora tiempo, á la prensa de *la medicina ortodoxa*.

Soy de Vds. atento amigo y seguro servidor Q. S. M. B.
En este lugar á 20 de Diciembre de 1863.

3.

UNA ESPRESION DE GRATITUD Á DOS PERIÓDICOS.—DOS CARIÑITOS
Á LA ESPAÑA MÉDICA.—TRES MIMOS Á UN HOMEÓPATA.—AL-
GUNAS MELOSAS RECTIFICACIONES SOBRE EL CONGRESO MÉDICO
ESPAÑOL. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO:

Muy señores míos: Por los epígrafes que encabezan esta carta, adivinarán que toda ella va empapada en almibar, y está despidiendo azúcar y canela por todos sus poros.

No siempre ha de tener uno el humor acre y ha de mojar en hiel su pluma, siendo tan fácil ahora, á favor de la química moderna, producirse cambios moleculares que determinen ideas binarias, terciarias ó cuaternarias, dando por precipitados, pensamientos y conceptos ácidos, alcalinos ó neutros de diferentes colores, negros, amarillos, azules ó de color de rosa.

(1) En contestacion á la carta anterior, *La España Médica* publicó un artículo con el epígrafe de «San Silvestre,» escrito insulso y de poco chiste, en el que dice que los homeópatas son unos especuladores y comerciantes, cuyo único fin es ganar mucho dinero, haciéndose pagar muy caras las visitas, como lo prueba el que la mayor parte de ellos tienen carruage. En la presente carta se hace la sátira del artículo mencionado, inserto en el número de *La España Médica* correspondiente al día 31 de diciembre de 1863.

Se critican las doctrinas químicas y materialistas de la escuela del doctor Mata; se censura también á varios médicos que no quieren pasar por homeópatas, no obstante que emplean esta terapéutica cuando los enfermos lo desean.

Se ridiculiza el proyecto de Congreso médico, cuya comision organizadora ha acordado las bases para la constitucion de aquel, y los puntos que habran de ponerse á discusion. También acordó no escluir á los homeópatas, contra lo que habia pretendido *El Pabellon médico*.

Como lo moral no es sino el resultado de lo físico, segun tan sabiamente lo han demostrado los fundadores y sectarios de *La Filosofía Española*, en sus obras, en sus cátedras, en sus Academias y en sus periódicos, mi organizacion envuelta hoy por un torbellino de fenómenos, se encuentra en el infinito, en donde todo es bello, luminoso, aromático y azucarado.

Así, no es extraño que esta carta producto químico de las reacciones ocasionadas en mi cerebro por las muchas cosas agradables que han ocurrido desde mi anterior, les parezca á ustedes que ha salido de la Dulce Alianza.

Si no fuera de su agrado, no faltarán golosos á quienes poder obsequiar con ella para que la chupen y se relaman.

Antes de comenzar lo que constituye el fondo de la presente misiva, debo manifestar mi gratitud á *El Debate médico* y á *La Sanidad Civil*, periódicos que copiaron mi carta anterior. El segundo de estos, merecedor de mis simpatías por sus aspiraciones y la clase de profesores á quienes defiende, no necesitaba consignar una nota de duda á cierto período de mi epistola. Yo aludía á los de la suprema inteligencia de la medicina ortodoxa; no á los pobres y á los pequeños de *La Sanidad civil*, excluidos de las reuniones preliminares para el Congreso médico, sin que el motivo fuera su heterodoxia, sino por lo que ya les indiqué; esto es, porque los mediquillos de lugar son unos ignorantes y no entienden de estas cosas. Tampoco han sido invitados *La Gaceta médico-forense*, ni *El Monitor de la Salud*, pues hoy la ciencia está reconcentrada en *El Siglo*, *La España*, *El Pabellon* y *El Génio*. Con ellos basta y sobra para arreglar todas las cosas y resolver las más arduas cuestiones.

Honda pena me ha causado haber dado motivo de disgusto á *La España médica*, único periódico que se ha ofendido de mis cartas. Bien mirado tiene para ello razón, pues lo que la ha escocido es lo del rabo, y aquello de llamarla descolorida. Atendido su sexo, esto no me extraña; y en justa repara-

cion estoy dispuesto á declarar que *La España médica* es buena y tiene muchos colores.

Consuélame, sin embargo, haber sido pretexto para que desplegue todo su gracejo y su chiste, con un aticismo que me da envidia. Y mi alegría sube de punto al advertir que sus desahogos no eran contra mí, sino contra todos los homeópatas, y muy especialmente contra los que llama de EL CRITERIO MÉDICO.

Yo pudiera decir ahora—*ahí me las den todas*—como aquel corregidor cuando su alguacil, abofeteado por un quidam, le denunciaba que en su rostro habian dado una bofetada á su Señoría.

Mas como la cortesania exige dar á *La España* una satisfaccion á que ustedes no están obligados, cumplo gustoso tal deber.

Enamorado quedé de aquella finura con que llama alcorques y camuesos á los homeópatas; de aquella delicadeza con que pone en relieve las extravagancias de Hahnemann; de aquella sátira tan elegante, empleada para poner en caricatura á los cismáticos; de aquel epigrama tan hábilmente manejado para demostrar que los tales farsantes solo ejercen una industria repugnante, traficando con la salud de sus clientes.

Y vean ustedes el poder de la atraccion, porque el amor no es otra cosa mas que una atraccion eléctrica; me ha seducido la lectura del artículo de San Silvestre, y casi me atreviera á hacer guiños á *La España*, sinó fuera porque temo haya moros en la costa y me sople unas calabazas, fruta insípida que no me agrada. Y me fundo en que, á pesar de sus desdeños y sus regaños, al fin acabará por juntar los trastos con *El Siglo médico*. Digan lo que quieran, esto sería un buen acomodo, porque este señor, no obstante sus años, está bien conservado, tiene sendas peluconas, y soberbias dentaduras que desarrugan un tanto el pellejo de su rostro.

Estoy muy de acuerdo con la censura que lanza mi queri-

da *España* sobre esos homeópatas que han venido á realizar una revolucion en la cuestion de honorarios, haciendo que las visitas se paguen á uno, dos y cuatro duros, imponiendo á las clientelas la obligacion de cubrir los gastos del carruaje y otros elementos de representacion de sus médicos. Esto es insoportable, porque el médico debe ser pesetero cuando empieza á visitar, y cobrar, todo lo más, á medio durete, cuando ya se cae de viejo. Además ha de ir siempre á pié, sostenido en su baston cuando hace sol, y cubierto con un paraguas cuando llueve. A los de una sola clase está permitido salirse de esta modestia, y es á los operadores. En buen hora que estos exijan miles de reales y aun de duros por su destreza y habilidad. ¿Qué mérito tiene curar un cólera, un tífus, una viruela maligna, una congestion, comparado con la extirpacion de un cáncer, la ligadura de la iliaca, la amputacion de la matriz, aun cuando todos los enfermos de estas últimas dolencias se mueran al dia siguiente de operados? La operacion se ejecutó bien; no es culpa del cirujano que la enfermedad fuese mortal. Los diestros, y sobre todo los primeros espadas, (1) deben ser retribuidos á manos llenas; los demás han de estar á muchas toesas por debajo de la altura que solo á aquellos corresponde; y á los homeópatas que se salen del antiguo y modestísimo sistema de cobrar poco, mal ó nada, conviene se los califique de una manera significativa, para que la sociedad comprenda que la medicina como industria es de muy bajo precio, y mirada como sagrado ministerio, se adquiere gratuitamente como expresion de la caridad.

Y si tuviera alguna razon de ser la revolucion financiera introducida por los homeópatas, sufriríamos en silencio sus justas reformas en este asunto. Pero ¡pásmense ustedes! no hacen otra cosa sino curar á los enfermos con *el símbolo azucarado de la nada medicinal*. (2) Si al fin los curasen con

(1) Los aficionados á las corridas de toros saben que la palabra diestros sirve para nombrar la cuadrilla de toreros.

(2) Asi ha sido calificado el glóbulo por el doctor Asuero; y esta frase hizo fortuna porque después la han empleado todos los alópatas para ridiculizar la homeopatía.

algo, todavía podría tolerarse su conducta; pues ¿no es una injusticia que sean menos remunerados los que friegan á los enfermos las tripas, suavizan sus fauces y su exófago con jara- bes y jabones, los aflojan y los aprietan, segun conviene, y los almidonan como á cuello de camisa, y los engoman como un tafetan, y les hacen tragar á jarros la bandolina?

Aun cuando homeópatas y alópatas curan cada cual á sus enfermos, los segundos tienen el mérito de curarlos con algu- na cosa; pero los primeros los curan sin hacer nada.

Duro pues con ellos en ese terreno, amiga *España*, y pro- curemos reducirlos á posiciones más humildes, para que vuel- van los tiempos en que las visitas se vendian á peseta.

Son igualmente oportunas vuestras apreciaciones sobre esos anfibios ó ambidestros que hacen á pluma y á pelo; solo que yo no se á que parte se los hemos de adjudicar; pues me temo que, por su condicion equívoca, en los dos bandos nos contestarán que no son suyos. ¿Quiere V. decirme si los seño- res P., S., T., A., y otros muchos como estos, son homeópa- tas ó alópatas? Si usted me permite que yo los califique, lo ha- ré todo lo más benignamente que pueda. Estos pertenecen al grupo contra el cual yo escribo mis cartas, al grupo de los me- dicastros. En mi primera dije me habia propuesto zurrarles de lo lindo; y como medicastros hay en todas partes, entre aló- patas, entre homeópatas y entre los mixtos, y lo mismo en las posiciones elevadas que en las mas humildes, así en la córte como en las aldeas, por eso es que mi sátira hace escursiones por todas partes. ¿Cómo podía V. imaginarse que yo hiciera homeópata sinónimo de genio, de talento, de estudio, de mé- rito verdadero? Homeópata conozco yo,—el mismo de quien V. dice trataba con glóbulos una fisura del ano,—que parece todo un medicastro. Solo que á V., señora *España*, la infor- maron mal, pues el tal homeópata le metia al paciente por el ano un cilindro de nitrato de plata. Es verdad que su gran capacidad le coloca á tal altura que yo no la distingo bien, y es fácil sean equivocadas mis apreciaciones. ¿No conoce usted

algunos médicos, alópatas y homeópatas, que dicen *estomago*, *peironé* y *chamomilla*? Tienen para esto sus razones, porque dicen que descompuesta en sílabas la palabra *estomago*, puede resultar *esto-mago*, y no les parece bien la mágica por esta víscera. Y en cuanto al perone, desean quitarle cierta analogía fónica con una antigua fonda de Madrid. (1) Intentan además españolizar el latín, pronunciando la *ch* como en castellano, y no como *k*, según el uso antiguo; y pronuncian *chamomilla*, *chelidonium* y *china*, con una fuerza de *ch* que cualquier francés envidiaría.

Se va alargando esta carta, y necesito rectificar algunas inexactitudes que se me escaparon en la anterior al ocuparme del Congreso médico. En primer lugar no tiene por objeto tratar asuntos profesionales. La clase médica y las cuestiones de organización sanitaria están perfectamente, y solo falta que los profesores se ilustren. Ni los periódicos ni el Congreso deben ocuparse de otra cosa más que de ciencias. Así lo ha dicho *El Pabellón*, muy competente en la materia. El primer Congreso médico nacional se propone única y exclusivamente dar lustre á la medicina. El día 1.º de Octubre podremos decir que la medicina patria está ya charolada (2).

Fracasó el primer pensamiento de excluir á los no ortodoxos, á los cirujanos y á los farmacéuticos. Hemos sido más afortunados que Napoleón. Nosotros no tendremos Congreso limitado, sino general; (3) y tomarán parte en él todos los que posean un título de médico, de cirujano ó de ciencias auxiliares, con tal que paguen un billete de entrada de 60 reales, casi lo mismo que costaba oír á la Patti desde una delantera de palco. Pero habiendo prescindido para las reuniones preparatorias de la prensa homeopática y de parte de la alopática, parece lógico no asistir al Congreso las fracciones de la clase que han sido desairadas.

(1) La fonda de Perona.

(2) Estaba anunciado que el Congreso funcionaría desde el día 24 al 30 de Septiembre.

(3) Por estos días se ocupaban los gobiernos de Europa del proyecto de Congreso solicitado por el Emperador Napoleón III, queriéndole unos limitado y otros general.

No hay necesidad de dos cámaras. La comisión organizadora ha estado sabia en determinar haya solo una; pero que en ella los oradores no hablen más de quince minutos por una sola vez, y otros cinco para rectificar. Si se lleva con rigor esta condición, más de cuatro van á reventar de una plétora logorreica.

De una vez para siempre vamos á saber la importancia de las cuarentenas y lazaretos; el valor de la cirugía en el tratamiento de los tumores cancerosos, valor inmenso é inapreciable; las causas de la tisis pulmonar y los medios de evitar ó disminuir sus estragos, estinguiéndose desde Octubre esta enfermedad, que diezma la juventud; y por último, se nos explicará el criterio de la libertad moral en la perpetración de un delito. (1) ¡Oh prodigio de la civilización! Todo esto que hace veinte siglos está en litigio, quedará fallado en cuatro días. Así lo hacen en los demás países, y no hemos nosotros de ser menos que ellos.

Para concluir, diré á ustedes en serio que mi respeto al talento, á la ilustración, á las posiciones legítimas, á la virtud, en fin, hállese donde se quiera estas nobles cualidades, es el móvil de mi sátira, porque con ella se evidencia la ignorancia, se descubren las nulidades, se socaban usurpadas reputaciones, se castiga el charlatanismo, y se presta un servicio á la profesión. Así, pues, prometo seguir censurando todo lo malo que observo, si Dios nos concede, á mi salud para escribir, y á Vds. benevolencia para publicar mis cartas.

Febrero de 1864.

(4) Estos fueron los cuatro puntos elegidos para las discusiones en el Congreso.

4.^a

¡Oh!!!

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO,

Muy señores míos: Ni epigrafe mas breve ni admiracion mas larga habrán ustedes visto en una carta de este género. Y es que estoy asombrado de las cosas que he leído desde que remití á ustedes mi anterior. Cada dia me convenzo mas de la utilidad que nos reporta el periodismo, pues gracias á él nos llegan, hasta los mas escondidos lugares, noticias de tanto portento que por acá ignorariamos eternamente, á no ser por ese grande elemento de la civilizacion.

Un malgrado escritor dijo en un banquete de gente del oficio, (1) que si los periódicos eran la medida de la ilustracion y cultura de las sociedades, de los partidos, y de las distintas clases del Estado, no podia caber duda de que la clase médica era la primera en ilustracion, puesto que solo en Madrid tenia once ó doce periódicos. Y todavia no se publicaban *La Voz de los ministrantes*, ni *El Vigia de los partidos*. (2) Es evidente que la familia médica es una gran familia, errante como los hebreos, segun dicen algunos; so-

(1) Calvo Asensio, en la fonda de la Union, en un banquete que le dió la prensa médica.

(2) Dos periódicos muy malos que abogaban por la nivelacion, que al fin consiguieron, convirtiéndose en doctores hasta los barberos.

cialista hasta no poder mas, como dicen otros; cristiana si les agrada á ustedes mejor esta frase, como lo prueban esa misma palabra tan sentimental, *familia*, conque se nombra, y la no menos, *hermanos*, con la cual se llaman unos á otros los que á la tal familia pertenecen.

Es verdad que hay hermanastros y padrastrós; pero ha de haber de todo en una larga parentela.

Esto no quita para que sea una familia grande.

Y ademas de las buenas cualidades antes citadas, tiene la de ser filarmónica, si hemos de juzgar por los muchos órganos y organillos de que dispone.

Estoy esperando que el dia menos pensado salgan los mozos de sala de los hospitales con su órgano titulado *El Voto de los enfermeros, periódico de las clases médicas*, porque aquí todos somos unos, desde el doctorazo de nueve años de colegio hasta el sacamuelas y el herrador, y todos pertenecemos á la gran familia.

Quisiera yo, para mejor simbolizar el amor que se tienen y se profesan los hermanos, que cambiaran de patron; es decir, que San Cosme y San Damian no fuesen ya los santos tutelares de las clases médicas.

Esto no es una escentricidad, y lo demostraré con solo indicar á San Bartolomé como el patron que yo hallo mas adecuado para esta buena familia; porque, segun refiere el martirologio, San Bartolomé fué desollado vivo y anduvo con su pellejo al hombro; y los médicos que se desuellan vivos sin cesar unos á otros, además de lo que la sociedad los desuella, debieran tener por tutelar y santo de su devocion al mártir que caminaba con la piel á cuestras.

Mas dejando á un lado estas consideraciones, ajenas á mi objeto de hoy, vuelvo á mi comenzado asunto, y digo á ustedes que, gracias á la prensa médica, he sabido las notabilidades que brillarán en el futuro Congreso. Y no he podido menos de estampar mi primera admiracion al ver que tenemos celebridades en anatomía y cirujia como Velasco, Toca,

Rubio, Soler; en medicina legal un Lopez, en filosofía un Santucho, en literatura un Usera, en patología un Santero, un Asuero, un Escolar; y en hidrología médica un Zabala, un Perez Manso. Así lo ha dicho H. de M. en *El Siglo Médico*, dos iniciales muy autorizadas. (1) Quiero enriquecer mi biblioteca, y para ello ruego á ustedes me remitan un ejemplar de cada una de las obras de todos esos sapientísimos varones.

La segunda admiracion del epigrafe de esta carta ha sido excitada por la lectura de un número de *El Restaurador farmacéutico*, el cual publica una exposicion que D. Antonio Bausili ha dirigido por segunda vez al señor Ministro de la Gobernacion, reclamando contra el auto dictado por el Gobernador de Barcelona en favor del derecho de los homeópatas para suministrar por sí mismos los medicamentos á los enfermos, sin que vengan obligados á pedirlos en receta á las boticas. No puede darse cosa mas injusta que la providencia del Gobernador de Barcelona, ni nada mas equitativo que lo exigido por el Sr. Bausili y *El Restaurador*.

Ello es verdad que tambien los médicos alópatas, sobre todo los especialistas, tienen en sus gabinetes de curacion farmacias enteras para el uso de sus clientes, y de ellas proveen á estos de pildoras, pomadas, pociones antisifiliticas sin mercurio, y otra porcion de drogas que son un secreto, como que algunas se las hacen traer de la Mesopotámia, y tienen virtudes especialísimas y seguras para curar tísicos, cancerosos, ciegos, tuertos, mudos, sordos, paralíticos y leprosos.

Tambien es cierto que muchas farmacias están convertidas en consultorios permanentes, y los boticarios dan al enfermo consulta gratis, y de pago solo el medicamento que ellos recetan.

La humanidad va ganando en esto, y yo no veo inconveniente en que así continúen las cosas.

(1) Al enumerar en dicho periódico las notabilidades que acudirían al Congreso, se citaban varios nombres desconocidos, que nada han hecho en la especialidad de que se les consideraba por H. M. como ilustraciones del país.

Del mismo modo se observa, en las grandes poblaciones sobre todo, que los cirujanos visitan cuanto les sale de medicina; y solo cuando se aproxima el momento de certificar la defuncion indican á la familia que la cosa es grave y conviene llamar un médico.

Todo esto y mucho mas que me callo es equitativo, legal, y por añadidura económico para esa pobre humanidad en cuyo obsequio deben sacrificarse los individuos de la consabida familia.

Los subdelegados comprenden que asi conviene sigan estas cosas, y por eso no consideran denunciabile ni siquiera reprehensible lo que antes dejo indicado.

Tratándose de los homeópatas, ya varía de aspecto la cuestion; y la lógica de médicos y farmacéuticos no puede ser mas irresistible y convincente.

Unos y otros hacen coro para decir: «La Homeopatía es una farsa; sus medicamentos grajea inerte é inofensiva.» Luego los subdelegados de farmacia proceden bien cuando reclaman para los de su clase el privilegio de vender la grajea inerte, aunque haya maliciosos que los tachen de cómplices de la tal farsa homeopática.

«Nosotros, añaden algunos, no nos metemos en honduras; lo que queremos es vender glóbulos, y diluciones y de todo, sean medicamentos ó no lo sean. En lo demás, allá se entiendan los médicos.» A esto contestan los homeópatas, faltos, por supuesto, de sentido comun, que si sus medicamentos han de pedirse en recetas á las oficinas de farmacia, es preciso que se consignen sus preparaciones en la farmacopea oficial, y se enseñe su posología en las Facultades. ¡Canastol exclaman los médicos alópatas: ¡hay es un grano de anís lo que piden! *Non possumus* hermanos; arréglense como puedan con los de los botes.

Tienen razon los de las petacas, (1) dicen á esto los farma-

(1) Asi llaman los alópatas á los médicos homeópatas, aludiendo á las cajas de medicamentos que suelen llevar consigo.

céticos; ¿no han asegurado ustedes muchas veces, señores alópatas, que los hahnemannianos empleaban sustancias enérgicas, venenos terribles, con los que comprometían la vida de los enfermos?

¡Qué inocentes! replican los de la antigua escuela. «Eso lo decimos para asustar á las gentes, á fin de que no caigan en la manía de hacerse curar sus dolencias por ese descabellado sistema. Pero con toda tranquilidad pueden ustedes vender glóbulos por arrobas, y cajas y cajones, y cuanto se les antoje, porque en todo ello no hay un átomo de medicamento.» «¿Conque no es necesario hacer esa série de diluciones, ni entretenerse en esas tonterías que nos recomiendan esos locos? «No, señores, lo mismo da de un modo que de otro.»

Los homeópatas les salen al paso otra vez, y con la falta de criterio con que en todo proceden, dicen á los farmacéuticos: «Puesto que ustedes reclaman el derecho de preparar y vender medicamentos, y nuestras sustancias curativas no lo son, segun lo declara la escuela alopática y ustedes con ella, y se les niega una página en la Farmacopea oficial, y se afirma por todos su inercia, en razon á que la química, (¿conocen la espectroquímica?) (1) no encuentra reacciones en ellas, no procede reclamar un derecho que no corresponde á la industria científica que ustedes ejercen.»

En vista de tan desatinado razonamiento, los farmacéuticos de seso, y *El Restaurador* á la cabeza de todos ellos, se han propuesto dirigir á la superioridad exposiciones á lo Bausili, y ya verán ustedes si consiguen ó no su intento. ¡Pues no faltaba más sino que así se menoscabaran los intereses de clase tan benemérita!

Es esta cuestión tan compleja, tiene tantos lados por donde mirarla, que yo renuncié á continuar dándole vueltas, con tanto más motivo, cuanto que aún me resta explicar mi tercera admiracion, ó lo que es lo mismo, la razon de ser de la úl-

(2) Nuevo procedimiento de análisis, por medio del cual se han encontrado en una gota de las 13.^a y 14.^a dilucion homeopática, miles de átomos del cuerpo disuelto y sometido al análisis.

tima que he colocado detrás del ¡oh!!! que sirve de epigrafe á esta carta.

En algun tiempo pasé ratos deliciosos leyendo las obras del P. Isla, y tambien los tuve iguales en una ocasion en que me facilitaron el sermon del cura de Chaorna, documento curioso que se conserva en el archivo de los duques de Medinaceli, y que valió á su autor un beneficio simple concedido por el Rey, á condicion de que el buen cura no volviese á predicar en su vida. Nada digo á ustedes de las cartas del célebre crítico antes citado, ni de su Fray Gerundio de Campazas, porque no habrán olvidado el sermon del P. Soto; pero si les citaré para muestra un trocito del sermon del cura de Chaorna, pues como documento que no está impreso, es probable que no lo hayan leído. Decía este santo varon, hablando de nuestro Padre Adan, «que era el hombre más afable y gallardo de su tiempo; tanto, que cuando salia á la calle todos sus vecinos se le acercaban para saludarle y conversar con él, y hasta las monjas se asomaban á sus rejas para tener el gusto de verle pasar; pero que Eva era la más gulismera y chismosa de cuantas mujeres habia habido hasta entonces.»

Me preguntarán ustedes que á dónde voy á parar con esto; y yo les contestaré que escribo nada mas que mis impresiones y recuerdos, excitados por la lectura del número 46 del periódico titulado *El Vigía de los partidos*. (1) No sé qué relacion pueda existir entre las notas de este órgano y lo que acabo de decir; pero ello es lo cierto que el mencionado número me recordó los sermones del P. Soto y del cura de Chaorna; y como no me doy razon de este fenómeno psicológico, voy á extractar un PROYECTO DE SANIDAD CIVIL, causa de mi asombro.

Dice así la exposicion que precede al proyecto de ley: «Señora: ya es tiempo de que la sanidad de los pueblos y los »dignos profesores encargados de la santa mision de curar á

(1) Periódico de medicina muy mal escrito que se publicaba en Avila, en el cual apareció el proyecto de ley que se copia y se critica en un párrafo de la presente carta.

»los enfermos de evitar epidemias y contagios en los mismos
»y las naciones; en fin de guardar los mas reconditos secretos
»de las familias y á la sociedad entera, á la altura de la civili-
»zacion y exigencias sociales, de los cambios sufridos en las
»mismas; Señora, ha llegado la ocasion que los profesores del
»arte ciencia de curar salgan del abandono en que hasta hoy
»se les ha tenido, y que la salud de los pueblos no sea una
»mentira. Los pueblos de todo se cuidan menos de la salud
»de sus habitantes; pero todo el cual no existe en la incuria y
»abandono de los pueblos, si que lo peor es, lo que ya los
»dignos profesores no pueden sufrir, es la falta de respeto á
»que son acreedores. Se les considera menos que á un asala-
»reado ganapanes, como un esclavo vendido, y en verdad,
»que por un pedazo de pan por alimentar tan grandes hom-
»bres á sus hijos. Ved lo que practicó el Rey médico con le-
»yes Divinas, con su luz é inteligencia sobrenatural en este
»valle de mentira, lavar el alma y curar el cuerpo. A nosotros
»cumple ocuparnos de la última parte, quedándonos la satis-
»faccion de haber hecho bien á sus semejantes que poco ó na-
»da nos premian fuera de la Corte de S. M.; que nos miran y
»tratan sin prójimo ni compasion, nos tildan y apodan y mar-
»tírizan como á aquel Divino Pastor. El Padre dijo al Hijo:
»cura esas almas corruptas y limpia el cuerpo apestado. Imi-
»tadle, señora, é indudablemente que la luz de la razon verá
»una única y gran ley de la salud, porque donde existen es-
»casas afecciones y simples de mala moral, el cuerpo no sufre
»tanto. Crealo así V. M.: antes de todo la salud de su nacion,
»Señora. ¿Qué podrá decir á V. M. el más pigmeo médico de
»pueblo; qué particulares sustancias podran nacer de su
»pluma que agraden? La salud y enfermedades no parecen si-
»no panales de rica miel y que todo hombre hambriento tiene
»derecho á gustar, mas que el que se ha sacrificado cual la-
»boriosa abeja eligiendo en el campo de la medicina el mejor
»nectar de los calices para su construccion. Imperitos ofici-
»nistas en todo lo que atañe á la salud del hombre; intrusio-

»nes hasta por albeítas sin fin; curanderos que plagan el
»limo terrestre, anuncios y ventas de cual llamados especifi-
»cos sin cuento; escesos y licencias de los caciques y autori-
»dades con los profesores que con sus inmoralidades no pue-
»den conquistar, hé aquí el oceano caótico de la mas grande
»de las ciencias. Por eso los médicos de pueblo están llenos
»de pavor; mas lo inscrito no tiene réplica, y todo y mucho
»mas pudiera probarse. Mientras una ley de sanidad no haga
»á los profesores independientes de los pueblos, ni habrá ra-
»zon, se carecerá de respeto y consideracion, y la buena sa-
»lud marchará de abismo en abismo como hasta aquí. En es-
»te concepto ansiosos esperamos una ley de Sanidad parecida
»á la que sigue.»—CAPÍTULO ÚNICO (*compuesto de 89 artícu-
los*). Nada se olvida en ella; organizacion de partidos, Conse-
jos, direcciones de puertos, de baños, cuarentenas, y cuanto
á la higiene se refiere, todo se arregla en el capítulo único.
«En primavera y otoño se inspeccionará la higiene y salubri-
»dad de los pueblos más crecidos. Los médicos serán respon-
»sables de las faltas higiénicas y de salubridad, tanto en el
»interior de la Península como en los puertos. Si del exámen
»de los buques resultase enfermedad sospechosa ó contagio-
»sa, quedarán sujetos á limpiarse personas de viaje, tripulan-
»tes, buques y cargamento, hasta que el médico documente
»de su sanidad. Cuando un buque sea foco de infeccion ó de
»contagio, convendrá incendiar hasta el cargamento, hasta
»consumir los objetos mas preciosos de los viajeros. Cuando
»las malas influencias hayan sido consumidas por el fuego ó
»de otra manera, pasarán los cargamentos á poder del comer-
»cio. Para que el movimiento sea uniforme é igual, todo pen-
»derá del fotogeno de la Gobernacion. Los inspectores conse-
»jeros perderán el destino, mucho, si en la falta de noticias
»ha existido gratificacion. Se prohíbe tener dentro de la po-
»blacion toda clase de ganados, mucho más los de pezuña:
»constrúyanse fuera corrales á su estancia. Las carnes se ven-
»derán entre Norte y Mediodía, etc., etc.»

Basta todo lo anterior, copiado del proyecto de ley y de su preámbulo, para que ustedes vean si en efecto su lectura recuerda los sermones del P. Soto y del cura de Chaorna. Por mi parte renuncio á todo comentario, pues con trascribir algunos párrafos de tan curioso documento, se admira la profundidad de todo él, sus bellezas, sus construcciones tan gramaticales, y los giros tan originalísimos de su estilo. Yo pediría un beneficio simple para el autor, con la obligacion de no escribir una línea en toda su vida, á fin de que descansa de la fatiga que le habrá ocasionado la concepcion y parto del fenómeno que tengo el gusto de exponer hoy al público como una notable curiosidad. Pediría tambien al fiscal de Avila, denuncie y mande recoger escritos que puedan calificarse de subversivos del buen sentido, y que envuelven delito de lesa idioma castellano. Si esto no está previsto en el Código, se lo agradecerán los amantes del lenguaje de Cervantes, y motivará una aclaracion sobre este particular.

En este momento me acuerdo que la Constitucion del Estado tiene un artículo que garantiza á los tontos del veto que yo pretendia, puesto que todo español puede publicar libremente sus ideas. Mientras no se adicione que las ideas habrán de expresarse con formas inteligibles siquiera, ya que no sean correctas ni castizas, no tiene fundamento nada de lo que he dicho.

Sabia que contábamos con eminencias en todos los ramos de nuestro arte; porque don H. de M. nos lo ha dicho; pero como se olvidó de hacer mencion de los escritores y periodistas mas distinguidos, no nos dió á conocer algunos de los redactores y colaboradores de los periódicos médicos. Y lo cierto es que los hay notabilísimos y son dignos de figurar al lado de los nombres citados al principio de esta carta, como especialidades en diferentes ramos de la ciencia. Tenia razon aquel célebre escritor á quien aludí: la medida de la cultura de una clase está en el número de periódicos que publica, y yo añado que tambien lo está en la calidad. De tanto bueno como se es-

cribe en la vasta prensa médica de Madrid y de las provincias, no puede menos de inferirse que la gran familia se ha ilustrado ya de sobra, y no queda nada por aprender á sus individuos, ni de fondo ni de formas, porque aquel es como el mar, y estas variadas y de todos los géneros y gustos.

Vean ustedes como se ha justificado la triple admiracion que he puesto á la cabeza de esta misiva, la cual deseo llegue á sus manos sin tropezar en el camino con yuguladores de nuestro idioma, no sea que me la descuarticen en castigo de mi osadía. En la próxima carta me ocuparé de otros asuntos más sustanciosos que los de la presente; y hasta que llegue ese dia, queda á las órdenes de ustedes su amigo.

Marzo de 1864.

5.^a

LA VISITA DE UN BUEN PRÁCTICO VISTA Á VUELO DE PAJARO. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO:

Mis apreciables amigos: Obras son amores y no buenas razones, suele decir el vulgo: hechos y no teorías, dicen también los médicos. Yo creo que hacen bien en pensar así, porque no hay nada que hable tan alto como los hechos.

Los hechos no tienen réplica.

Si no hay hechos, no hay prueba.

Todo el mundo respeta los hechos consumados.

Nadie niega los hechos.

Tienen razon los que en los hechos se apoyan.

La certidumbre descansa en los hechos.

Se afirma una cosa con solo decir «es un hecho».

Fuera de los hechos todo es ilusion, hipótesis, mentira.

Como que los hechos nos entran por los sentidos, figúrense ustedes si será ó no realidad todo lo que por ahí se nos entre.

Decididamente yo estoy por los hechos: ellos son lo positivo, lo que se toca, lo que se vé, lo que se oye, lo que se gus-

(1) El objeto principal de esta carta es criticar á los que dan solucion á todas las cuestiones, y esplican su conducta en la práctica, con los hechos, desechando las teorías, y suponiendo que estas no sirven para nada.

ta, lo que se huele; y sobre todo tratando de medicina, que es una ciencia exclusivamente de hechos.

No crean ustedes que yo he pensado así siempre, pues tuve una época en que trepaba por las cimas de las montañas, teorizando y filosofando en esas elevadas regiones, formándome la ilusión de que en esto consistía la ciencia; pero despues prácticos eminentes me han convencido de que no hay nada fuera de los hechos; corroborándome en esta idea un discurso muy fresco en pró de las llanuras y hondonadas, abogando por las discusiones de hechos prácticos, con motivo de averiguar si conviene dejar que los chiquillos se mueran del garrotillo, ó si es mejor obrar con ellos como Herodes, y degollarlos para que mueran más vistosa y variadamente. (1)

Si no fuera porque todo me hace reir, lloraria el tiempo que he malgastado en estudios especulativos, ejercitando mi razon en lo mas abstruso y metafísico que encontraba en los libros.

Ahora me arrepiento de no haber seguido pronto el consejo de un distinguido médico con quien yo discutia mucho, recién salido de la escuela, *sobre el valor de las teorías y de los hechos en Medicina*. Recuerdo que haciendo la visita con él, me dijo algunas veces lo siguiente: «Á la cabecera de los enfermos para nada le servirá á Vd. lo que le han enseñado en las aulas, porque solo á fuerza de hechos es como llega uno á ser médico. Deseche Vd. todas las teorías, sea usted ecléctico, porque todos los sistemas tienen algo bueno, y con esta conducta podrá Vd. ser un escelente práctico. Por lo demás, la terapéutica es bien facil, pues cuando se llevan algunos años de profesion, se aprende que con media docena de medicamentos hay suficiente para todo, como habrá Vd. podido observar desde que sigue mi visita.»

Por entonces era yo más curioso que ahora, y solia hacer apuntes de lo que más me llamaba la atencion. Entre las notas

(1) Alude al discurso del doctor Alonso pronunclado en la real Academia de medicina, en las discusiones sobre el croup y la traqueotomia.

de aquella fecha, conservo una en la cual está reseñada fielmente la práctica de aquel profesor, que ejercia en un pueblo rural de unos quinientos vecinos, gozando de gran reputacion en el país. Con el fin de no quitar ni poner nada, sugerido por ideas posteriores, voy á copiar íntegra la nota que escribí la noche del 25 de mayo de 185..... en el pueblo de A.... despues de haber hecho la visita con el médico D. L..... Dice así la nota: (1)

«La visita de un buen práctico vista á vuelo de pájaro.

—Hoy hemos visitado unos treinta enfermos, y he aprendido grandes cosas. D. L.... ha dispuesto á una jóven clorótica una sangría, porque se habia caido rodando una escalera, y ha ordenado que la evacuacion se repita á la tarde, sin necesidad de ver los efectos de la anterior. No he tenido la curiosidad de preguntarle si creia, como el vulgo, que siempre deben hacerse dos, una de cada lado del cuerpo, para que no se desequilibre la sangre. Es aforismo de su práctica, que en todo traumatismo, así como en todo susto, se debe sangrar siempre, porque la conmocion moral ó física, dice, paraliza la circulacion: los hechos de su larga práctica lo afirman en esa costumbre. Por esta razon he visto en una casa sangrados á todos los de una familia, sin otro motivo que el haber fallecido un individuo de ella el dia anterior. La sangría es el remedio más heròico que conoce la Medicina, y D. L.... lo prescribe en casi todos los padecimientos, tanto que es ya cosa corriente en el pueblo llamar al sangrador antes que á él para tener algo adelantado hasta que llega. Ordena tambien la sangría á las embarazadas desde el cuarto mes en adelante, cuando menos una vez cada treinta dias, sin otro delito que el hallarse en gestacion. Asegura que abortan las que se resisten á esta saludable medida; y de las que malparesen, no obstante las sangrias, afirma que ha sido por sangrarse poco. Obliga á que sangren á los niños

(1) La terapéutica que se censura en estos párrafos es la mas generalizada en España, no solo en las aldeas sino en las grandes capitales, y lo mismo se practica por un cirujano ramplon que por los mas afamados doctores. No está el mal en ellos; lo está en la medicina alópatica que no sabe otra cosa de terapéutica.

de pecho cuando se asustan sus madres, cuando se pronuncia en ellos el trabajo de la dentición y en toda fiebre eruptiva, con el fin de quitar á la sangre la irritación que tiene en todos esos estados. Y, finalmente, todos los vecinos se sangran en primavera y otoño, aun cuando se hallen en la mas completa salud, para moderar el ardor que dice adquiere la sangre en esas dos estaciones. En los que así no lo hacen se atribuyen todas sus enfermedades á la falta de esa precaución, que otros substituyen con purgantes, pues al fin viene á ser lo mismo sangrarse que purgarse para prevenir enfermedades. Tambien achacan los males de toda su vida á la falta de la sangría todos aquellos que dejaron de hacérsela cuando sufrieron una contusión ó una impresión moral desagradable. Yo no sé si D. L... ha introducido estas prácticas y arraigado tales creencias en sus clientes, ó si el pueblo, opinando de este modo por una tradición inexplicable, es quien se las ha impuesto á su médico. De cualquier modo que haya sido, es una práctica sancionada por el tiempo, aceptada con gran beneplácito por el público, y cimentada en los hechos irrecusables de que enferman alguna vez, y llega un dia en que se mueren los que han dejado de sangrarse cuando D. L... lo habia dispuesto.

»Hemos visitado un enfermo de fiebre tifoidea en el tercer septenario, y probablemente se morirá muy pronto; pero la familia está muy satisfecha, y queda ilesa la reputación médica de D. L... Sangró cuatro veces al enfermo, le dispuso varias aplicaciones de sanguijuelas, y hasta vejigatorios. De lo demás no se diga, pues no ha quedado en la botica cosa que no se le administre. Cada dia escribia cuatro ó seis recetas diferentes; pero está de Dios que el enfermo se muera. Lo que es por no hacerle muchas cosas, no sucederá en verdad. He observado que la mayor parte de las fiebres que D. L... llama tifoideas no son sino adinámicas, y que apenas hay una, por benigna y sencilla que empiece, que no adquiera ese grave caracter. Yo no sé si será efecto de la localidad, no obstante que tiene grandes condiciones de salubridad; pero lo que si

se puede asegurar es que no depende del tratamiento, porque este no puede ser mas activo, mas profuso, mas ecléctico ni mas fundado en la experiencia.

»Estuvimos luego en una casa donde reinaba gran consternacion desde la noche anterior. Un individuo de ella fué acometido en la madrugada de un ataque de apoplejía cerebral. D. L...., á quien avisaron en seguida, dispuso muchas y abundantes evacuaciones sanguíneas, y gran número de revulsivos. Cuando llegamos, el enfermo estaba hecho un San Lázaro; habíale afeitado la cabeza para aplicarle un casquete de emplasto de cantáridas; unas mujeres se afanaban en ponerle ventosas sobre la columna vertebral, tan rústicas como en los hospitales; y era un fenómeno curioso para los espectadores imperitos en asuntos de física, ver cómo se sostenian sin caerse los vasos pegados á la espalda del paciente, pareciendo sus lomos un mostrador de café. De media en media hora le administraban un jeringazo de sustancias irritantes con un instrumento tan grande como un cañon de montaña, y que despues supe era propiedad de la villa, y estaba al cuidado de un concejal de ayuntamiento. (1) Yo sospeché que tambien serviria de bomba para los incendios. Cuantas azumbres de caldo le introducian, otras tantas se quedaban por los intestinos. En vista de semejante obstinacion, el médico preguntó si habian traído ya *aquello* de la botica, y habiéndole contestado afirmativamente, mandó que se lo pusieran al instante. Entonces nos enseñaron el extremo remedio, y ví que *aquello* era una monstruosa cala, como una gran zanahoria, que el barbero se encargó de darle colocacion adecuada.

»Nos despedimos anunciando que volveríamos pronto, y fuimos á ver un cuadro opuesto al anterior. Era una mujer de mediana edad, escuálida, en la última consuncion, con una diarrea de seis meses de fecha, sin que por entonces yo supiese los antecedentes, las causas, ni la marcha del padeci-

(1) Asi sucede en muchas poblaciones rurales de España. Tienen una lavativa, propiedad de la villa, ó de alguna cofradía religiosa y la alquilan á los enfermos, aplicando el producto á fondos municipales ó para los gastos de la hermandad.

miento; pero D. L... me aseguró no era otra cosa que una disenteria crónica, la cual no había podido dominar, á pesar de todos los astringentes, anodinos y gomosos de la farmacopea. Cosa rara en verdad, pues no se comprende como el almidon, el asta de ciervo, el harina de arroz y otras sustancias, con las cuales los reposteros ponen espesas las cremas y las natillas, no daban consistencia á los materiales diarreicos de la enferma que teníamos á la vista. Era asimismo extraño que el taniño, la ratania y otros astringentes que se introducian en sus tripas diariamente, no las hubiesen ya reducido á cuerdas de guitarra, siendo así que con aquellos ingredientes se curte, se aprieta y se convierte en suela hasta la piel de vaca. La enferma tenia además hinchadas las piernas y las manos, fenómeno que, segun el médico decia, era debido á la posicion de estar echada y á que no podian circular bien los humores.

«Vimos otra porcion de enfermos con varias dolencias, agudas en unos, crónicas en otros, y el tratamiento era en todos sintomático, y tan racional como los indicados antes. Sangrías, sanguijuelas, atemperantes, cuando á D. L.... le parecia que había irritacion; tónicos, cuando con aquellos agentes se debilitaban los enfermos; enemas y purgantes en cualquier dia del curso de una dolencia, cuando había astriccion de vientre; cocimientos blancos, gomas y astringentes en toda diarrea; fuertes drásticos en todo cólico é indigestion; preparados ferruginosos á toda clorótica; quina ó quinina para toda intermitente; ópio para el insomnio y todo dolor; los éteres para todo histérico y males nerviosos; digital para toda lesion del corazon; ioduro de potasio para dolores reumáticos ó sifilíticos; tal era el escogido arsenal de D. L.... para combatir las muchas enfermedades de aquella localidad.

«Ha llamado mi atencion que, á pesar de ser un pueblo rural, y todos sus habitantes labradores, en quienes generalmente se encuentra la mejor salud, abundan las organizaciones endebles, constituciones muy deterioradas; casi todas las mujeres son histéricas; apenas hay una muchacha que no esté

clorótica, y eso que se sangra y se purga con profusion hasta como medida preventiva; y no se escasea tampoco lo demás de la terapéutica, que es abundante y variada. También he observado que á todo enfermo se le prohíbe el agua clara, y mientras dura el mal está condenado el individuo á beber cocimientos de semillas, raices, ó flores, sin que le sea permitido probar el agua hasta muy entrado en la convalecencia. (1) Por fuerza es muy dañoso este liquido, que para tormento suyo le ofrece al hombre la naturaleza en cristalinos y abundantes raudales.

«Nos han interrumpido la visita, haciéndonos volver á la casa del enfermo apoplético. La familia estaba muy contenta, porque decía que ya *había roto por abajo y por arriba*. En efecto, al despedirse para el otro mundo, no quiso llevarse las azumbres de liquido con que lo habian obsequiado durante las horas de su postrer enfermedad. Lo pulsamos, y comprendimos que estaba espirando.

«He tenido la curiosidad de preguntar á D. L.... si habia curado muchos enfermos como algunos de los que acabábamos de ver, y me confesó con ingenuidad que los de tales dolencias todos se morian. Le he argüido sobre lo innecesario de la terapéutica, toda vez que los declaraba incurables, y me ha contestado que era preciso hacer alguna cosa, aun cuando no fuese mas que para satisfacer á la familia. Le he manifestado que, siendo así, me parecia mejor emplear medios inofensivos que los enérgicos de que él se valia, y á esta observacion no ha podido decirme más sino que como todo es dudoso en medicina, y jamás ó rara vez se podia pronosticar con precision y seguridad, ponía en práctica recursos activos, por si acaso daban resultado. Que el mal radicaba en el atraso de la ciencia, que se sabia muy poco, que estaba convencido de que las enfermedades curables se curarian sin hacer nada, y las incurables por su esencia se resistían á todos los remedios que

(1) Esta es otra práctica rancia perjudicial en alto grado. Los enfermos deben beber cuanta agua clara quieran, sin otra precaucion que darle una temperatura adecuada.

se pusieran en juego; pero que si esto se dijera al público se pondría en evidencia lo innecesaria que es la profesion médica, la cual debe existir, sin embargo, aun cuando no sea mas que para alimentar la imaginacion y las esperanzas de los pacientes. Viendo á D. L.... en una situacion tan embarazosa no he querido insistir en esta conversacion, pues él mismo ha descubierto la contradiccion entre sus creencias y su conducta.

»Me ha presentado sus estadísticas, y de ellas resulta que hace por término medio nueve mil visitas al año, muy mal retribuidas en verdad, pues no tiene mas que ocho mil reales de dotacion; asiste unos trescientos enfermos anualmente; existen unos veinte con padecimientos crónicos; se mueren unos cuarenta adultos y cien párvulos en cada un año; se practican más de dos mil sangrías; se despachan en la botica recetas por valor de cincuenta mil reales que al farmacéutico del pueblo solo le valen unos diez mil, en razon á que los vecinos le pagan nada más que media fanega de trigo al año por todas las medicinas que necesiten.

»Nos hemos encontrado con un anciano de noventa y cuatro años, tan ágil y fuerte como muchos de cincuenta. Todavía dá sus vueltas por el campo y se entrega á ciertas faenas agrícolas. Hemos hablado con él, y nos ha dicho que su buena salud y longevidad las debe á que jamás ha hecho caso de los médicos, que nunca se ha sangrado ni tomado nada de la botica, que ha observado siempre un buen régimen, y que si alguna vez ha estado malo, se ha curado él solo con dieta absoluta y agua clara. Excitó nuestra hilaridad con la siguiente picante anécdota. Refiere que hace bastantes años, y en ocasion en que reinaba en el pueblo una epidemia de tabardillo, se murió el médico que tenian y tambien el que fué á sustituirle, con cuyo triste suceso no encontraron otro que quisiera establecerse en el pueblo. Pero que la epidemia concluyó pronto, sea porque estuviese en su período de declinacion, ó porque los últimos invadidos no fueron asistidos por médico. Se fué pasando el tiempo, y los vecinos se acostumbraron á

estar sin médico, arreglándose como Dios les daba á entender cuando tenian alguna enfermedad, que fueron pocas y benignas. Ocho años, nos dijo, estuvo el pueblo sin facultativo, y en cada uno de ellos murieron cinco ó seis adultos y unos veinte párvulos. Las diferencias de mortalidad eran tan grandes y manifiestas, que no se acordaban de que hubiese médicos en el mundo; pero que el Jefe político de la provincia les obligó á buscar uno, y desde que tuvieron otra vez médico hubo más enfermedades, se moria mucha más gente, y las naturalezas eran más endebles. Contestamos como pudimos al cuento punzante del anciano; pero en nuestros adentros nos pareció que habia mucho de verdad y justicia en su sátira. (1)

»Volviendo á D. L.... repito que goza de una gran reputacion como práctico, y debo consignar que diagnostica bien, y es acertado en el pronóstico. En cuanto á terapéutica, él lo ha dicho con franqueza, la ciencia no sabe más. Sigue un buen camino: no quiere teorías, todo lo fia á los hechos, es ecléctico; y ciertamente no he visto práctica superior á la suya en ningun médico de pueblo ni de ciudad, ni en los hospitales, ni en las clínicas de la Facultad de Medicina. El mejor reputado no hace más que él, ni sigue tratamientos diferentes de los suyos.

»Al despedirnos le he preguntado si conocía la homeopatía, y me ha respondido que solo habia leído de ella lo que decía impugnándola de vez en cuando el periódico á que estaba suscrito; pero que la juzgaba un absurdo. Le invité á que la estudiara y ensayase, y me manifestó que no quería perder el tiempo, pues como teoría no la comprendía, ni se le alcanzaba que dosis tan pequeñas tuviesen accion; y como medicina práctica no la podia admitir mientras los hechos no la comprobasen. Le he replicado que habia oido referir casos de indudable curacion de enfermedades graves, y cuyo éxito hu-

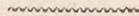
(1) En todos los pueblos se observa que las organizaciones son mas endebles y la vida mas corta desde que se generalizó el uso de la sangria. Y las naturalezas se conservan mas vigorosas en donde los médicos han sido espectadores y no han empleado drogas ni sacado sangre á los enfermos.

biera sido mortal á no intervenir el arte; á lo cual afirmó que habrían sido casualidades. Me pareció muy justa su resistencia á estudiar la nueva terapéutica, pues sabiendo lo bastante de ella por lo que le decía su periódico, y no habiendo visto ninguna curacion, era lógico atribuir á coincidencias afortunadas lo que se refería por médicos y profanos. Además, contando con una materia médica tan provista de drogas, tan antigua y sancionada por los siglos, que aun cuando las mas veces de nada servía, ó si acaso, para complicar un poco los males y ayudar á morir al prójimo, pero que se prestaba sin embargo con ella un consuelo moral á los enfermos, y se hacía ver á la sociedad que si no se curaban no era por falta de recursos, no era cosa de emprender ahora un camino enteramente opuesto, y confesar que los médicos no habian hecho sinó torpezas en veintitres siglos. D. L.... tiene mucha razon y yo quedé muy conforme con sus opiniones. La constancia en las que uno tiene, es una virtud. Los médicos no deben abandonar la alopátia, si no quieren incurrir en la calificacion de inconstantes.»

Tal es la nota que conservo desde la fecha arriba citada. Quizás aparezca en ella demasiado desnuda una gran verdad; tal vez se vea en camisa á la alopátia, pues lo referido es lo que pasa en la práctica. Los pudorosos pueden cubrirla con mejores vestidos. Yo no sé que tenga otros, y por esto la presento en paños menores. Si mi lenguaje no agrada, y sucede, como sucederá, que son muchos los que se pican, señal que tengo razon, y que á ellos toca evitar que mi sátira encuentre barbaridades que combatir.

Soy de ustedes, como siempre, afectísimo amigo y S. S.
Q. B. S. M.

Mayo 4 de 1864.



6.^a

MEDIO PARÈNTESIS Á MI SÁTIRA.—MENESTRA DE FILOSOFÍA
ADEREZADA CON VARIAS YERBAS. (1)

He pensado muy gravemente sobre la suerte futura del género humano, asunto que me importa un bledo, y he deducido de mis meditaciones que su desaparicion del planeta está ya próxima.

Segun las profecias mas veridicas, habrán de preceder á esa catástrofe grandes y exterminadoras plagas; y como en la actualidad observo pestes de todas clases, de políticos, de médicos, de tontos, de tifus, de cóleras y tantas otras capaces cada una de ellas de matar por si sola á la mitad de la especie humana, infiero que todas reunidas van á dar fin muy pronto de los hijos de Eva.

Corroboran mis temores esa degeneracion física de la especie, ese acortamiento progresivo de la vida, esas organizaciones cada dia mas raquíticas y endebles.

Pero como antes de que tal acontecimiento se verifique habrá de llegar la raza humana á su mayor perfeccionamiento

(1) Esta carta, en la cual se critican las opiniones emitidas en la *Filosofía médica del doctor Nieto y Serrano*, la escribió el autor á consecuencia de una broma entre varios amigos suyos. Habiéndole dicho el erudito doctor Alvarez de Peralta; «no se atreva V. en sus cartas con los filósofos,» el autor le contestó.—«prometo á V. una para censurar sus opiniones y las del doctor Nieto.—«Pero entonces, replicó el señor Peralta, se criticará á si propio, puesto que sus teorías filosóficas se diferencian poco de las mias.»—En efecto, volvió á contestar, haré la crítica de mi mismo.

posible, por eso es que progresamos en todo con la rapidez del vapor y de la electricidad.

Y sin embargo de tantos descubrimientos que á torrentes derrama por todas partes nuestro siglo, las plagas cunden, las epidemias hacen estragos, las organizaciones decaen, los buenos tipos de salud y robustez se pierden. Sin duda consiste en que los hombres son unos estólidos y no saben hacer uso de los portentosos descubrimientos modernos, de los anti-escrofulosos, de los anti-reumáticos, de los anti-sifilíticos, de los anti-herpéticos, y de tantos *antis* como tienen á su disposicion y se les anuncian todos dias para que se fortifiquen, se regeneren y se preserven de las enfermedades habidas y por haber.

Agrippa, Cardano, Paracelso y tantos otros como en la antigüedad se distinguieron buscando panaceas y la quinta esencia de las cosas, serian hoy unos neófitos al lado de los maestros Holloways que pululan por todas partes, habiendo descubierto con su poderoso ingenio la manera de extraer, no digo la quinta, sino la décima esencia, llegando hasta el archetipo de las sustancias.

Y por encima de todo eso está la filosofía moderna armonizando todos los descubrimientos, empujando á la humanidad por la via del progreso, y que deja morirse, no obstante, el mismo número de individuos que en todos tiempos.

Lo repito, la especie humana progresa al vapor; solo que fluctúa entre el empuje de ese progreso y el de su fatal destino que le conduce á su próxima desaparicion; y esta es la causa de su ceguedad para no aprovecharse de tantos recursos como halla rodando por esos mundos, con los que podria curarse de todas sus dolencias físicas y preservarse de ellas. Consolémonos, aun cuando no sea muy buen consuelo, con la esperanza de que la otra especie humana, que vendrá cuando esta se haya extinguido, será mas avisada y menos tonta. No duden ustedes que la fuerza generatriz del planeta producirá en su próxima sacudida otro animal mas perfecto que el hom-

bre, una segunda edicion de la humanidad corregida y revisada, con ciertas supresiones de cosas superfluas, pues, segun los mejores informes, los individuos de esa futura raza no tendrán orejas, ni uñas, ni otras partes que los de hoy conservan como reminiscencia de haber pasado por todos los organismos de la escala zoológica. Así lo afirman los modernos pensadores.

Dejando á un lado todas estas digresiones con que doy introduccion á la presente carta, y que nada tienen que ver con el objeto de ella, voy á engolfarme en sublimidades mayores, en la verdadera quinta esencia de las cosas médicas. No es, aun cuando algunos maliciosos lo presuman, del opúsculo *La Salud* de lo que pretendo ocuparme en este dia. Dicho manual ha valido ya al Sr. Somolinos una gran cosecha de plácemes de la prensa política, dos morisquetas agrídulces de dos periódicos médicos, la patente de sabio expedida por uno de los autónomos; y despues de todo esto, poca ó ninguna importancia tendria lo que yo dijera de *La Salud* del Sr. Somolinos, á quien felicito, sin embargo, por haber acometido la buena obra de prohijar un libro que, segun mis informes, bien puede llamársele hijo de P.... segun los muchos que han tomado parte para engendrarle. (1)

Mi asunto de hoy es muy diferente, aun cuando no sea tan grande ni de tanta importancia. Me quedo en la portería de la ciencia, no paso de los umbrales de la casa ó del edificio de la medicina.

Y aquí tienen Vds. un segundo exordio, ó una ampliacion arquitectónica del anterior; un exordio de cal y canto, que bien lo ha menester así esta carta para resistir á la gente con quien voy á emprenderla.

Puesto que á la medicina, como á toda ciencia, se la compara á un edificio que, dicho sea de paso, unos aseguran está sin construir y no hay de él mas que un solar y montones de

(1) Por estos dias acababa de publicar el señor Somolinos su libro titulado *La Salud*, que le revisaron muchos médicos amigos suyos haciendo cada cual las supresiones ó adiciones que les parecian convenientes.

materiales: otros creen está ya completo y nada le falta, y algunos dicen que de puro viejo se cae y hay necesidad de levantarle de nuevo, me tomo la libertad de asomarme á la puerta y saludar á los porteros.

Doy este nombre á los filósofos, á los que contribuyen al perfeccionamiento del edificio médico, á los que buscan las leyes y los principios, á los que dirijen la obra, y que por lo tanto debieran llamarse los arquitectos; pero atendiendo á la consideracion que les merecen á los habitantes de ese edificio científico, y á la importancia en que los tienen, encuentro analogía entre los filósofos y los porteros.

Nadie ni nada pasa sin su permiso; por su librea se adivina la calidad de la gente que está dentro; unos y otros saben las interioridades domésticas, califican gráficamente á todos los habitantes y conocen perfectamente los puntos que cada uno calza; todos los temen y los respetan, pero al mismo tiempo los desprecian y no hacen de ellos caso alguno; están por debajo y encima de los demás, pues de dia viven en la portería, y de noche se suben á una guardilla para dormir y soñar.

No habrán Vds. encontrado ligazon entre las cosas que llevo dichas, y calificarán mi preámbulo de extravagante. Pero precisamente en la extravagancia está ahora la concordancia de las cosas, así como la lógica está en lo anómalo é incoherente; así como la certidumbre se encuentra juntando lo mas enteramente opuesto; así como una verdad y una mentira no son lo que parecen, y la verdadera verdad resulta de la mezcla de ambas. ¿No entienden Vds. bien nada de lo que les digo? Pues lean á Nieto y Serrano, á Alvarez Peralta ó á Garcia Lopez, representantes en medicina los dos primeros y adicto el tercero de escuelas filosóficas de la moderna Alemania, y ellos les explicarán todo esto, y les enseñarán las antinomias, lo que son tésis, antítesis y síntesis, lo absoluto y relativo, la unidad en la variedad, las ideas de espacio y tiempo, lo trascendente y trascendental, las categorías ó las construcciones hechas en la conciencia empírica, la objetividad de la intuicion intelec-

tual, los neumenos y los fenómenos, la identidad absoluta, el conceptualismo, el realismo, y muchas cosas mas acabadas en *ismo*; lo objetivo y subjetivo, la nocion, el concepto, el principio, la ley, la diadexia simpático-crítica, y otra porcion de drogas de la moderna filosofía, muy á propósito para curar las tercianas, los tabardillos, el cólera y los sabañones. Cuando hayan Vds. comprendido esos grandes adelantamientos á que el espíritu del siglo ha conducido á nuestros filósofos, serán ustedes unos excelentes médicos, á quienes buscarán en tropel los enfermos para que con toda esa sabiduria les conjuren y destierren los males que les aflijen, porque con tales conocimientos ya no habrá abismos insondables en terapéutica, no habrá un *hiatus*, no habrá diferencia absoluta, radical, sustancial, entre quien conoce y lo que se conoce, entre el sér conocido y el sér cognoscente, es decir, entre Vds. y la enfermedad, porque Vds. serán la enfermedad misma, y los pacientes se curarán á las mil maravillas bajo la influencia de esa identidad, de esa armonía, de esa unidad real, formada por los males y los médicos filósofos. Ellos son los que todo lo saben, los que todo lo explican, los que todo lo aclaran, los que iluminan la ciencia. Definen la esencia de la vida, de la salud y de la enfermedad; enseñan lo que es el medicamento y cómo obra en el ser vivo.

Y sin embargo de tanta sabiduría, el público comete con ellos la injusticia de considerarlos como imperitos para tratar la mas ligera enfermedad. Ello es cierto que algunos de esos grandes médicos filósofos contemporáneos ha dicho que «el carácter mas genuino de una buena filosofía es que no tenga ninguna aplicacion particular;» esto es, que no sirva para nada. En esta parte son todos muy consecuentes, porque á la cabecera de los enfermos se olvidan de su filosofía, y no hacen ni mas ni menos que lo que cualquiera otro que no entiende una palabra de ella; ó no hacen nada, porque si quieren en ese momento poner en práctica sus teorías, se aturden, pierden la brújula, y cuanto proponen y cuanto dicen suele no ser

otra cosa que una série de desatinos. Verdaderamente que estos desatinos caben en la filosofía, puesto que, segun ella, todo es posible, y lo posible debe entrar en la ley terapéutica, la cual no ha de oponer restricciones á nada. (1) El vulgo teme á estos filósofos, y es de muy antiguo asegurar que los buenos teóricos son malos prácticos. Hay algo de cierto en esto, pero no es exacta la explicacion, ni tan absoluta como se pretende que lo sea. Sucede con harta frecuencia que esos médicos, por cuyos labios salen torrentes de ciencia cuando hablan, y cuyos escritos destilan sabiduría por sus cuatro costados, se quedan hechos unos habiecas cuando ven la mas sencilla enfermedad, sin que acierten á disponer cosa alguna de provecho, deducida de sus grandes y sublimes concepciones; ó bien prescinden de esa sublimidad y ponen en práctica lo que la experiencia enseña que aprovecha, esté ó no en consonancia con lo que defienden en sus teorías. Pero esto no es que los buenos teóricos no puedan ser buenos prácticos, sino que, en primer lugar, las organizaciones dispuestas para los estudios filosóficos no tienen gusto para descender al prosáico terreno de la clínica; y en segundo lugar, que la mayor parte de ellos no se atienen bastante á la experiencia y á la observacion de los hechos, dejándose llevar demasiado de las abstracciones y de ideas puras de su inteligencia; con lo cual forjan un sistema armónico, decorado con un orden lógico admirable, pero que no sirve para las aplicaciones prácticas.

Sin embargo, no á todos comprende la crítica, pues seria una injusticia incluir en ella al autor del *Ensayo de filosofía médica*, y de los artículos que sobre el mismo asunto han visto la luz en *El Siglo médico*. Por él sabemos que la medicina ha de ser inclusiva y no exclusiva. Debe, pues, comprender el materialismo, el vitalismo, el animismo y el dinamismo. La ley terapéutica ha de hallarse en consonancia con ese principio filosófico, y debe abarcar la alopatía, la homeo-

(1) Esta es la doctrina del doctor Nieto y Serrano, como puede verse en sus obras, y en sus artículos de *El Siglo médico* publicados poco antes de la aparicion de esta carta.

patía, la isopatía, y todos los sistemas antiguos y modernos, conocidos y por conocer. Por consiguiente, la ley terapéutica es esta: *todo lo que cura, cura*; y todo lo que cura ó puede curar es terapéutica. Esto se da la mano con aquello de lo que *aprovecha, aprovecha*. Es la filosofía de Pero-Grullo. Todo lo necesario y lo posible debe estar comprendido en la ley terapéutica; y téngase en cuenta que todo es posible. Hé aquí una verdad absurda, una ley amplísima, tanto, que no puede ser más: es la ley quitando la ley; es la reforma social suprimiendo el gobierno; es el sentido comun sin criterio; es la mas lata union liberal, en donde todos caben, desde el absolutista hasta el socialista; es el orden establecido por la anarquía; es la homogeneidad de lo heterogéneo; es la ciencia construida con lo real y lo ilusorio, con lo verdadero y lo erróneo, con lo que se hunde y lo que se levanta, con lo positivo y lo posible. Es un eclecticismo *sui generis* que nada desprecia, que todo lo admite, sin que haya necesidad de un criterio para investigar los medios de curacion; ó, de otro modo, todos los criterios son buenos, y no se debe excluir ninguno.

Hemos llegado á la meta; hemos encontrado una medicina imperecedera, eterna, á cubierto de los embates de ulteriores reformas, por radicales que ellas sean. Porque como «enfermedad es abstraccion de vida enferma, y esta ni es solo distinta ni solo idéntica á la sana; y la funcion medicatriz no es una cosa contraria ni idéntica á la vida enferma, sinó uno y otro, resulta que todas las leyes son aplicables en casos dados á la medicina;» ó, lo que es igual, la terapéutica se compone de todas las leyes, por opuestas que ellas sean; ó bien la terapéutica no necesita de ninguna ley; es decir, la doctrina concreta del Sr. Alvarez de Peralta, convertida en una abstraccion de innumerables ceros por el Sr. Nieto y Serrano.

Á pesar de todo, y no obstante que el autor de *El Ensayo de Filosofía médica* ha tronado siempre que ha tenido ocasion contra la Homeopatía, se advierte en sus articulos una gran

concesion al protestantismo médico, puesto que considera justos los ataques que este dirige á la medicina tradicional, y admite que, en determinados casos, *lo que daña aprovecha*. En esa demolicion universal, que ha llevado á feliz término, de todos los sistemas, deja arrimados entre los materiales útiles los allegados por la homeopatía. Porque su obra ha sido esta: reducir á escombros todo lo conocido, y decir á la generacion presente: «Con esas ruinas y con todo lo que despues venga, se formará el edificio científico, sin regla alguna de arquitectura, ni plan preconcebido, porque esto seria tiránico; y la ciencia debe ser tan libre como lo exigen la anarquía y el desórden en su mayor amplitud.»

El Kant español de la medicina ha hecho mucho daño á los adversarios de la homeopatía: todos los sistemas de la escuela tradicional han sido batidos en brecha, y no pueden contestar á sus argumentos. Desgraciadamente son pocos los que leen sus importantes obras, y de estos no todos las entienden. La homeopatía, que es la reforma de la práctica y de la filosofía del arte, no se considera como medicina exclusiva, sino como la base de la medicina del porvenir, dando entrada á todo lo *verdaderamente útil*, descubierto en el trascurso de los siglos. Así lo han afirmado los principales y mas ilustrados mantenedores de esta doctrina, tiempos antes de la aparicion de las obras del Dr. Nieto, á quien la medicina de Hahnemann puede saludar con esta frase de gratitud: *pro me laboras*.

Basta por hoy de carta, y al terminarla debo consignar mi respeto al talento y laboriosidad de los mismos á quienes he criticado en ella.

Soy de Vds., señores redactores, con la mayor consideracion y aprecio afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

Junio 20 de 1864.

~~~~~

7.<sup>a</sup>

LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA, Y EL CROUP.—OTRA VEZ EL  
VIGÍA DE LOS PARTIDOS.—BIBLIOGRAFÍA.—LA HOMEOPATOFOBIA.

Si yo fuese jóven, pudiera con razon exclamationar que esta vida no es para llegar á viejo. Me abruma los insoportables calores de la estacion y los nubarrones y granizadas de artículos censurables que caen á granel sobre mi mesa de estudio. Habíéndome impuesto la tarea de crítico, no me llega el tiempo para leer tanto malo como se escribe. Afortunadamente el asunto de hoy me permite hacer un alto al epigrama, y en vez de sátira prodigaré aplausos muy airosos, que servirán para que se refresquen aquellos á quienes alcancen.

Con este ligero preámbulo de verano, paso á decir que la única, la verdadera medicina es la que está sancionada por los Cuerpos sábios oficiales. (1) Lo que ellos anatematicen debe proibirse, persiguiendo á los contraventores. Lo que ellos admitan es dogmático, infalible y obligatorio. Por eso existe una medicina oficial, pagada su enseñanza, no por los contribuyentes sino por el Gobierno; y por lo tanto los médicos no pueden poner en práctica otra cosa que lo admitido por las Corporaciones oficiales; y las familias faltan á las leyes del

(1) Por esta época sostenia parte de la prensa alopática que no era admisible en la ciencia sino aquello que hubiera recibido la sancion de las Academias y Corporaciones oficiales, asunto que motivó la presente carta.

país cuando acuden en sus dolencias en busca de una medicina repudiada por las Facultades y las Academias. Los que pretenden desestancar las profesiones y la enseñanza, cometen un absurdo; porque ¿qué sería de la sociedad si no hubiese una medicina oficial? Es la mejor garantía que los gobiernos pueden dar á sus administrados. ¡Ojalá estuviese todo estancado, y fuesen *oficiales* hasta los oficios! Así tendríamos gabanes y zapatos oficiales, sujetos á los modelos dados por las Academias de sastres y zapateros, creadas por los gobiernos para proteger oficialmente el talle y los piés de todos los ciudadanos. (*Opiniones de El Siglo médico*).

Sentados los precedentes axiomas, que llevan el convencimiento al ánimo de cualquiera que no sea un tonto, ocupémonos ya de las últimas sesiones de la Real Academia de Medicina, y sepamos su opinion sobre el *croup* y la *traqueotomía*; porque su fallo en este como en todos los asuntos forma jurisprudencia, y á ella deben atenerse los médicos y los enfermos; practicando los primeros lo que la Real Academia admita como bueno, y sometiendo los segundos á las prescripciones oficiales.

«El estudio del elemento etiológico, ha dicho la Academia, (1) es el único camino que conduce al conocimiento de la diphtheria y de los diversos grados de sus manifestaciones, y á la razon de la naturaleza maligna, pestilencial y contagiosa. Pero el aire es tan sutil y tan ponzoñoso excipiente, que todavia se burla de los físicos y químicos mas eminentes, y guarda en sus impalpables entrañas un mundo de investigaciones. Y no saquen de aquí un argumento los partidarios de los infinitesimales diciéndonos que *si la materia tan dividida, escapando su presencia á todo medio físico y químico de análisis, es capaz de engendrar enfermedades tan graves como el croup, tambien tendrá, y no hay razon para negárselo, el poder curativo á ese mismo estado de division y sutileza,*

(1) Extracto del informe de la comision y de los discursos pronunciados en su apoyo. Véanse las actas publicadas en *El Siglo médico*.

porque la Academia sabe bien donde le aprieta el zapato; y como todos los argumentos tienen cuando menos dos caras, lo presentará del derecho para apoyar sus teorías, y del revés para combatir la Homeopatía. Los Académicos toserán recio y exclamarán con cierto énfasis: «En vano luchan contra la verdad médica los sortilegios, el mesmerismo y la Homeopatía: nosotros lo sabemos todo: *nosotros: ni mas ni menos.*»

»Sin embargo, ¿qué tendrán la sangre y los humores en esta enfermedad general del organismo, que se localiza en la laringe, y mas tarde revela sintomas de intoxicacion? Pero ello es lo cierto que la lesion local es una manifestacion del estado general; que las falsas membranas son un producto de la afeccion. Luego combatiendo el producto desaparecerá la causa; y por lo tanto, sin desatender el tratamiento general, conviene acudir en primer término á los remedios locales, y practicar muy pronto la operacion de la traqueotomia, sin olvidar los escobillones para fregar la tuberia de la respiracion, ni los reactivos químicos que disuelven las falsas membranas. Es verdad que el doctor Bouchut prueba con la estadística, que en el periodo durante el cual más ha estado en boga la traqueotomia, es cuando mas niños han sucumbido del croup, y dice, entre otras cosas, que de 351 operados murieron 312. Pero no hay que hacer caso de esto. En cambio, ahí está Trouseau que asegura lo contrario, y por consiguiente cada uno debe creer lo que mas le convenga.»

«Todavía hay otra cosa que alegar en favor de tan trivial operacion, y es que los atacados de croup ó garrotillo que mueren durante ó despues de ella, es porque esta se practicó tarde; y sinó seria temprano; pero entonces sucede el percance por que vino luego la formacion de la falsa membrana en los bronquios, ó una pulmonia, ó un enfisema, ó una asfixia, ó alguna otra friolera por el estilo, á la cual se pueda achacar la muerte, quedando disculpados de la travesura, tanto *el croup de la laringe*, como la operacion.»

«Y puesto que todos los atacados del garrotillo se mueren á

pesar del empleo de los mil remedios preconizados desde Asclepiades hasta Barbosa, insistase siempre en los mismos, con la añadidura de la operacion; pero hecha muy al principio del mal, antes de que se formen las falsas membranas, en cuanto nos tosa recio un chiquillo. Es la manera de meterle pronto al croup el resuello en el cuerpo. Lo demás es andarse con paños calientes. La medicina armada (1) es un gran recurso. Podrá suceder con esto que la mayor parte de los operados no hubiesen llegado á tener el croup; pero, ¿y qué importa? tanto mejor para ellos, que no morirán de garrotillo.»

«En conclusion: la Academia sanciona: 1.º, que el croup, sobre todo el de España, es casi siempre mortal. La palabra *casi* está de adorno; es un lujo del estilo: 2.º, que es una enfermedad general: 3.º, que combatiendo el efecto desaparece la causa. El sentido comun dice lo contrario; pero los sábios piensan de otra manera: 4.º, que se deben seguir empleando todos los agentes que la experiencia tiene acreditados de ineficaces: 5.º, que jamás es permitido acudir á la Homeopatía, porque esta nigromancia moderna está desarmada: 6.º, que la medicina armada es la que presta mejores auxilios, y que la traqueotomía es el más eficaz tratamiento, siempre que se practique antes de que haya signos diagnósticos.»

Tal es el resumen de las importantes sesiones de la Real Academia de Medicina.—Tendránlo entendido para su cumplimiento todos los médicos y cirujanos de estos reinos, así como los atacados actualmente, ó que lo fuesen en lo venidero, de la enfermedad llamada *croup* ó *garrotillo*; los cuales doblarán hácia atrás la cerviz y entregarán su gaznate como mansos corderos al afilado cuchillo de los ejecutores de la presente ley.

Dejemos ya á la Real Academia; y puesto que por dicha mia hoy me toca ocuparme de grandes y sublimes cosas, le corresponde en turno por afinidad científica á *El Vigia de los partidos*, periódico que se murió de una pesadumbre, y ha

(1) Así la calificó un socio de la Real Academia.

resucitado porque no habia cumplido su providencial destino en el mundo. Acababa de leer unos artículos importantes y juiciosos que el Dr. Vealde está publicando en *El Siglo médico* sobre baños minerales, cuando llegó á mis manos el número 56 de *El Vigia*, en el cual vi uno de D. C. P. sobre el mismo asunto, y que habrá dejado al articulista de *El Siglo* con la boca abierta, como á mí me ha sucedido, quedando asombrado de que se encubran tanta inteligencia y sabiduría bajo las dos cifras de C..... y de P..... (1).

Comienza revelando la noticia de que el Molar pertenece á la provincia de Madrid, Sacedon á Guadalajara, Alcantud á Cuenca; dice que Almeria tiene tres establecimientos: el de Sierra, el de Alamilla y el de Guardavieja; Cádiz otros tres, el de Paterna, Gijona y Chiclana; manifiesta que *se cree* que las aguas de Ledesma sean sulfurosas; añade que pertenece Archena á Murcia, y se admira de que las aguas de este último establecimiento produzcan buenos resultados en los síntomas sifilíticos constitucionales, *siendo así que no contienen preparados mercuriales*, ni siquiera el mercurio dulce. ¡Oh agudeza del ingenio de D. C. P.! Hasta ahora no se me habia ocurrido esta observacion; ni por lo visto á ninguno de los médicos hidrólogos antiguos ni modernos.

Pasa revista á varias aguas, citando la situacion de los establecimientos, las propiedades físicas y químicas, y sus virtudes medicinales; todo con un acierto admirable, con suma concision, y sin incurrir en error alguno. No podia esperarse menos de un hidrólogo tan consumado como lo es D. C. P. Recomendamos tan interesante trabajo á los directores de baños, porque en él hallarán mucho que aprender; y excitamos al autor para que dé á luz una obra completa de hidrología médica española, á fin de immortalizar su nombre, pues si *por la muestra se conoce el paño*, la que nos ha dado en *El Vigia* nos hace comprender lo mucho que valdrán todas sus producciones.

(1) Es un artículo sobre hidrología médica plagado de sandeces y de errores, no solo en medicina sino hasta en geografía.

Concluye la primera parte de su artículo exclamando: «¿Es posible que Lérida, Tarragona, Valencia, Toledo, Segovia, Avila, Valladolid, Palencia, Búrgos, Zamora, Leon, Huelva, Sevilla, Pamplona, Ibiza y Menorca no tengan aguas minerales? SI EN ESOS CENTROS DE CASTILLA!!!! existiesen manantiales, los podrian utilizar los castellanos de Sevilla, de Tarragona, de Pamplona, de Ibiza, etc. Y si es que se ignora su existencia; ¿qué diremos de los encargados de velar y dirigir el sistema balneario de nuestra nacion?»

La segunda parte de este artículo tiene por objeto demostrar lo innecesarios que son los médicos directores de baños, estando ahí los médicos de partido, que podian y debian ponerse al frente de los establecimientos de aguas minerales ó de los charcos que haya en la jurisdiccion de su domicilio. Se lamenta D. C. P., de las restricciones del artículo 50 del Reglamento de baños minerales, y dice que muchos Directores no forman diagnòstico ni indicaciones, preguntando al enfermo nada mas que esto: *¿tiene V. Almor?....* Si se premiara á los médicos de partido que se hayan dedicado á la hidrología como D. C. P., y sepan tanto como él sabe, de otra manera andaria la cosa. Yo suplico al Sr. Ministro de la Gobernacion, que para recompensar el mérito de D. C. P. disponga que *se le lleve al agua....* que él quiera elegir. Invita á los profesores de partido á que le remitan una Memoria de los manantiales minero-medicinales que radiquen en el territorio de su municipio. Esto nos regocija, porque nos hace esperar una incomparable obra de hidrología médica, debida á la pluma de D. C. P.

Promete seguir desenvolviendo sus originalísimas ideas y sus conceptos agudos sobre la materia en una série de artículos que *El Vigía* se encargará de publicar. No dudamos serán muy instructivos, porque el que analizamos destila ingenio, ciencia, erudicion, galanura, y cuanto ustedes quieran, por todos sus cuatro costados.

No tenemos el gusto de conocer al Director de *El Vigía*

*de los partidos*: pero apostamos lo que se quiera á que, examinada su cabeza por un frenólogo, encuentra en él desarrollada la chistosidad. Nos fundamos para tener esta creencia en su afición á las fotografías en caricatura, habiéndonos dado de esta manera su retrato y los de sus colaboradores. Tal es hoy la moda; y cualquiera habrá visto en los mostruarios fotográficos todas las eminencias puestas en caricatura, unos con abultado abdómen, otros con descomunales pies, estos con piernas de alambre y cabeza monstruosa, aquellos con largas orejas, etc., etc.; y no habian de ser menos que Estrada, el de *El Piston*, y otros, los *escribidores* de *El Vigía de los partidos*, porque hoy el estar en caricatura es una alta distincion, y solo alcanzan tal honor las personas muy notables.

Ya que de importantes publicaciones me ocupo, dedicaré unas pocas líneas á dos volúmenes que acaban de salir á luz, y me han sido remitidos con otros trebejos bajo un sobre que decia así: (1) *Al autor de las Cartas críticas de EL CRITERIO MÉDICO; en su lugar*. Ignoro si me los han enviado los autores ó algun chusco que ha querido tentarme la paciencia y ponerme en el compromiso de emitir mi opinion sobre las mencionadas producciones. Lo primero con que tropecé al abrir la carta fué con una caja de hoja de lata llamada LA INSEPARABLE, que al pronto creí era una caja de fósforos. Su longitud es de cuatro centímetros, por tres de ancho, y dentro de ella el diminuto libro parecido á los calendarios que se venden á cuarto para las carteras. Es, pues, un volumen de 31 páginas en 136.º, en el cual se explica el uso del árnica y de otros cuantos medicamentos, para cuyo asunto invirtió Hahnemann 300 páginas en 4.º La mencionada caja contiene los medicamentos, hilas, un vendelete para un dedo, y tafetan de árnica. Es un progreso de la Homeopatía, debido á los farmacéuticos, esto de enseñar á cualquiera á curarse sin necesidad de médicos, dándole al prójimo por tres pesetas un libro y

(1) Se censura la especulacion de algunos farmacéuticos de expender botiquines y libros explicativos para hacer innecesaria la medicina. Estos farmacéuticos suelen ser los que mas se quejan de que haya médicos que se intrusen en la farmacia.

una botica. La cosa no puede ser más útil ni mas barata.

El otro volúmen que se me ha remitido, de 14 páginas en 68.º, es la explicacion de *otro inseparable botiquin de viajes*; solo que este pertenece á los alópatas, y contiene tintura de árnica y de castor, éteres, bálsamos, opiados, amoniaco, pil-doras de varias clases, unas para la tos, otras purgantes, pa-rra las tercianas, etc.; colirios, vomitivos y cáusticos. Esta pro-duccion corre parejas con la anterior; facilita á los enfermos el medio de no necesitar médico. bastándoles el botiquin y el libro. Me permitiré advertir á *El Siglo médico*, que ha estado poco galante con el farmacéutico autor de ese librito y boti-quines, pues ya que hizo mencion de los que han inaugurado esa nueva industria, abaratando la homeopatía no ha debido olvidar á aquellos de los suyos que han tenido el honor de hacer lo mismo con la alopatía. Aquí hago punto sobre esta materia, pues si añadiera algunas otras frases seria mas lar-go el análisis que las obras criticadas; y este juicio crítico, breve ó extenso, nunca podrá elogiar como se merecen las citadas producciones, honra de las farmacias homeopáticas y alópáticas, modelos de especulacion y envidia de la economía doméstica.

Quisiera dar ya fin á esta carta; mas por si no escribo otra en lo que resta de verano, voy á llamar la atencion de ustedes sobre una enfermedad reinante, de la cual no han hablado to-davía los patólogos. Me refiero á la *homeopatofobia*, que guarda muchos puntos de contacto con la hidrofobia, solo que aquella es de la raza humana y no la padece animal alguno, á excepcion del hombre. (1) La *homeopatofobia* es espontá-nea, y con frecuencia se adquiere por imitacion. Ataca comun-mente á los de temperamento bilioso ó nervioso, si bien los demás no están libres de ella, y á aquellos que ofrecen cierta predisposicion cerebral, la cual consiste en un desarrollo exa-gerado de la acometividad y del orgullo, con alguna depresion

(1) Por la época en que se escribía esta carta, algunos periódicos alópatas, y muy señaladamente *La Clínica*, se habian desatado en denuestos contra los homeopatas y la homeopatía. Esa conducta censurable motivó el presente párrafo.

de las facultades perceptivas y reflexivas. Son muy variados los síntomas que presentan los atacados de esta dolencia; por manera que el verdadero cuadro nosológico se deduce mas bien del conjunto de los que la padecen que de cada uno de los individuos estudiado aisladamente. El *homeopatófobo* está inquieto, irascible, dispuesto á lanzarse sobre cualquiera; su sueño es agitado, y en todas partes halla visiones su imaginación. Pertúrbasele el cerebro, delira con frecuencia, unas veces furiosamente, otras es el delirio tranquilo; en ocasiones parece alelado y como estúpido. Durante los accesos están sus facciones descompuestas, se le llena la boca de una baba que escupe sobre los que le rodean, rechina los dientes y lanza gritos particulares (síntoma patognomónico), que se semejan unas veces á un rebuzno, otras á un graznido, ó bien parece que ladra ó ruge. La luz es lo que provoca en ellos los paroxismos; la oscuridad los mitiga y suspende. Como la verdad es la luz de la inteligencia, entran en convulsiones en cuanto aquella brilla en la atmósfera que los circunda. Tienen el pelo erizado, y corren sin rumbo fijo con el rabo entre las piernas.

La marcha de esta enfermedad es muy lenta, dura muchos años, y su término es siempre funesto. Los *homeopatófobos*, despues de haber arrastrado una existencia de crueles tormentos, sucumben á una apoplejía, ó mueren ahogados de furor, ó bien caen en un idiotismo incurable.

La autopsia ha descubierto en los cadáveres de los *homeopatófobos* una atrofia de ciertas porciones del cerebro, el corazón pequeño y reblandecido, la sangre sumamente líquida y descompuesta.

Hasta hoy no se conoce mas específico para la *homeopatofobia* que el estudio, el cultivo de la reflexion y de la benevolencia, todo ello en dosis muy repetidas; pero desgraciadamente son remedios que estos rechazan. Entre las medidas higiénicas para precaverse de los males que pueden ocasionar los *homeopatófobos*, la mejor es sin disputa someterlos al uso del bozal.

Si quisiéramos citar casos clinicos en corroboracion de la descripcion que acabamos de hacer de la *homeopatofobia*, los encontrariamos con facilidad y en abundancia registrando los periódicos alopáticos *La Clínica*, *El Siglo médico*, *El Pabellon*, *El Restaurador farmacéutico*, *El Ancora* y otros. En *El Restaurador*, está reciente el caso de *homeopatofobia* de un subdelegado *boticario*, que ha intentado manchar la reputacion de todos los médicos homeópatas con el crimen de La Pommerais. Este subdelegado, como *El Restaurador*, ofrecen una singularidad en los accesos, y es que tienen horror á la Homeopatía, no obstante sus deseos vehementes de tragársela; y en su furor acuden hasta el innoble recurso de citar el proceso de un envenenador como acusacion contra la Homeopatía, sin tener en cuenta: 1.º, que un periódico médico ha dicho, que La Pommerais no era profesor, sino aficionado á la Homeopatía: 2.º, que aun cuando lo hubiera sido, no realizó ni podia realizar su crimen con preparaciones homeopáticas, sino tóxicas; y, por último, que es exponerse á que se citen procesos contra médicos alópatas por causas análogas, y contra farmacéuticos que han dado una cosa nociva en vez de la pedida en algunas recetas.

Como la *homeopatofobia* tiene un carácter endémico, y hasta cierto punto se la puede asimilar á las afecciones morales que aparecen en determinadas épocas, tal como ha sucedido con los convulsionarios de que nos habla la historia, los poseidos de Morcine, y otros, es de esperar que pase la presente constelacion y desaparezca la *homeopatofobia*, que tantos estragos está causando en la inteligencia de los que la padecen, así como en el ánimo de los espectadores, en la dignidad de la clase médica, y en la suerte de los enfermos.

Se repite de ustedes Srs. Redactores, su mas atento amigo y S. S.

Agosto 2 de 1864.

~~~~~

S.^a

EL CONGRESO MÉDICO ESPAÑOL Y UN SÍMIL.—UNA CATILINARIA Á UN ATREVIDO. (4)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO:

Muy señores míos: Ya que ustedes no han hechado á vuelo las campanas ni han cantado el *Te Deum*, como los demás periódicos médicos, por la celebracion del Congreso, me tomaré yo el trabajo de hacer el elogio que se merece un acontecimiento de esta naturaleza. En los fastos de la historia, y más todavía en los de la gratitud de los enfermos, será siempre memorable la fecha del 24 de setiembre de 1864. Esa reunion, de lo mas selecto en ciencias médicas que encierra nuestra patria, ha sido una de las más bellas manifestaciones del espíritu moderno, el testimonio vivo de la altura á que han llegado la libertad del pensamiento y de la palabra en esta tierra de los ensimismados y de los mudos. ¡Sacrosanta libertad del pensamiento y de la palabra, yo te saludo! A tus impulsos, y por tu mágico poder, piensan hasta los guardacantones, y hablan hasta por los codos en los Congresos.

(1) En esta carta se censuran muchas de las doctrinas que se aceptaron por la mayoría en el Congreso médico que se celebró en Madrid en Setiembre de 1864.

Ha sido tambien una fiesta entera de la ciencia, una solemnidad de la medicina, que se consignará en lo sucesivo en los almanaques médicos, para que se continúe celebrando por los hijos de Esculapio.

Y, finalmente, y esto es lo más útil, en el Congreso se han dicho cosas nunca oídas; se han establecido los verdaderos preceptos que los gobiernos deben seguir en lo tocante á cuarentenas y lazaretos; se ha enseñado á curar el cáncer y la tisis, así como á distinguir un loco del que no lo está.

Acerca de estos cuatro puntos habíamos vivido en el limbo hasta hoy. (1) En los libros ni en los periódicos nada se encuentra de lo que sobre tales cuestiones se dijo en el Congreso médico; y la posteridad tomará siempre como punto de partida, como el gran faro que ilumine el camino de sus ulteriores progresos, lo mucho nuevo y bueno que en brillantes peroraciones se decia en el paraninfo de la Universidad. ¡Lástima es que no se haya realizado antes pensamiento tan fecundo y de tanta utilidad! La ciencia y los enfermos lo hubiesen agradecido.

Es verdad que las grandes concepciones no surgen sino muy de tarde en tarde y al traves de los siglos, los que, bien mirado, solo son dias en la vida de la humanidad. Al nuestro le ha cabido la suerte de que en él se realice esa gigantesca manifestacion del progreso, caracterizada por el ayuntamiento espontáneo de doscientos y pico de médicos, de todas categorías y condiciones, para decir cada cual lo que pensaba.

En una época de parlamentarismo y de parla, pertenece de hecho el dominio del mundo á la palabra y á la palabrería. Tal es el soberano criterio del espíritu del siglo, auxiliado por la ley infalible de las mayorías, porque eternamente quince tendrán mas razon que catorce.

El Congreso médico español se ha ajustado estrictamente

(1) Sobre ninguno de los puntos sometidos al debate se emitió una idea nueva. Cuanto se dijo se encuentra hace tiempo publicado en libros y periódicos con la circunstancia agravante de que los defensores de las buenas doctrinas se hallaron en minoría.

á esa ley y á aquel criterio, resplandecientes destellos del progreso moderno, y se ha hablado mucho, muchísimo, y se han aceptado como buenas y mejores las opiniones emitidas por el mayor número, porque las mayorías no se equivocan jamás.

Sean ustedes que yo tuve la honra de ser uno de los congregados, pues no obstante mi alejamiento de la Córte, luego que lei la convocatoria, me dije: «Voy á Madrid á ser diputado en un Congreso de ciencia, pues me place mas serlo en este que en el de los políticos, porque en el último la ciencia no tiene entrada.» Como para tal viaje no habia menester de alforjas, salí de mi lugar con trage de dia de fiesta, y, gracias al ferro-carril, me hallé en la Córte en un decir Jesús.

Yo no cabia de gozo al ver tanta animacion en el paraninfo, tantas eminencias, tantos hombres sérios, de tal modo, que, á pesar de mi habitual jovialidad, me puse tambien muy sério, y me arrinconé por allí en uno de los bancos. Los médicos de provincia hemos tenido la dicha de alternar con tantas ilustraciones como hay en la Córte; y nos llenamos de asombro, especialmente los que ya somos viejos, al observar el gran número de sábios que habian acudido, porque antiguamente no se encontraba uno por un ojo de la cara; pero hoy están á montones y á puntapiés, como vulgarmente se dice, por esas calles de Madrid; y no así como se quiera con las cabezas blancas y las frentes surcadas por arrugas, sino muchachos barbilampiños que han saltado ayer de la cuna.

Yo creo que á este paso vendrá antes el comunismo de la inteligencia que el de la propiedad, y no habrá dentro de poco un ciudadano que no sea un Salomon.

Despues que me hube hecho cargo de toda aquella magnificencia, de la brillantez de las sesiones, de los discursos que se pronunciaban, etc., etc., me acordé de las fiestas de San Roque, abogado contra la peste, y patrono de mi lugar. El dia del Santo es de gran júbilo para todo el pueblo; para las muchachas, porque se ponen majas y buscan novio; para los mozos porque tienen bailes y jaleo; para los chicos, porque

no van á la escuela y compran golosinas; para los comerciantes de toda clase de géneros, porque venden mucho y caro; y sobre todo para los mayordomos y toda la cofradia del Santo, porque juntan muchas limosnas de los fieles. El único que suele quedar malparado y salir perdiendo es San Roque, porque cuando lo sacan por las calles en procesion, llega á tanto el entusiasmo de los devotos que arrojan sobre él cuartos, confites, frutas, hasta naranjas y melones, y de todo cuanto venden en los puestos del tránsito. Asi es que raro es el año que el buen Santo vuelve ileso á la iglesia, pues por lo comun le rompen una mano, un brazo, una pierna, ó la cabeza, á consecuencia del movimiento expansivo de la fervorosa devocion de los fieles de mi lugar y sus contornos. Me pareció que en el Congreso médico podia suceder una cosa análoga, y que era facil salieran todos ganando: los cofrades y mayordomos, los grandes y los chicos, y que únicamente la ciencia fuese la que perdiera, recibiendo alguna descalabradura, á causa del entusiasmo de los devotos. Nosotros no somos competentes para decir si esto ha sucedido así; pero los que hayan visto el Congreso á cierta distancia sin tomar parte alguna en la fiesta, son los que habrán observado si los temores de mi comparacion se han realizado.

En cuanto á mi juicio sobre lo que en el Congreso se dijo, les manifestaré á ustedes que, aun cuando no tuve valor para desplegar mis labios, estuve identificado con las doctrinas de la mayoría, porque yo no soy retrógrado, y pienso siempre como lo hace el número mayor de hombres, pues que esta es una ley de la inteligencia humana. No admito la utilidad de las cuarentenas y lazaretos; creo que el cáncer se cura siempre con la operacion, que la tisis se curará tambien el dia que se puedan estirpar los tubérculos con el bisturí, y coser las cavernas con cuatro puntadas, y que no hay nada mas fácil que distinguir á un cuerdo de un loco, á pesar de que de esto último, segun el refran, todos tenemos un poco. (1)

(1) Estas fueron las conclusiones de casi todos los oradores que tomaron parte en la discusion.

Estando, pues, conforme con las opiniones de la mayoría, no pudo menos de producir en mi indignacion suma la lectura de una hoja suelta que por allí se repartia y se publicó en varios periódicos políticos, artículo subversivo de uno de ustedes, refutando las ideas sustentadas por una de nuestras glorias nacionales en lo tocante al oficio de cirujía. (1) Cuando un célebre operador de Sevilla aseguró que estirpa 700 cánceres en cada un año, cuya cifra, calculada y puesta en relacion con la poblacion de esta provincia, hace comprender que apenas hay un sevillano que no padezca de cáncer, ¿cómo hubo quien se atreviera á censurar la operacion, siendo así que sin ella, á la vuelta de unos cuantos años no quedaria un habitante en esa rica quanto desgraciada provincia de España? Y cuando el coloso de la cirujía española; el mas diestro entre los diestros: el mejor entre los primeros espadas; el que le saca á una mujer el útero con la misma facilidad que le forma á uno unas narices de una piltrafa del brazo, ó aunque sea del carcañal, el que lleva con sin igual maestria su bisturí hasta la aorta, y el escoplo hasta lo mas alto del esfénoides; el que es capaz de volver á un enfermo del revés y dejarlo mas limpio que una patena; cuando ese asombro del mundo hizo la síntesis del debate y afirmó con la mayor frescura, que el cáncer se cura cortándolo, tan cierto como tres y dos son cinco, (2) ¿por qué no enmudecieron todos, haciendo el propósito firme de operar cuanto sea cáncer ó lo parezca? ¿Cómo ha habido quien se atreva á mover su lengua ó su pluma para otra cosa que no fuera incensar al Maestro, y decirle mil pipopos, y enviarle apretados abrazos, (3) en justo tributo de haber asegurado á la faz del mundo, que el cáncer se cura siempre cortándolo, y que los que se mueren despues de operados, que son las once décimas partes, es porque quieren?

(1) Refutacion del discurso del Sr. Sanchez Toca sobre el valor de la cirujía en el cancer, por. A. Garcia Lopez. Se publicó en varios periódicos políticos el dia 27 de Setiembre.

(2) Palabras testu les pronunciadas por el señor Toca.

(3) De este modo se expresaban los jóvenes oradores para felicitar al señor Toca por su discurso.

De la catástrofe, el enfermo tiene la culpa y no el operador, siempre que este estirpe bien el tejido degenerado. (1)

Todos, absolutamente todos, estuvimos completamente de acuerdo con sus opiniones y sus preceptos, que nada tenían de nuevos, puesto que eso mismo ha sido ya dicho por otros muchos distinguidos cirujanos, y miramos con enojo el artículo que, cual bomba de Orsini, lanzó al Congreso y al público uno de ustedes, que en toda su vida alcanzará la envidiable talla del coloso á quien inútilmente provocaba, porque el reto no debía aceptarse por él ni por ninguno de nosotros, sus admiradores y secuaces, teniendo en cuenta la pequeñez del retador, pues las grandes verdades no pueden salir mas que de los hombres grandes.

Sí, señores: nos produjo una fuerte irritacion la lectura del articulejo, y estuvimos á punto de aplicarnos unas sanguijuelas, para que se nos mitigára. Y lo mas grave del asunto fué la publicidad que se le dió en periódicos políticos, porque hay ciertas cosas que se pueden decir entre nosotros, pero que el público no debe saberlas nunca. (2) ¿Qué idea habrá formado la opinion pública de los que estamos dedicados á operar, cuando haya leído que la operacion no cura jamás el cáncer, y que la mayor parte de veces se acelera con ella la muerte de los enfermos? El articulista es un tonto, porque con su candente escrito ataca los intereses de la medicina operatoria, la parte mas lucrativa de la profesion.

Si los enfermos afectados de cáncer se han de morir de todos modos, porque la farmacología es impotente, mas vale operarlos, pues de obrar así se ganan muchos miles de pesos, y de otro modo es muy poca cosa lo que producen. Además la misma inseguridad que hay para diagnosticar si un tumor es ó no canceroso, se convierte en causa de éxito y de triunfos positivos, porque con frecuencia operaremos tumores que

(1) También estas palabras fueron pronunciadas por el cirujano cuyas doctrinas se censuran en esta carta.

(2) Esto se decía en los pasillos del Congreso y en los círculos médicos de la Corte, y sin embargo nadie refutó el escrito del Sr. García Lopez.

parecerán cánceres aunque no lo sean, y estos de seguro se curarán, figurando luego en nuestras estadísticas como casos de cánceres curados radicalmente con la operacion. Y, finalmente, al cirujano nunca le faltan recursos para achacar la muerte á un extravío en el régimen higiénico, á la atmósfera, al calor, al frio, á impresiones morales, etc., y dejar á salvo la gloria de la medicina operatoria.

¡Que el cáncer es diatésico, y la diátesis ni la conocemos ni es curable, y que por lo tanto el verdadero cáncer no se cura cortándolo! Vaya una salida de pié de banco. Eso ya lo sabíamos nosotros; pero á los cirujanos no nos incumbe mas que destruir la lesion local, y no necesitamos meternos en honduras.

Todas estas razones, y otras muchas parecidas, debió tener en cuenta el articulista antes de fulminar su anatema en contra de las operaciones; y si queria armarnos camorra, hubiéralo hecho en periódicos médicos, pues estos nadie los lee mas que nosotros; pero plantear la polémica en periódicos políticos, que todo el mundo lee, ha sido el colmo de la osadía y de la irreflexion. Lo repito: no hemos querido aceptar el reto; y el guante que se nos lanzó, por el suelo se estará hasta dentro de dos años, en que una comision que se ha nombrado para estudiar el cáncer le diga al atrevido articulista cuántas son cinco.

Sin embargo, yo estaba rabiando por que le saliera al encuentro algun diablo cojuelo que le dijese cuatro frescas; y así ha sucedido en efecto, porque en *El Genio quirúrgico* ha aparecido un paladin (1) de las buenas doctrinas, y con su proverbial cordura ha sostenido lo que se dijo en el Congreso; y aun cuando no ha recogido el guante, lo ha mirado de soslayo, y ha tenido intenciones de aceptar la provocacion. Ha dicho perfectamente, que la crítica no podia menos de ser apasionada, porque el profesor que la hizo era hoy homeópa-

(1) El Sr. Torres Villanueva, publicó en dicho periódico un artículo, en el cual se advierten conatos de refutar las doctrinas que el Sr. Garcia Lopez vertió en su escrito contra los discursos de los partidarios de la operacion en el cáncer.

ta. Es verdad que este tuvo el buen tacto de no hablar de Homeopatía, ni de terapéutica, limitándose á censurar la operacion en el cáncer, en el terreno de las teorías patológicas; pero cuando hay precision de salir de un círculo, se escapa uno, aun cuando sea por la tangente.

El colaborador de *El Genio quirúrgico*, alópata y ex-homeópata, ha corroborado sus opiniones con un caso de su clínica particular, de un cáncer operado hace dos meses, y ¡asómbrense ustedes! todavía no se ha muerto el enfermo, ni el cáncer se ha reproducido.

En conclusion, el artículo á que aludo no merecia una contestacion formal por parte de los operadores, pero sí una catilinaria cáustica y corrosiva, como se la dirige su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

6 de Noviembre de 1864.

9.^a

ALARMAS, SOMATEN Y CONCILIÁBULOS.—PELIGROS Y PLEGARIAS.—
LA LÓGICA DE LA PRENSA ALOPÁTICA. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Mis distinguidos amigos: Ha trascurrido ya bastante tiempo desde que publicaron Vds. la última de mis cartas; y me proponía permanecer en cuarteles de invierno durante la cruda estación que atravesamos, porque, á la verdad, no están los dedos muy ágiles con estos frios para manejar la pluma. Me obliga á salir de mi cómoda inacción el grito de guerra lanzado por el corneta de la prensa alopática, y el movimiento de alarma, de agitacion y aun de pavor que advierto en casi todos los soldados de *la ortodoxa*, cuyos *órganos* han respondido en sonidos más ó menos concertantes al toque de llamada dado por *La Clinica*, vigilante clarín, corneta ó tambor, al cuál está reservado un brillante porvenir y ascensos rápidos y ruidosos en su carrera. Es un buen chico que hace méritos para ese objeto.

(1) La Sociedad Hahnemanniana, pidió al gobierno la enseñanza teórica y práctica de la homeopatía, y llamó en su apoyo á la opinion del país, recogiendo á millares las firmas en todas las provincias de España en solicitud de aquella medida. Con este motivo la prensa alopática se agitó furiosamente, especialmente el periódico *La Clinica*. La Real Academia acordó acudir al gobierno para que no accediese á la demanda de la Sociedad Hahnemanniana, y todos los alopatas parecían por estos dias poseídos de un vértigo y llenos de ira contra la homeopatía y los homeopatas. Esa actitud tan ridícula motivó la presente carta.

Un peligro inminente amenazaba á la ciencia y á la humanidad; una y otra pisaban sobre un volcan inmenso, próximo á lanzar sus candentes lavas al espacio para reducir á escombros y cenizas cuanto á su paso hallaran; y desgraciadamente nadie se habia apercebido de la catástrofe cercana, hasta que observada por *La Clínica*, y tambien por *La Revista Farmacéutica*, escribieron apresuradamente artículos para dar el alerta y hacer un llamamiento general, á fin de conjurar el peligro que se nos echaba encima. ¿Qué hace la Real Academia? ¿Qué hace el Consejo de Sanidad del Reino? ¿Qué el Real Consejo de Instrucción pública? Catilina está á las puertas de Roma. Toquemos á somaten, y reúnanse todos para rechazar el ataque colosal que nos prepara.

Sepa el mundo entero, y horroricense todos por un hecho tan inaudito, que la Homeopatía *pretende hoy reclamar la atención pública, las consideraciones y privilegios de lo nuevo, de lo cierto, de lo meritorio pidiendo clínicas y cátedras para su enseñanza; y en todas las provincias se abren solicitudes con este objeto.* Esto no necesita comentarios. Tan absurda petición debe desecharse por todos los gobiernos. (1)

Quedé con tal noticia sobrecogido de espanto y de terror, mucho más cuando averigüé era todo cierto, y que el cisma de Vds. recogia miles y miles de firmas, habiendo muchas provincias en las cuales las solicitudes llevan las de los gobernadores, de los capitanes generales, consejos provinciales, de las audiencias, de los ayuntamientos; y lo que es más grave, de multitud de médicos alópatas, quienes, á pesar de su no conformidad con la doctrina homeopática, prestan su adhesión á lo que en la solicitud se pide.

Para no partir de ligero tomé reservadamente mis informes, con lo cual desfallecí completamente, porque supe que ya se tenian reunidas unas treinta mil firmas, y que se esperaban hasta ochenta mil. Con estos datos ya no pude permanecer en silencio, y me propuse escribir la presente carta,

(1) Este párrafo está copiado del artículo que publicó *La Clínica*.

aun cuando con la pluma un poco áspera por lo oxidada.

Y aquí se me ocurre la observacion de la suavidad que tienen las plumas de ganso, de las cuales todavía se sirven algunos de los periodistas ortodoxos, á pesar de que, como liberales que son, aceptan todo progreso, menos la Homeopatía y las plumas de acero, por la relacion que existe entre estas y el magnetismo, y otras extravagancias parecidas.

Me asocio completamente á las ideas de la prensa alopática; y ya que no pueda oponerme al peligro comun de otro modo que con mis exclamaciones, diré con *La Clínica*: «¿qué hacen la Real Academia, el Consejo de Sanidad y el de Instrucción pública? y con *El Genio quirúrgico*: «¿cómo no llevais, vosotros los de la propaganda homeopática, esas exposiciones á los cementerios?» Y tiene razon; pero era preciso que no lo entendieran las víctimas de la terapéutica-metralla, porque entonces éramos perdidos si se levantaban á protestar contra nuestro arsenal, así se le llama, para destruir las enfermedades á que sucumbieron.

Otro hecho me alarmó durante los días en que *la ortodoxa* se ocupaba de tan grave asunto, y fué la revelación que nos hizo el mas elegante y castizo de nuestros periódicos, (1) de haberse metido la Homeopatía en el Hospital general, en una de cuyas salas se administraba *de occultis* á los enfermos.

Ahora que han formado en batalla y están, unos con arma al brazo, otros haciendo ya la puntería, me acerco para entrar en línea; y á fin de reanimar á los abatidos voy á declamar un poco, imitando, si puedo, á *La Clínica*, periódico envidiable, que lo mismo maneja la sátira que el estilo grave y formal, sagaz y adivino cual ninguno, que acierta sin vacilar que el autor del escrito *del guante* arrojado á su idolo (2) es el mismo del suelto firmado *Un profano*; periódico jocosero, de azúcar y vinagre, de incienso y azufre; defensor de

(1) *El Genio quirúrgico*.

(2) Este periódico atribuyó al Sr. García Lopez un artículo que no era suyo, y se publicó en *El Criterio médico*, firmado UN PROFANO.

La Clínica era también por entonces entusiasta y hasta adulador periódico del doctor Sanchez Toca y otras notabilidades análogas.

los hombres grandes, que ha sentado plaza de corneta, y que, ya lo hemos dicho, hará una bonita carrera.

Imitándole su estilo, exclamo, lleno de santo fervor: ¿En qué país estamos? ¿Qué tiempos son estos? A dónde llega la ceguedad de los hombres? ¿Háse visto jamás peticion mas cruel, inhumanitaria y tiránica que la de solicitar un hospital homeopático para que en él se acojan los enfermos pobres que prefieran ser tratados en sus dolencias por la medicina homeopática?

No tienen Vds. entrañas, ni caridad, ni religion, si no conceden al pobre el derecho y la libertad de enmudecer y recibir lo que se le dé, bueno ó malo, tuerto ó derecho, porque la caridad exige y la igualdad ordena que los indigentes no puedan gozar durante sus enfermedades de los mismos recursos terapéuticos á que pueden apelar los ricos.

Clamen en buen hora las clases menestrosas por los auxilios de la medicina homeopática. Su destino en el mundo es pedir y no obtener. Esto es lo que procede en todo país civilizado y cristiano; y el Gobierno cumplirá un alto deber social en hacer oídos de mercader y desestimar esa injusta peticion.

Del mismo modo seria una medida anárquica, ilógica, irracional é injusta, disponer la enseñanza de la Homeopatía, ¿Qué importa el que la práctica de esta terapéutica sea un derecho en todo médico? ¿Qué importa el que sea imposible prohibir su ejercicio? Para ejercerla no es necesario estudiarla. ¿No la juzgan, censuran y anatematizan diariamente una multitud de alópatas que no la han estudiado? Basta saber que hubo un escéntrico, ó mejor dicho un loco, que escribió algunos volúmenes llenos de extravagancias, de los cuales sobra con leer la portada y el índice, para afirmar que la doctrina es una paradoja; la terapéutica en la práctica, la nulidad medicinal; mentira, las curaciones; los curados, unos tontos ó unos ilusos, y los sectarios de Hahnemann unos locos como él ó unos perversos, á quienes se debe excomulgar, maldiciendo hasta su quinta generacion, y alejándose de ellos como de los

apestados. (4) Basta saber que intentaron su refutación cinco catedráticos de la escuela de Madrid. No importa que todos sus argumentos hayan sido contestados. Los libros de los Mata, Corral, Asuero, etc. se venden todavía; luego la refutación está hecha, y la doctrina destruida.

¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! ¡Pedir que se estudie lo que ha de ejercerse!.... ¿No les basta el título de médicos adquirido por la enseñanza que se les ha dado de la alopata? ¿No hay abogados que se hacen marinos, militares que dirigen las obras públicas y la instrucción, comerciantes al frente de la diplomacia, herradores en los departamentos de administración sanitaria, químicos que resuelven las cuestiones psicológicas y teológicas con los reactivos, y otra multitud de contrastes por el estilo, formando el todo armónico que se llama *orden social*? Pues, ¿por qué se ha de pretender que se aprenda la Homeopatía para ejercerla? Las garantías para las familias que soliciten esta terapéutica estriban en que el Gobierno niegue su enseñanza.

¿Se desea por este medio tener mayor número de médicos que la ejerzan? ¿No está desgraciadamente ya demasiado generalizada? Si tal sucede, ¿qué va á ser de la humanidad?

¡Desventurados enfermos que ya no experimentarán las delicias de las cantáridas, las cosquillas de la pomada estibiada, el refrigerio de las moxas, de los sedales, de los cauterios al rojo y al blanco: ni el aseo interior que procuran los eméticos y los purgantes; ni verán salir la sangre de sus venas, unas veces á pinchazos, y otras á mordiscos!....

¡Pobre humanidad! repito, cuyos males se quedarán en las tripas, ó en los vasos de los enfermos; porque no habrá quien los empuje y haga salir fuera, como hasta aquí lo viene practicando la terapéutica secular!

¡Ni tendrá ya aplicación el emplasto de ranas, ni el aceite

(1) El Pabellon médico dijo que sus hombres estaban tan hartos de los homeopatas, que habían resuelto, cuando se encontraran á alguno en cualquier casa, tomar el sombrero y marcharse, y si era en la calle, echar por otro lado. La educación social de estos alópatas corre parejas con su educación científica. Y eso que El Pabellon la echaba de demócrata para todo menos para la homeopatía.

de alacranes vivitos, ni el polvo de asta de ciervo, tan útil en las diarreas, ni el cremor, tan eficaz en el estreñimiento; y quedará archivada la veterana jeringa; y los pobres enfermos se morirán sin que los jeringuemos!....

¿Cómo, Dios mio, podrán arrojar un esputo sin el auxilio de un jarabe, de un loc, de una pastilla siquiera? ¿Cómo se calmará un dolor de costado sin una untura y una cataplasma? ¿Cómo cederá una cefalalgia sin unos pediluvios y unos pañitos de agua de la Reina de Hungría, ó aun cuando no sea mas que de agua y vinagre? ¿Cómo han de recobrar el apetito los convalecientes sin los ajenjos, la achicoria, la gen-ciana ó la quina?

La hermosa mitad del género humano va á perecer de histerismo por la supresion del éter y demás antiespasmódicos; y la otra horrible mitad reventará convertida en guano, por la prohibicion de los laxantes. Y entonces los que de los mortales quedaren para muestra, podrán esclamar: «¡La Homeopatía ha sido el azote que la Providencia eligió para exterminio de los hijos de Adan!»

Liberanos Domine, de semejante plaga. Aplaca, Señor, tu ira, y ten piedad de nosotros. Hagamos rogativas; y dirijamos á lo alto nuestras plegarias, á fin de obtener que el Gobierno abra los ojos á tiempo, y evite tanta desgracia como nos amenaza. Se lo pedimos por el forro de las tripas y el pellejo de nuestros enfermos.

¿Cómo es posible que tantas maravillas de nuestra terapéutica, esos montones de recursos eficaces á cual más, que limpian, suavizan, relajan, curten, blanquean ó colorean á nuestros enfermos segun nuestra voluntad; que jamás nos fallan, y son de tanto bulto, que se ven, se huelen, se paladean, y se palpan, hayan de ser reemplazados por esos infinitesimales que no pueden sujetarse á peso ni á medida? ¿Habrán de quedar solo para formar con ellos un museo en el que se lea: *Torniquetes, aparatos y otras extravagancias de que se se valian en la antigüedad para curar los enfermos?*

Y si al menos en ese diluvio que nos amenaza hubiese un arca de Noé, dentro de la cual tuviesen cabida algunos pares de animales, podríamos decir que *del mal el menos*, y consolarlos con esto.

Nadie tome por alusion lo de animales; ha sido una exigencia de la metáfora.

Hecha esta declaracion sincera, continúo mi párrafo comenzado, y digo que, como cada cual respira por su herida, segun un refran, lo cual no es verdad sino en determinadas heridas, *La Revista Farmacéutica Española* ha respirado por la suya; ó, en otros términos, ha mirado la cuestion por su prisma comercial, y se alarma, sospechando que si se establece al fin el hospital homeopático, los médicos encargados de la visita darán los medicamentos de sus botiquines, y quedará oficialmente suprimida la Farmacia. Para que esto no suceda, y á fin de que se atiendan los legítimos derechos de la clase á quien representa, *La Revista* se vale de los medios mas persuasivos y conducentes á su objeto.

Ridicaliza las preparaciones homeopáticas, llama anises á los glóbulos medicinales, se burla de esta terapéutica, de los que la ejercen y de los que á ella se someten, y de todas estas premisas deduce con la lógica más inflexible, que á los de su clase únicamente corresponde la preparacion y la venta de los medicamentos homeopáticos.

La Revista y *El Restaurador* se ocupan en elevar al Gobierno una exposicion, concebida en estos términos: «En atención á que no creemos en la accion medicinal de los preparados homeopáticos; en atención á que esto no es medicina sino una farándula, y los homeópatas unos farsantes; en atención á que nadie se puede curar por la eficacia de los agentes que emplean, porque estos son *la nada medicinal*, pedimos al Gobierno nos declare en posesion del derecho exclusivo de preparar y vender las dichas sustancias homeopáticas; y que se persiga de intrusion á los médicos que hacen *preparados de la nada medicinal*, y los dan á los enfermos sin pedirlos por

receta á las oficinas de farmacia, únicas á quienes compete la venta *de la nada medicinal.*» Es de esperar que el Gobierno acceda á tan sólidas razones; y que, como he dicho antes, si es inevitable el naufragio de que se nos habla, se salve siquiera la farmacia, hermana inseparable de la terapéutica secular, cuyos guisotes y potajes ella preparaba, con lo cual habrá quien vierta una lágrima de dolor á su memoria, y coloque en su epitafio un *Aquí yace el delicioso tormento de las generaciones pasadas.*

Però mejor que todo sería naufragasen los proyectos de Vds. y de sus prosélitos para el progreso de la ciencia ortodoxa, el placer de los enfermos, y la tranquilidad de los periódicos alopáticos, y la mia propia, soliviantada con las noticias que me han llegado de esa córte.

Queda de Vds., señores Redactores, afectísimo amigo y
S. S. Q. B. S. M.

Enero de 1865.

10.

(Continuacion de la anterior).

LA GRAN BATALLA.—TODO ES HUMO.—FUEGOS DE REGOCIJO.—
CONSEJOS.—DESENGAÑOS. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Mis apreciables amigos: los deseos expresados en mi carta anterior se van realizando al fin; y con otra batalla como la que hemos dado á ustedes, no queda un homeópata para un remedio. Verdaderamente ha sido grande la estrategia de los nuestros, asombroso el valor de sus ejércitos, y colosales las fuerzas que se han empleado.

Esta gran batalla merece reseñarse, para que su recuerdo quede siempre grabado en la historia.

Las guerras de Oriente y de Italia han demostrado la superioridad de las grandes batallas sobre las pequeñas escaramuzas. Es la manera de concluir pronto con el enemigo.

Debia preceder una alocucion á los soldados para conven- cerles de la necesidad de batirse, y del derecho que á ello te- nian, derecho que indudablemente preparaba su victoria.

(1) La tenacidad de los pe-jóticos médicos en combatir á la homeopatía y á los homeopatas, mas bien en el terreno de las personalidades que en el de la ciencia, motivó la dureza empleada en la sátira de esta carta y de la anterior.

Vamos á pelear, hijos míos, han dicho los generales, contra esos advenedizos que, cual raza conquistadora, se nos han ido entrando hipócritamente en casa, y de la noche á la mañana se levantan queriendo avasallarnos, y pretendiendo imponernos sus leyes, sus costumbres y su idioma. En esta nacion, eminentemente católica, apostólica, romana y alópata, no es posible permanecer más tiempo en la indiferencia sin degradarse.

Mirad cómo va cayendo en desuso la lanceta; que escaso es ya el comercio de las sanguijuelas, y con qué horror miran los enfermos nuestras ventosas, sedales, cauterios, y todo aquel almacen de aparatos, orgullo de nuestra terapéutica.

Mirad cómo se van perdiendo las fórmulas magistrales, las recetas clásicas de ocho y diez ingredientes, ornamento glorioso de nuestros buenos tiempos, y que eran á la vez el alma de nuestras boticas.

Mirad con qué artificios nos han conducido á que hagamos la declaracion de que las enfermedades se curan casi siempre por sí solas; porque no habia mas alternativa que confesar las curaciones logradas por la Homeopatía, ó conceder que estas eran debidas á la naturaleza; de donde han deducido, tanto los pícaros homeópatas como el insensato vulgo, que nuestras drogas eran inútiles, cuando no perjudiciales. Mirad, en fin, y esto es lo mas lastimoso, cómo han mermado nuestras clientelas para enriquecer á esa secta poderosa é influyente, que fascina con su lujo, que arrastra prosélitos á millares con su misterio, que seduce con sus milagros.

Los profanos son unos estúpidos, y van á hacerse curar sus dolencias por esos ignorantes, que no tienen entendimiento, ni ilustracion, ni otra cosa mas que osadía y fortuna.

Y ya no se limitan en sus conquistas á tomar á saco la opinion, sino que pretenden enseñar su doctrina, erigir una especie de Facultad frente á frente de la Escuela *oficial*, y con el apoyo del Gobierno. Esto exige una medida urgente, salvadora, tremenda, que acabe para siempre con esa secta que ya

nos estrangula y nos sofoca. Corramos cada cual á nuestro puesto, esperando la señal de la gran batalla que daremos, cuyo plan y detenida extrategia serán estudiados por nuestros *mariscales*. (1)

La vanguardia la formarán las divisiones de *La Clínica*, de *El Pabellon Médico*, y de *El Restaurador Farmacéutico*, compuestas de fusileros valientes, y tropas ligeras que han de romper el fuego y sostener los primeros encuentros, batiéndose con preferencia al arma blanca, aun cuando sea con navaja, que esa gentecilla de la vanguardia maneja perfectamente. Conviene que digan que la Homeopatía está ya muerta en todas partes, y no quedan de ella mas partidarios que unos pocos ilusos ó charlatanes en España; que no ha habido entre ellos ningun hombre de talento ni honrado; que Hahnemann, Böenninghausen, Tessier, Petroz, Jahr, Leon Simon, Teste, Hering, Frédault, y esos cien nombres de escritores y de prácticos que corren de boca en boca por todo el mundo, y á los cuales respetan sus mismos adversarios, no son mas que nulidades ambiciosas que no han podido brillar en nuestra secta, y se han hecho homeópatas, unos para hacer fortuna, y otros para figurar á la cabeza de los doctores de su escuela: conviene añadir que en nuestra misma patria no hay ninguno que durante sus años escolares se haya distinguido por su capacidad ó su aplicacion, ni haya despues dado pruebas de su talento y su estudio en públicos certámenes, en academias, en la prensa ó de cualquier otro modo; y que todos ellos se han hecho homeópatas porque su inteligencia era tan escasa que no servian para ejercer nuestra terapéutica. (2)

Despues entrará á la carga el ejército del centro, con la artilleria de grueso calibre, lanzando toda clase de proyectiles; y aquí vendrán *El Siglo Médico*, *La Real Academia de Medi-*

(1) Es sabido que la palabra *mariscal* puede tomarse como sinónimo de General, y tambien de albeitar.

(2) En este sentido hablaban por aquel tiempo todos los periódicos de alopatía. Su injusticia, su desvergüenza y sus mentiras precisaron al autor á escribir esta carta con la acritud que se advierte en ella.

cina, *La Facultad*, y otro general (1) que de antemano tomará una elevada posición para dominar todo el campo enemigo, el cual arrasará con sus baterías. Estas tropas aguerridas, veteranas, serenas en el combate, y de gran habilidad, expondrán al Gobierno en todos los tonos la inconveniencia de la creación de la cátedra y de las clínicas homeopáticas; que la Homeopatía se ha ensayado ya en todas partes con éxito desgraciado, para lo cual se mentirá largamente; se desfigurará la historia, se negarán los hechos pasados y presentes; se dirá que las Corporaciones oficiales no pueden consentir que se enseñe un sistema absurdo, ni que las familias se entreguen á un método espectante, en un país donde la medicina del Estado es la alopatía; y que se falsea la ley fundamental, pues la enseñanza de la Homeopatía es otra base segunda de aquella nonnata Constitución de 1836 que no llegó á estar vigente, pudiendo arrastrar al país á la anarquía, á la guerra civil, á un cataclismo social, á los tiempos bárbaros, y Dios sabe hasta dónde iríamos á parar con esa medida que combatimos.

Finalmente, el ejército de reserva lo formarán las Escuelas y las Academias de medicina de las provincias, quienes enviarán sus protestas al Gobierno; y además entrará en lid un periódico político, *El Tiempo*, cuya empresa ha calculado que podía aumentar el número de suscripciones declarándolo defensor de la alopatía y de los alópatas, y en cuyas columnas aparecerán los artículos que por lo insultantes ó asquerosos no sea decente que se publiquen en los periódicos médicos. (2)

Como la música es una cosa que anima tanto al soldado durante un combate, se tocarán piezas guerreras, himnos, seguidillas, y aun la jota aragonesa, dejando esta sección á *El Genio quirúrgico*, cuyo director maneja el bombo admira-

(1) El Sr. Mendez Alvaro, diputado á Cortés á la sazón.

(2) En efecto, parecía una conjuración contra la medicina homeopática. Las Academias oficiales hicieron representaciones á las Cortés para que se negase la cátedra y la clínica que solicitaban los homeópatas. *El Tiempo*, periódico político, ayudaba en esta campaña á la prensa médica alopatía, y el poeta Selgas escribió algunos artículos para ridiculizar la homeopatía.

blemente, así como el violon su colaborador Nueva Villa. Les hará coro otro gran músico, poeta y todo, que sabe mucho de alopatía y homeopatía, como que aspira á dar tambien lecciones de esta última, señalando á sus alumnos de texto las *Hojas sueltas* que tiene publicadas, y la coleccion de *El Padre Cobos*.

La batalla se ha dado con arreglo á este plan; nadie ha faltado á su puesto; todos se han batido como héroes; todas las armas han entrado en juego; se han dado cargas asombrosas, colosales; se han lanzado á millares los proyectiles, metralla, granadas, bala rasa, y cuanto la ciencia de la destruccion tiene conocido hasta hoy. Se han dicho mentiras como puños, se ha desprestigiado y escarnecido á la Homeopatía y á los homeópatas, y se los ha puesto como un trapo. No se ha podido hacer más.

Despues del combate, una inmensa nube de humo, negra, espesa, cubria todo el horizonte, y no era posible distinguir el estado en que habia quedado el enemigo. Mas juzgando por su insignificante pequeñez, y por el poder y el número de los nuestros, es de inferir que la victoria haya sido completa; y puesto que nosotros nos encontramos como antes, ocupando las mismas posiciones, es indisputable que hemos vencido.

Ahora es preciso celebrar el triunfo, y que el periodista España toque la marcha Real y el Jaleo de Jerez. Quememos la pólvora que nos queda en salvas de alegría, y hagamos saber al mundo que acabó para siempre ese sistema de curar, *suave y limpio*, que nos importaron de Alemania.

Señores enfermos, se acabaron las golosinas, ya no tomarán ustedes anises, ni azucar de leche, ni de remolacha. Si ustedes quieren curarse cuando estén enfermos, tendrán que entregarse á nuestras manos para que les zurremos la badana de lo lindo, y les levantemos cada cardenal y cada ampolla que les hagan á ustedes poner el grito en el cielo. Tambien nosotros hemos tenido que gritar hasta quedarnos roncos. Y los sobaremos á ustedes con jaboncillos, mantecas y resinas;

y los embalsamaremos en vida, que para eso tenemos centenares de unguentos y de bálsamos, muchos de ellos inventados hace mas de doce siglos. Les maduraremos á ustedes sus tumores con nuestras malvas, linazas y camuesas, y otra porcion de blanduras; porque ya saben ustedes que tenemos cataplasmas emolientes, madurativas, anodinas, astringentes, supurativas, corroborantes, y otras muchas especies; lo mismo que las medicaciones internas son tambien antiflogisticas, tónicas reconstituyentes, tónicas neurosténicas, evacuantes, antiespasmódicas, revulsivas, derivativas, etc., etc.

Por esto es que nosotros jugamos con los males como queremos; y ustedes, profanos mentecatos, ingratos é ignorantes, se habian pasado á la ciencia *globulera*, sin pararse á pensar que solo la nuestra es la que puede combatir sus enfermedades.

Si están ustedes muy gordos y han criado mucha sangre, nosotros les sacamos las mantecas y damos el nivel necesario con la lanceta, ó con unas sanguijuelas si tienen ustedes miedo al instrumento.

Si están ustedes flacos, ya les daremos medicamentos para engordar.

Si el estómago está sucio, ahí están nuestros vomitivos y nuestros purgantes, que en un santiamen les limpian á ustedes las tripas.

Se encuentran ustedes debilitados, les administramos el hierro, la quina, el tanino, la genciana.

Tienen ustedes acedias, ahí está nuestra magnesia; y si se acompañan de dolor de estómago, el bismuto es excelente, y si este no basta, se toma la morfina.

Son tardias las digestiones, se hace uso de la pepsina, remedio infalible como todos los de nuestra terapéutica.

Están ustedes resfriados, acudan á nuestros sudorificos, nuestras flores cordiales, nuestros polvos de Dower; y si la tos es revelde, tomen las pildoras de cinoglosa.

Confiesen ustedes que han sido alucinados por la medici-

na del agua á cucharadas, y vuelvan al buen camino. ¿Que le falta á nuestra terapéutica? ¿No tenemos para cada enfermedad y para cada sintoma á centenares los medicamentos? Cuando tienen ustedes un mal, por grave que sea, ¿no les revolvemos á ustedes su cuerpo de arriba abajo, les aplicamos un remedio allí donde tienen un dolor, les sobamos bien la piel, les limpiamos de todas las inmundicias interiores, arreglamos los nervios, debilitamos la sangre ó la entonamos, segun conviene, damos un meneo al hígado, suavizamos los bronquios, sacudimos los riñones, y, en una palabra, trasteamos todas sus vias para dejarlos libres de sus padecimientos? Pues ¿qué otra cosa pueden ustedes pedirnos?

Y las escrupulosas señoras tendrán que volver á nuestra valeriana, y á nuestra asafétida, y tomarán el *castóreo* y el *licor de Hofman*, y tantas cosas buenas como habian abandonado por esa insípida terapéutica de los glóbulos. Miren ustedes, señoritas, que en nuestro arsenal hay tambien olores muy agradables, como el éter, el almizcle, el alcanfor, y usamos el ambar, el coral, y hasta el oro; y tenemos riquisimas pastillas, y jarabes como el mas puro almibar, y pomadas que suavizan y blanquean el cutis. Conque sean ustedes todas razonables, y vuelvan á la medicina ortodoxa, que es la del Estado, consignada en las leyes fundamentales del país.

Pero vengamos á cuentas: ¿hemos perdido, ó hemos ganado? Esto es lo que está en duda. La verdad es que nos remuerde la conciencia por la falta de destreza en algunos.

Hay quien dice que aquel general que tomó la altura del Congreso, no lo hizo bien. (1) Le faltaba la fé, y no correspondió á lo que se le habia exigido.

Apremiado por sus compañeros entró con repugnancia en batalla, y se quedó helado cuando vió que los bancos estaban

(1) El señor Mendez Alvaro estuvo poco habil en la interpelacion que dirijió en el Congreso al señor ministro de Fomento. Los diputados abandonaron el salon, y el presidente de la Cámara tuvo que interrumpirle y anunciar que si no concluia pronto mandaria pasar á la órden del dia. (Véase *El Diario de las sesiones del Congreso*, de 1865.)

desiertos, que nadie le escuchaba, y que hasta el presidente, fatigado, le interrumpió para entrar en la órden del dia.

Sus mismos amigos le acusaban de haber sostenido la proposicion perjudicial de que en los establecimientos de beneficencia, en sanidad militar, etc., los médicos pueden emplear la terapéutica que quieran, y lo mismo en la práctica civil, sin mas responsabilidad que la de su conciencia; poniéndose en contradiccion con lo que sostenian los periódicos de su partido, los cuales pedian la exclusion de toda posicion oficial de los homeópatas, sin que se les permita otra cosa, y esto por tolerancia, que el ejercicio de su nigromancia en la práctica privada. Resulta, pues, que el éxito de la batalla ha quedado indeciso; pero nos aprestamos para otra, porque de esta vez hemos de sucumbir todos ò aniquilar á la Homeopatia y á los homeópatas.

Por de pronto emplearemos el siguiente medio diplomático: Si las clínicas se establecen, pediremos que se nos dé la inspeccion, porque el experimento y el ensayo somos nosotros quienes debemos ejecutarlos. Armaremos mil disputas y escándalos, diremos de todos los enfermos que se curen, que no tenian nada, y que eran unos maulones que se habian ido al hospital homeopático á comer la sopa boba; y de los que se mueran afirmaremos que se hubieran curado con nuestro sistema. Así introduciremos la confusion, y el gobierno se verá obligado á cerrar las clínicas homeopáticas. Podrá suceder que los homeópatas pidan inspeccionar nuestros hospitales; pero aun cuando esto sería de justicia reciproca, no lo conseguirán, pues á nosotros solos nos compete ensayar los sistemas y juzgarlos. Somos hombres de moralidad y conciencia, y liberales por añadidura.

La telegrafia eléctrica acaba de hacer un nuevo descubrimiento, por medio del cual se reproduce todo escrito, rasgo por rasgo, á cualquiera distancia. He aquí una revolucion mas en la ciencia moderna. Los conocedores de todos los sistemas decian *imposible*; y Barthelei dijo, voy á probarlo. Si se hu-

biera seguido nuestra lógica, si los empleados en el ramo hubieran sido los encargados de ensayar el nuevo sistema, este hubiera quedado desechado, y no se hubiera dado el escándalo de que la telegrafía autográfica venga á dejar arrinconados todos los conocimientos hasta ahora conocidos. Pero se llamó á Bartheleí, y se pusieron á su disposición todas las estaciones telegráficas, todos los aparatos, todos los hilos conductores; llevó sus papeles quimicos, arregló todo á su manera, y las cartas escritas en París se imprimían en Burdeos, y en Marsella, quedando entronizada la telegrafía autógrafa. Así anda el mundo; caminamos al abismo de precipicio en precipicio; y de progreso en progreso á un cataclismo universal. Todo el afán de los espíritus modernos es quitar su poder á la materia, sustituyendo las masas por las fuerzas; y el vapor ha destruido aquellas hermosas galeras, la electricidad va á concluir con los correos ó las postas, tenidas antes como el medio mas rápido para las comunicaciones; y la Homeopatía concluirá con nuestros ungüentos y abundantes pócimas.

Ha dicho muy bien un redactor del antiguo *Padre Cobos*: (1)

«La Homeopatía arranca de un principio absurdo, y por eso es libre, y tiene derecho á que se la proteja; es la mejor medicina posible; es poca realidad y mucha ilusión; es un medicamento nominal, la medicina en un papel.»

¡Oh sapientísimo varón, que gráficamente has pintado la Homeopatía y la sociedad! Te ha faltado añadir, para redondear tu *Hoja suelta*, ó tus *Palabras al aire*, que la alopatía arranca de un principio evidente, el materialismo; que es la mecánica de la ciencia; las grandes fundiciones del siglo; el arsenal de monstruosas construcciones; la medicina de peso y de calibre: de mucha sustancia y ningún provecho; la medicina, no ya en un papel, sino en embuchados, asada, frita, cocida y en crudo; la medicina de fonda, con sus ordubres, sus potajes, sus bebidas ordinarias y superiores, sus entradas,

(1) Selgas, en un artículo publicado en el periódico político *La España*.

sus timbales y sus filetes, sus almibares, sus agrillos, y sus variados postres. Es, en fin, tan picante como *El Padre Cobos*, tan deleitable como los versos del Sr. Selgas, y tan útil como sus *Hojas sueltas*, que no sirven mas que para pasar el tiempo y hacer reir. Con la alopatía se pasa el tiempo tambien, se rie alguna vez, y con frecuencia se llora. Mas no sirve para curar enfermos, como tampoco *las palabras al aire* de nuestro satírico escritor sirven para curar los males de la sociedad.

Queda de ustedes, Sres. Redactores, afectisimo amigo y
S. S. Q. B. S. M.

Marzo 4 de 1865.

11.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO

Mis apreciables amigos: Con permiso de *La Clínica* voy á escribir á Vds. la presente carta, que, causas ajenas á mi voluntad, han retrasado hasta hoy. Algunas noticias de actualidad y varios pensamientos sueltos, serán el objeto de ella.

Tras la tempestad viene la calma; como en pos de la granizada de exposiciones de las Academias y Facultades en contra de la Real orden de 5 de enero último ha venido la tranquilidad y la satisfaccion en los ejércitos alopáticos. (1) Por eso *El Pabellon médico* exclama, despidiéndose y dando por terminada la campaña: *Estais vencidos y ha pasado vuestra oportunidad, locos homeópatas. Sois unos Cacos que habiais querido robar á la medicina de los siglos el sagrado tesoro del magisterio público; pero nuestras huestes se han levantado como un solo hombre á protestar, y os habeis encontra-*

(1) La Real Orden de 5 de Enero de 1865, ampliacion de otra de fecha mas antigua, concedió el establecimiento de cátedras y clinicas de homeopatía, que la Sociedad Hahnemanniana se brindó á desempeñar gratuitamente. Pero aun cuando el ministro encargó al Gobernador de Madrid que facilitase local, ni se llegó á conseguir, ni tampoco se facilitaron fondos para montar un pequeño hospital en donde poder dar la enseñanza teórica y práctica de la homeopatía. La prensa alopática y los cuerpos oficiales cesaron en sus ataques, despidiéndose de la gran polémica pasada, cantando victoria y dando ya por muerta á la homeopatía. Tal es el tema de los primeros párrafos de esta carta.

do con un Hércules mas salvaje que el de la fábula, el cual os ha perseguido y aplastado en vuestras tenebrosas guaridas. Escarmentad, homeópatas, y no queráis probar otra vez vuestras débiles fuerzas con mozos tan ternes como nosotros. ¿Quién desoye nuestra protesta? ¿Quién desatiende nuestra petición? Mirad cómo pasan nuestras exposiciones desde Gobernacion á Fomento, de Fomento á Gobernacion, y se llenan con ellas espuestas y más espuestas para darlas los cursos convenientes.

Sin embargo, otro colega dice que la Homeopatía no está tan muerta ni tan vencida como lo cree *El Pabellon*; asegura que al fin morirá, porque todo lo que tiene vida muere (¡qué talento!) pero, en su concepto, *no ha llegado el caso de enterrarla un De profundis ni de rezar por su alma un Pater-noster.*

Y es que está reinando en el mundo una *epidemia terrible*, peor que la actual calentura de Rusia, peor que el cólera y la fiebre amarilla. Estamos bajo el influjo de *un envenenamiento de la inteligencia, de una pestilencia moral*, representados estos azotes en medicina por la Homeopatía y todas esas drogas modernas, que han dado en llamar *progreso médico y reforma de la ciencia*, como si hubiera necesidad de que esta se reformara. (1) Nosotros y los enfermos nos hallamos muy bien con ella, tal cual la dejaron Hipócrates y Galeno; y no necesitamos que nos vengán con esos sueños *de la experimentacion fisiológica, la ley de los semejantes, el dinamismo vital*, y tantas extravagancias, que no son otra cosa sino síntomas de esa epidemia llamada *envenenamiento intelectual*, contra la que habrá que tomar ciertas medidas y precauciones sanitarias, que se adoptarán en un Consejo internacional, en el cual será representante de nuestra nacion un médico-diputado-concejal, comisionado de mataderos públicos, famoso adalid de las huestes alopáticas y de la mayoría

(1) Opiniones del diputado Señor Mendez Alvaro, emitidas en una reunion de diputados y consignadas en *El Siglo médico.*

parlamentaria y uno de los *mariscales* mas intrépidos de los muchos con que cuenta la alopatía.

He pensado que tal vez la satisfaccion de algunos periódicos, que dan por terminada la campaña, provendrá mas bien de cierto fenómeno que han observado en el campo de la Homeopatía que de la conviccion verdadera de que se halle esta vencida y aniquilada, como aparentan creerlo. Ellos habrán dicho: así como mientras vivió *El Debate médico* no tuvimos precision de luchar gran cosa contra los homeópatas, porque ellos se zurraban de lo lindo, ahora que aquel renace al estadio de la prensa, y nada menos que con el carácter de periódico oficial de la Academia Homeopática, se pondrá en frente de EL CRITERIO MÉDICO y de la Sociedad Hahnemanniana; y los alópatas no tendremos que hacer otra cosa sino cruzarnos de brazos y mirarlos cómo se combaten. (1)

Pero si tal piensan, se engañan grandemente; y en prueba de ello ahí está el primer número de *La Reforma médica* y la sesion inaugural de la Academia. «No vamos á sembrar la excision, dice en su artículo primero, ni á crear parcialidades «y banderías, sino á sostener, á desenvolver, á propagar, á «robustecer y afianzar la doctrina en que tenemos fé:» y en otro párrafo añade:» sin alusiones ofensivas, sin agresiones personales.» En el mismo número, y en comprobacion de esas protestas, dice: «ha sido nombrado médico director de «los baños de Santa Agueda el Sr. Villafranca: preciso es con- «venir en la utilidad que reporta la amistad de ciertas gentes «que necesitan que les hagan la corte» porque realmente *La Reforma* no encuentra en el Sr. Villafranca otros méritos que

(1) Los que conocen la historia contemporanea de la homeopatía en Madrid saben que hay una fraccion disidente que ha tenido sus periódicos y ha organizado una Academia. Desgraciadamente para la escuela hahnemanniana no siempre los esfuerzos de los homeópatas de Madrid, de sus corporaciones científicas y de sus periódicos se han encaminado á propagar las ideas que profesan, sinó que con harta frecuencia se han hostilizado, mas bien en el terreno de las personalidades que en el de la ciencia.

La Academia homeopática y su periódico *La Reforma médica*, entablaron una cruzada contra la Sociedad Hahnemanniana y *El Criterio médico* con motivo de las gestiones de esta última para conseguir la Real orden de 5 de Enero, y la Academia á su vez solicitaba una concesion análoga de las Cortes. Escribiéronse entonces algunos artículos injustos y apasionados en *La Reforma médica* haciendo alusiones á individuos de *El Criterio médico*, y á censurar esa conducta se dirigen los siguientes párrafos de esta carta.

la amistad de ciertas gentes. Y luego llama insidioso consejo, y conducta poco leal la de la Sociedad Hahnemanniana, porque esta Corporacion, contestando á multitud de cartas que le dirigian los médicos homeópatas de provincias, que preguntaban si procedia firmar la exposicion de la Academia homeopática, toda vez que lo que esta pedia habia sido ya concedido á la Sociedad Hahnemanniana, les manifestó que no lo creia necesario, pero que cada cual hiciera lo que tuviera por conveniente.

Pero donde mas resalta la buena intencion de la Academia, sus nobles propósitos de no sembrar la excision, ni de dirigir alusiones ofensivas ni agresiones personales, es en el acta de su sesion inaugural, en la elocuentisima Memoria de secretaria, que leyó D. Fermin con grande entonacion, con sonora voz, cuyo buen timbre sostenia á fuerza de tragos, pues para esto estaban á su lado aquellas dos copas con cuyo contenido tan á menudo se refrescaba. La Academia que, al decir de ella, es la única Corporacion que ha pedido al Gobierno por las vias legales el establecimiento de clínicas y cátedras homeopáticas, está muy resentida de la Sociedad Hahnemanniana, porque esta logró la concesion de dichas clínicas y cátedras, por supuesto por vias no legales, mucho antes de lo que á la Academia convenia; y al advertir que sus exposiciones no tenian ya objeto, no pudo menos de sentir cierto despecho, y consignar en un documento público los siguientes periodos, que, para dar mas solemnidad á su sesion inaugural, trasladó tambien á la Memoria de secretaria.—«La Sociedad Hahnemanniana se ha encerrado siempre en el misterio, se ha dirigidó por las influencias ocultas y personales, apela al favor «y á los manejos reservados, y su actual presidente no tiene «autoridad científica suficiente y justificada, etc., etc.»

Veán Vds. con qué fraternidad inaugura sus tareas; veán Vds. cómo realiza sus propósitos de no sembrar excisiones, y de no dirigir ataques personales. La Academia y su periódico tienen razon desobra para todo esto, y mucho mas: ellos, que

son los *únicos representantes de todos los médicos homeópatas* de Madrid y de las provincias; ellos que son los *únicos* que han sostenido la propaganda de la doctrina homeopática durante los veinte últimos años, en cuyo período la Sociedad Hahnemanniana y su presidente no han hecho absolutamente nada: ellos, *únicos* que saben, que trabajan, que propagan, defienden, sostienen, arraigan y afirman la medicina de los *semejantes*, tienen razón para proceder como lo han hecho, y en cuya tarea continuarán, Dios mediante.

Lo que importa es escribir muchos artículos para demostrar que el actual presidente de la Sociedad Hahnemanniana no tiene autoridad científica suficiente, porque no ha sido jamás otra cosa que homeópata, siquiera sea el más afamado y á quien la opinión designa como el primero, y no se ha conquistado la elevada posición en que se encuentra con servicios prestados á la escuela alopática. En todo este proceder de la Academia y de su periódico no entra para nada la envidia ni la vanidad no satisfecha. El móvil de todos sus actos no es otro que el amor á la ciencia y á la humanidad, y el deseo del engrandecimiento de la doctrina homeopática, y de la paz y concordia entre sus sectarios.

Se equivocan mucho los periódicos alopáticos que hayan creído terminada su campaña, porque esperan va á empezar otra entre *La Reforma médica* y *El Criterio médico*. Ya se habrán convencido todos, por la muestra que he presentado, de que *La Reforma* y la *Academia homeopática* vienen á reforzar á la Sociedad Hahnemanniana y á su periódico oficial, para combatir los errores de la medicina ortodoxa, y hacer patentes los verdaderos progresos conseguidos en la ciencia á favor de la doctrina homeopática, todo ello con la mejor buena fé y la mayor armonía.

Ahora vuelvo á lo que decía al empezar. *El Pabellón médico* considera que la Homeopatía está muerta, porque todas las Academias y Facultades del reino, y unos doscientos médicos alópatas, han representado, aquellas al gobierno y estos

al buen sentido, á fin de que se derogue la Real orden de 5 de enero último.

Es una manera particular de matar las doctrinas médicas.

Ya lo saben para siempre. En cuanto asome por el horizonte alguna novedad, alguna reforma que no sean del agrado de los cuerpos sabios oficiales, elevan muchas exposiciones al Gobierno, y cádate muerta la novedad ó la reforma que habian tenido el atrevimiento de llamar á la puerta de la ciencia.

En cuanto á las cien mil firmas que la Sociedad Hahnemanniana ha recogido en pro de sus aspiraciones, esas no matan la medicina ortodoxa, porque la opinion pública no influye en manera alguna sobre los errores de la tradicion.

¿No ven Vds. que son legos la mayoría de los firmantes, y ellos no saben con qué terapéutica se curan mejor y mas pronto? (1) Como que tienen que ir á preguntar al vecino, despues de la curacion por la Homeopatía de una grave enfermedad, si es cierto que han estado enfermos y que viven todavía. Y además, si alguna parte de vulgo hay que tenga sentido comun, son los partidarios de la alopatía. Pero es de temer, al paso que vamos, que todo el mundo se vuelva loco, y que los *cacos* (2) hayan tropezado con *polizontes* tan topos, que al fin logren su intento, á despecho de esbirros tan babiecas.

El vulgo partidario de la Homeopatía no tiene sentido comun, ni sabe lo que se pesca; por eso sus exposiciones no tienen valor alguno.

Y á propósito de exposiciones, ¿saben Vds. por qué algunas de las formuladas por las Academias no han traído mas firmas que las del presidente y secretario? Pues ha sido por la sencilla razon de haber firmado varios académicos la exposicion de la Sociedad Hahnemanniana Matritense. Así que lo sépa el Sr. Mendez Alvaro dirá: «Hé aquí los efectos de la pestilencia moral, del envenenamiento de la inteligencia, cu-

(1) La prensa alopática emitió la peregrina idea de que no debían tener valor alguno las peticiones de los particulares para que se enseñase la homeopatía, porque el vulgo no está en el caso de decidir acerca de las ventajas ó inconvenientes de una terapéutica determinada.

(2) Así llamó *El Pabellon médico* á los homeópatas, aunque en sentido figurado, diciendo que habian querido robar á la medicina de los siglos el tesoro del magisterio público.

ya epidemia va á concluir con todo lo antiguo y con los que tengan *algo*.» (1) Por estas mismas razones el doctor V... se alarmó al encontrar en la Memoria de secretaria de la Sociedad Hahnemanniana un párrafo que dice: «La humanidad en sus progresos no se encamina hácia *el monopolio de la instrucción*, sino que, muy al contrario, va marchando hácia *la enseñanza libre*,» (2) con cuyo motivo se entrega el doctor V... á algunas lamentaciones, por ver en esto un nuevo *caso de pestilencia moral*. Un chusco que leía las jeremiadas del doctor V... (3) exclamó: *EL SIGLO MÉDICO se ha vuelto homeópata, porque toma los glóbulos y se deja las píldoras que se le han enviado en el Acta de la sesión inaugural de la Sociedad Hahnemanniana*.

Afortunadamente, *la pestilación moral* no puede durar mucho, porque *hábiles médicos* se han encargado de combatirla. Del terreno médico ya la han extinguido, matando la Homeopatía con exposiciones; porque la Homeopatía era el envenenamiento de la inteligencia que en medicina reinaba.

El organicismo, el quimismo y el materialismo que oficialmente se enseñan en las escuelas, no envenenan la inteligencia, ni apestan la moral. Son doctrinas que conducen directamente al espiritualismo filosófico y cristiano dogmático.

Por esta razón los que se llaman vitalistas en la escuela alopática, militan al lado de los organicistas y materialistas, pues más ligazon hay entre sus respectivas doctrinas, que entre la de los primeros y la reforma hahnemanniana.

¿Quién es capaz de poner en duda las anteriores reflexiones? ¿Puede darse mayor armonía de opiniones fundamentales que las sostenidas por *El Siglo* y *El Pabellón médicos*? (4) Por esto se han coaligado para combatir la Homeopatía. Afortunadamente ya está muerta, y descansarán de sus fatigas.

(1) Este señor dijo en el Congreso que las personas que tuviesen algo eran del partido moderado.

(2) *El Criterio médico* defendía la libertad de enseñanza cuando todos los demás periódicos la rechazaban y si alguno, como *El Pabellón*, la aceptaban, excluían de esa enseñanza á la homeopatía y á los homeópatas.

(3) Artículos del doctor Mendez Alvaro, firmados con la inicial V.

(4) El primero vitalista y el segundo materialista.

Hace unos doce ó catorce años murió tambien, á consecuencia de unas lecciones que contra ella publicaron varios catedráticos de la facultad.

Hace cinco años la volvió á matar el Dr. Mata en la Academia Médico-quirúrgica; y ahora anuncia de nuevo su muerte *El Pabellon médico*.

Es un fenómeno curioso esto de morir tantas veces, porque ello supone que resucita.

No es extraño que los profanos tengan grande aficion á la Homeopatía, al observar que ella resucita con tanta facilidad y prontitud.

Y hé aqui tambien hasta cierto punto el motivo por el cual una Sociedad de Seguros sobre la vida establecida en Londres, ha determinado rebajar el precio de las pólizas á los asegurados que se curen por la Homeopatía, atendiendo á que la mortalidad es menos grande entre ellos, segun lo ha demostrado una comision investigadora nombrada al efecto.

(¹) De este hecho están convencidos los alópatas, pues no hay uno que no crea que la medicina metralla mata mas que cura. Mas era preciso buscar explicacion al acuerdo de la *Sociedad de Seguros*, y los periódicos alópatas se la han encontrado bajo el título de *proteccion disimulada*.

Con esto no canso más, y dando espresiones de mi parte á *La Clínica*, que se enfadó mucho porque le hablaba en su estilo para que me entendiera, le dirán Vds. que sigo llamándome EL MISMO, (²) pseudónimo ridiculo y tan poco de su agrado; pero que esta es cuestion de gustos, y como además no hay por qué ocultar la cara, estoy dispuesto á enseñarle hasta los dientes siempre que lo pretenda.

Queda de Vds., Sres. Redactores, afectisimo amigo y
S. S. Q. B. S. M.

Mayo 4 de 1865.

(¹) Por esta época se dijo en los periódicos que en Londres una Sociedad de seguros sobre la vida consignaba en sus estatutos ciertas ventajas á los asegurados que se curasen homeopáticamente.

(²) Con este pseudónimo firmaba estas cartas cuando se publicaron en *El Criterio médico*.

12.

LAS CONSULTAS.—LA MEDICINA DE LOS RICOS Y DE LOS POBRES.—
SECRETOS DE UN LIBRO DE CAJA.

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Muy señores míos: Comienzo dando gracias á Dios porque ha concluido la última campaña entre alópatas y homeópatas, campaña en la cual he tenido la honra de tomar parte, y cuya crónica he dejado consignada en mis dos cartas anteriores. Ahora que ya los hemos vencido á ustedes, derrotándoles en la prensa, en el Congreso y en la esfera administrativa, demostrando á la faz de todo el mundo que los homeópatas son grandes nulidades y los mayores farsantes al mismo tiempo; que su doctrina es una extravagancia y un absurdo; que los clientes de ella son unos majaderos; y finalmente, ahora que hemos probado hasta donde raya la inteligencia de los nuestros con aquel folleto dirigido al sentido común, el cual se horripiló al leerlo; (1) que hemos patentizado hasta donde llega la supremacía de la medicina secular, comparable solo á la elo-

(1) Alude á un folleto que se publicó por esta época dirigido al sentido comun contra la homeopatía y los homeópatas, lleno de errores y en un lenguaje tan procaz como lo usaba la prensa alopatíca, con lo cual quedó por entonces terminada esta ruidosa polémica.

cuencia de nuestro diputado; (1) y la unidad de miras y de accion de cuantos militan bajo nuestras banderas, voy á reposar sobre nuestros laureles, pues á la verdad me sentía ya fatigado de tanta lucha. De hoy en adelante ya no habrá homeopatía, ni homeopatizantes, ni homeopatófilos. Á la primera la hemos matado; ustedes se dedicarán á curarse los coscorriones que han recibido, y sus clientes, desengañados, volverán á que nosotros les purguemos, les sangremos, les sajemyos, les quememos y les jeringuemos.

Con esto las cosas tornarán á su antiguo estado, y todos estaremos contentos.

La calma y sosiego que nos ha procurado la última campaña, me permiten continuar mis tareas anteriores, encaminadas á demostrar, en el terreno de los hechos, las excelencias de la terapéutica alopática, su utilidad y todas sus bondades, sin olvidarme de la medicina operatoria, en cuya defensa he invertido tambien algunas páginas.

Con el deseo de inculcar cada vez más las ventajas de los tratamientos alopáticos, me propongo fotografiar las consultas entre médicos, y probar lo beneficiosas que ellas son para los enfermos.

Antes de entrar en materia, quiero consignar una aclaracion; y es, que cuando hable de médicos y de medicina, no hago alusion á ustedes ni á su sistema, porque los homeópatas no son médicos, ni medicina la Homeopatía. Así lo han declarado nuestros prohombres; y en las filas de la *escuela ortodoxa* todos marchan, por costumbre, conveniencia é instinto, como mulos de reata, salva sea la comparacion.

Dice el vulgo, y dice muy bien, que cuatro ojos ven mas que dos, y ocho mas que cuatro.

Este principio es más axiomático en los tiempos de parlamentarismo y mayorías por que corremos, en los cuales siempre noventa tienen más razon que ochenta y nueve.

Así tambien, ocho ojos, aun cuando sean muy miopes, ven

(1) Mendez Alvaro.

mucho mas que dos, no obstante que estos últimos tengan la vista de lince.

Por eso es que los enfermos acuden en sus apuros á las consultas, y de ellas se espera siempre la salvacion de los pacientes.

Podiera escribirse un tratado completo de consultas.

Las hay de muchas clases y variedades, y se producen por causas diversas. La mejor definicion es esta: *la consulta es un juego de tresillo, en el que al enfermo se da codillo.*

Hay consultas por vanidad, que se verifican á petición de las familias para hacer alarde de su riqueza efectiva ó aparente. No tener mas que un médico, seria presentarse ante la sociedad como un pobreton, y es necesario despilfarrar unos cuantos reales, no muchos, para hacer ruido con la consulta.

Otras son de compadrazgo, y las solicita el médico de cabecera cuando se trata de familias tal cual acomodadas. Dando importancia á la enfermedad, aun cuando esta sea un sañañon, hace llamar á dos de sus cólegas, los mas amigotes y paniaguados á fin de que en mútua correspondencia estos lo llamen á él mañana en casos análogos.

Otras son motivadas por verdadero peligro y por alarmas fundadas, ya de los deudos, ya del médico, ya de este y de aquellos.

Dice tambien el vulgo, y tampoco suele equivocarse en esto: *junta de rabadanes, muerte de oveja.*

Por cualquiera de los tres motivos antes indicados, ó algun otro de los muchos que pueden provocar una consulta, reúnen los médicos para reconocer al enfermo y establecer el mejor plan curativo; y aquí empieza otra division de las consultas, cuyas variedades seria prolijo enumerar; y para no ser difuso las describiré en la mayor sintesis posible.

Hay médicos, y estos constituyen el mayor número, que tienen poca facilidad para hablar en público; y con el fin de deslumbrar con su saber y su elocuencia á los que presencien la junta, y aun á sus mismos compañeros, tienen aprendido

de memoria un largo exordio de generalidades, y con muchos términos técnicos, que los recitan en todas sus consultas. No hay que decir que se hacen citas de añejos libros, sobre todo de los de Hipócrates, y tambien de autores contemporáneos, para demostrar que se sabe lo antiguo y lo nuevo. Para completar el discurso, se lee en alguna obra la enfermedad que se cree tiene el enfermo objeto de la consulta; y al hacer la historia de este se describe lo que dice el libro, y no lo que se ha observado en el paciente.

Otros, y son los menos, exponen lisa y llanamente lo que han visto, sin rodeos ni lenguaje ampuloso; pero no tienen aceptacion y se lucen poco ó nada, cuando no se desacrediten.

Algunos son médicos oradores, y pronuncian un discurso que mas bien parece una disertacion académica ó una leccion de cátedra, que una verdadera consulta.

Lo que digo del médico de cabecera, es aplicable á los consultados. Todos obran con arreglo á sus facultades, guiados siempre por la idea de exponerse ante el público como unos sábios.

En esta escena están en primer término la ambicion ó la vanidad; en segundo ó tercero está el enfermo.

Rara vez se hallan los médicos de acuerdo sobre el diagnóstico. Si uno dice que el padecimiento es una fiebre catarral, el otro la llama gástrica, y el otro tifoidea. Si el de cabecera diagnostica una bronquitis, los llamados á consulta sostienen que es una pleuresía ó una pulmonia, etc. Se exceptúan de esta regla las consultas que he llamado *de compadrazgo*, pues en estas todos están completamente de acuerdo, se echan unos á otros cuatro piropos, se llaman ilustrados, distinguidos, eminentes colegas, cobran los cuartos, y *pax Christi*.

Pero es cosa original lo que sucede. No obstante la divergencia en el diagnóstico, por lo comun convienen en el tratamiento, porque es lógico que á males opuestos se apliquen los mismos remedios.

Para que no se diga que los consultados no indican algo nuevo para el alivio del enfermo, cada uno de ellos propone uno ó mas medicamentos, que se añaden al plan establecido por el de cabecera. Únicamente se falta á esta política cuando entre los médicos hay alguna ojeriza, pues entonces se refutan mutuamente, se asienta otro diagnòstico, se establece otro tratamiento, y no se transige con nada. En estos casos, que no dejan de ser frecuentes. el médico de cabecera tiene que abandonar el campo, si no está bien agarrado en la casa; y las indicaciones no se deducen de la enfermedad, sino del grado de enemistad de los médicos. Por lo tanto el enfermo lleva un gran codillo.

Si se reflexiona bien sobre todos los casos de consulta, los móviles de los galenos, y la conducta que en aquellas se sigue, se comprenderá que, en efecto, *la consulta es un juego de tresillo, en el que siempre se dá al enfermo codillo.* Para hacer mas gráfico lo que son las consultas, voy á referir una, copiada tal cual sucedió, y en la que fui testigo, porque se trataba de un amigo mio, persona muy rica, que por esta circunstancia se creia con derecho á no morirse nunca.

Muchos años hacia que venia padeciendo una de esas enfermedades crónicas que, á la larga, alteran todos los órganos y todas las funciones. Tenia lesiones orgánicas en el cerebro, en el pulmon, en el hígado; existia una albuminaria y cien cosas mas, por cada una de las cuales podia muy bien desahuciársele y darle por incurable.

Se hizo visitar por infinidad de médicos; todos diagnósticaban de distinto modo, y cada uno le recomendaba un tratamiento.

Aburrido porque ninguno le curaba, hizo poner *la mesa para el tresillo consabido.* Reunió los primeros *espadas*, estos le dieron muy buenos pases de muleta, hasta que al fin le descabellaron, despues de muchas estocadas.

En la primera sesion acordaron que el enfermo tomase por las mañanas en ayunas una preparacion arsenical, á las

dos horas un baño frio de impresion, por las noches una piladora de òpio y belladona, y durante todo el dia cucharadas *ad libitum* de una mistura antiespasmódica. Convinieron además en reunirse dos veces por semana para ir adicionando el plan terapéutico.

En la segunda sesión se acordó que el enfermo tomase antes de las comidas una infusion de cualquier planta amarga, á fin de que tuviese mas apetito. No por esto comió mas en lo sucesivo: y como se advirtiera que cada dia eran mas dificiles las digestiones, sin retirar ninguno de los medicamentos que ya tomaba, se le prescribió la pepsina para despues de las comidas.

Parecia una maldicion: cuantas mas drogas se tragaba, peor se ponía. Á los profanos se les ocurría que lo dejara todo, pues creían que esto era lo mejor. ¡Supina ignorancia! Los doctores discurrían de otro modo, y adicionaron un medicamento más, un agua acidulo-carbónica-ferruginosa para beber en las comidas. Pero si en esto discrepaban los sábios de los profanos, estaban muy conformes en la conveniencia de que el enfermo tuviese apetito. Es verdad que los progresos del mal se lo quitaban, y tal vez las drogas que se engullía contribuían tambien á ello; pero esto nada importaba; pues en alopatía se combaten los efectos sin atender á las causas.

Como lo urgente era que el enfermo comiese, y no se conseguía á pesar de cuanto hasta la fecha venía usando, propuso uno de los colegas que se le administrase el tanino al tiempo de empezar á comer. Otro indicó la conveniencia de que se diera un chocolate especial *iodobromurado*, que tenía la propiedad *de aumentar la grasa* de los que lo tomaban, y por ende nuestro enfermo se pondría gordo como un cebon. Ambas cosas fueron aceptadas y se pusieron en práctica *incontinenti*, porque la familia del paciente estaba ansiosa de cosas nuevas, esperando que con alguna se diese en el *quid* de la dificultad.

Hagamos alto para sumar los medicamentos diversos que

tomaba el enfermo en cada 24 horas. Un baño frio; un preparado arsenical, iodo y bromo; una infusion amarga; pildoras de tanino; agua mineral, pepsina, opio y belladona, una mistura antiespasmódica de tres ó cuatro ingredientes. Total: una veintena de medicamentos de acciones diversas sobre el organismo, administrados todos en el corto periodo de 24 horas.

Este tratamiento estaba recomendado por sábios de reputacion europea, catedráticos, autores de obras de texto. etc. ¿Quién será capaz de sostener que no fuese acertadísimo tan variado plan?

No paró aquí la cosa, pues habiéndose agravado, y ofreciéndose á la observacion de los doctores una fiebre periódica, que invadia por las tardes, con escalofrios y calor, se convino en que se le diese la quinina, *pues en el caso de que no estuviese indicada, siempre le aprovecharia por la parte de tónico que el medicamento tiene.* Lo dijeron esto tal como lo he copiado.

Escusado es decir que se puso el enfermo á las puertas de la muerte, la fiebre pasó á continua, la disnea se hizo permanente, se perdió completamente el apetito, y hubo precision de suspender todo el tratamiento anterior, que fué sustituido con otra mistura antiespasmódica, con una pocion de kermes mineral, con los cigarrillos de Spic y revulsivos.

Un dia se permitió decir el más jòven de los doctores: «Compañeros, el enfermo se muere sin que nada de lo que «hacemos le aproveche, y tal vez le estemos perjudicando.» A lo cual le replicó el mas anciano (aquel dia estaban solos): «Le falta á V. gramática parda. En estos casos conviene emplear una terapéutica cara y de mucho lujo, y no se debe «decir que el enfermo se muere hasta el dia siguiente de estar «enterrado, pues de lo contrario llamarian á otros y perderiamos esta breva; de la misma manera que si no recetáramos cada dia cosas nuevas y caras nos despedirian, porque «creerian que teniamos agotados todos nuestros recursos. En «éstos casos debemos mirar la cuestion como un negocio: aquí

«no hay medicina, sino industria.» El interpelante quedó convencido y calló.

Siguió su curso la procesion; y no pudiendo ya el enfermo tragar, se le administraban los medicamentos por medio de lavativas; se le llenó la piel de ventosas escarificadas, de muchos vejigatorios, y de abundantes *golpes* de sanguijuelas, porque en alopatía todo se reduce á golpes; con lo cual se le despidió para el otro mundo.

Los deudos quedaron muy contentos y satisfechos, pues en quince dias que duró la última asistencia, la de las consultas, se revolvió la medicina de alto á bajo, despachando al enfermo en toda ley y con las reglas del arte, haciendo remedios hasta algun tiempo despues de haber espirado.

¿Quién se atreverá á poner en duda la ciencia ni la moralidad de los héroes de esta y de análogas consultas? Es evidente que estas conducen á dar fama y crédito á los médicos; y tambien los pacientes ganan mucho con esas juntas, en las que siempre *seis ojos ven más que dos*, así como seis manos pegan más bofetones que un par de ellas.

¡Desgraciados de los pobres, que no pueden acudir á ese supremo y salvador recurso de las consultas, ni á esa farmacología aristocrática que cuesta á peso de oro! Porque conviene hacer notar que unas mismas enfermedades se tratan con recursos diferentes, segun que los pacientes sean ricos ó sean pobres. Para estos no hay veratrina, ni codeína, ni digitalina, ni quinina, ni almizcle, ni otra porcion de drogas que cuestan muy caras. En cambio se curan mejor y más pronto, y se ven acometidos de menos enfermedades.

Todo el mundo se admira de la salud que disfrutan las clases más desvalidas de la sociedad, á pesar de las malas condiciones higiénicas en que viven, y de la escasa asistencia médica que tienen en sus enfermedades, así como de los pocos recursos farmacológicos que emplean, comparativamente á las clases acomodadas.

Si los ricos meditáran sobre este fenómeno, quizás imitá-

ran á los pobres, é hicieran como ellos; esto es, llamarían poco á los médicos, no buscarían consultas, ni harían uso de más remedios que de cuatro infusiones de flores y de agua clara. Semejante resolucion sería un absurdo, y merecería el anatema de todos los médicos. ¿Cómo se iba á sostener una clase tan numerosa, y tan necesaria para el movimiento de la poblacion?

Es verdad que en casa de los médicos tampoco entran medicamentos, por aquello de *en casa del herrero cuchillo de palo*; y el mayor número encarga á sus familias que cuando estén enfermos no consientan que los sangren ni les administren ningunas drogas. De suerte que no quieren para sí propios ni para sus familias, lo que ellos están propinando todos los dias á sus clientes.

A la verdad que esta conducta es reprehensible, y se presta á una funesta enseñanza para el vulgo, quien pudiera sacar de ello deducciones poco favorables para los médicos y para la medicina, como se sacan siempre cuando un sacerdote no ejercita la religion que predica.

Apresurémonos á decir, como por via de correctivo, que los sábios tienen alguna extravagancia, alguna escentricidad; y la de los médicos consiste en no querer medicamentos para curarse sus enfermedades.

Como me he propuesto inculcar en el ánimo de los profanos la conveniencia de que acudan con frecuencia en demanda de los médicos, y, si pueden, tengan consultas ó se hagan asistir por tres ó cuatro á la vez, en todos los padecimientos físicos de que se vean acometidos, aun cuando estos sean ligeros, voy á reforzar todo lo expuesto para producir ese convencimiento, con la revelacion de *los secretos de un libro de caja*.

Tuve yo un escribiente, que lo era tambien á la vez de una de las oficinas de farmacia más acreditadas y de mayor despacho. Cierta año, por los dias de Navidad, habiendo estado contestando mi correspondencia, se dejó unos borradores

sobre mi mesa, y tuve la curiosidad de leerlos. Eran las cuentas del despacho del farmacéutico, y las minutas y comprobantes de ellas. Segun ví, el total de las ventas ascendía á veinte mil duros; el de las compras á doscientos. La ganancia era exorbitante, como se advierte comparando las dos sumas; pero la utilidad tenía muchos huecos, pues encontré varias partidas de distribucion que decían así: «Al doctor *Bolonio* doce mil reales de subvencion para carruaje, porque no consiente que ninguno de sus clientes se surta de otra oficina que de la de casa, y dice que que no son buenos los medicamentos que no se han llevado de la nuestra.

Al doctor *Donaire* veinte mil reales por el 50 por 100 que le corresponden de sus recetas del año actual, segun convenio celebrado, á fin de producirnos la mayor venta posible de medicamentos caros para los enfermos ricos que asista.

Al doctor *Melifluo* diez y seis mil reales que le pertenecen de todas sus recetas que han venido con la contraseña para cobrar por ellas cinco tantos más de lo que valen.

Al doctor *Ciruelo* nueve mil reales por la venta de las botellas que pasan por medicamento secreto, inventado por él, y confeccionado únicamente en esta casa.

Cuatro mil reales para compra de pavos, mazapanes y vinos que se han de distribuir entre veintidos médicos de escaso *receteo*.»

Todavía continuaba la cuenta con alguna que otra partida del mismo género que las anteriores.

Me bastaron las referidas para regocijarme y persuadirme mas de lo que ya lo estaba de la importancia de la medicina en la sociedad. No solo sirve para ayudar á morir á los enfermos, para enderezar á la torcida naturaleza, ciega y torpe que no sabe lo que se hace, y la cual es preciso combatir en todos los casos con pinchazos, con chamuscones, con golpazos aquí y allá, y ahora muy científicamente con reactivos químicos segun el último figurin, sino que tambien desempeña un importante papel en la economía social, impulsando el tráfico,

que es uno de los ramos de la riqueza pública, influyendo en que prospere el comercio de los boticarios, de los drogueros, de los herbolarios, de las empresas de anuncios, de los paveros, de los almacenes de vinos, etc., etc., teniendo, como es justo, su utilidad los médicos que así contribuyen á la circulación del numerario, poniendo en juego su capital de inteligencia y de habilidad.

Los profanos que lean esta carta se persuadirán con ella de lo mucho que les interesa entregarse sin reserva á los médicos y á la medicina, cerrar los ojos y tragarse cuanto les dispongan sus doctores, aun cuando sean cuartillos de alquitran; pues en todo esto no hay jamás otro móvil que el bien del prójimo, el lustre de la ciencia, la honra de la profesion, y el triunfo de la *medicina ortodoxa* sobre esa farandulera Homeopatía, que ha venido á intrusarse entre nosotros, ejercida por ignorantes, charlatanes y hombres sin conciencia; que administra los mismos medicamentos á los pobres que á los ricos, y que está quitándonos á todos, médicos y boticarios, el *modus vivendi*, y á las familias las creencias en nuestra terapéutica, única verdadera ahora y siempre, porque no es posible que en lo que resta de vida á la humanidad se haga un descubrimiento capaz de echarla por tierra.

Si alguien se atreve á refutar mi apología de la medicina ortodoxa contemporánea, considerada en el ejercicio de ella bajo los puntos de vista que acabo de presentarla, volveré á empuñar la pluma para salir á su defensa.

Entretanto espera las órdenes de ustedes, señores Redactores, su amigo y S. S. Q. B. S. M.

Julio 18 de 1865.

13.

EL CÓLERA Y LA MEDICINA SECULAR.—LIGERO INVENTARIO DE LAS
ENFERMEDADES INCURABLES POR LA ALOPATÍA. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Muy señores míos y estimados amigos: Han dado en la manía de alarmarse las gentes pusilánimes, con motivo de la aparición del cólera en algunas poblaciones de la Península. Menester es hallarse desprovisto de reflexión para dejarse dominar de ese pánico, pues aparte de que la tal enfermedad es una bagatela, y no merece la pena de aturdirse por tan poco, la medicina secular, depositaria de todos los adelantos y descubrimientos, dispone ya de medios curativos y preservativos.

Allá por los años 33 y 34 era otra cosa, pues siendo la primera vez que nos visitaba ese huésped del Asia, nos cogió desprevenidos; y los médicos no sabían qué hacer para echarlo de casa. Así fué que en aquella calamitosa época andaba un gran desbarajuste, y cada uno apelaba á lo primero que se le ocurría. Por de pronto, y este fué el remedio mas general, se desollaba á los enfermos, frotándolos con cepillos

(1) Con motivo de la aparición del cólera en España en 1865, los periódicos alopáticos publicaban artículos teóricos y recomendaban planes curativos que tenían por eficaces, repudiando únicamente del tratamiento del cólera la medicina homeopática. Tales errores y tanta soberbia como se revelaban en aquellos escritos impulsaron al autor á patentizar la impotencia de la terapéutica alopática.

empapados en aguardiente alcanforado, hasta hacerles saltar sangre por todos los poros de su cuerpo. Por lo demás, á unos se les daba nieve, á otros agua hirviendo; á estos preparados de ópio, á aquellos el vomipurgativo de Leroy; en unas localidades se sangraba, en otras no; y despues todos decían que su tratamiento habia sido el mejor. Ningun médico, al decir suyo, perdió mas del 12 al 15 por ciento de sus enfermos. Las estadísticas oficiales sacaron en todas partes del 60 al 70 por ciento de defunciones, sin que en el éxito influyera, por lo visto, la diferencia de tratamiento.

El Gobierno envió al extranjero profesores distinguidos para que averiguaran qué cosa era el cólera, y debieron resolver el enigma, toda vez que se les asignó una crecida pensión, que todavía cobran sus viudas. Practicaron alguna autopsia, aun cuando sobre esto hay quien tiene sus dudas, registraron el estómago, los intestinos, el corazón, todos los escondites del cadáver, y al fin encontraron el cólera. Solamente que unos creyeron verlo en el estómago, otros en la sangre ó en otras partes, y no se pudieron entender.

El cólera se marchó cuando bien le plugo, se llevó casi todos los individuos á quienes invadió, salváronse muy pocos, y la medicina ortodoxa, repuesta un tanto del susto, se propuso estudiar esta materia, para que en otra ocasion no la cogiese desprevenida.

Veinte años habian trascurrido, y nadie soñaba siquiera con el cólera, ni le tenia miedo, porque las Facultades y Academias de medicina, y todos los médicos por consiguiente, sabian ya cuanto hay que saber sobre el cólera.

¡Veinte años en el siglo XIX! Es un período que equivale á veinte siglos de las pasadas épocas. ¡Pues no es nada que digamos la rapidez con que se progresa ahora en todo!

Los médicos del año 34 eran niños de teta comparados con los del 54.

Era un asombro lo que en este último se sabia con respecto al cólera.

Así fué que cuando este señor nos visitó por los memorables años de 1854 y 1855, todos estaban pertrechados y armados, como quien dice, hasta los dientes, porque, como hemos dicho antes, en las escuelas ya se había enseñado, no solo á curar el cólera, sino también á preservarse de él.

No hubo, es verdad, tampoco uniformidad de acción. Esto hubiera sido contrario á la filosofía del siglo, filosofía ecléctica, hija legítima de la baconiana, ó cuando menos nieta suya; y por lo tanto cada cual eligió sus medios con arreglo á su razón individual, toda vez que estos medios, por heterogéneos y aun antagonistas que fuesen, estaban dentro del dogma, y pertenecían al comun almacén científico.

A unos coléricos se los narcotizaba con ópio, á otros se los emborrachaba con ron ó aguardiente, á otros se les llenaba el estómago de hielo, á algunos se les cocía y quemaba por dentro y por fuera, y hasta hubo quien propuso se les metiera en un horno como si fueran tortas.

Hubo también específicos; se hablaba de que el bicarbonato de sosa los curaba á todos; se repitió, como en el año 34, el vomipurgativo de Leroy; no faltó quien dijera: «el cólera es una intermitente perniciosa, y se cura infaliblemente con la quina.» También se sangró en abundancia, y hasta pueblos en masa se sangraban por vía de medio preservativo.

En otras partes se purgaban, para libertarse del mal. Todos estos y muchos más remedios se emplearon con un resultado maravilloso.

Es verdad que de los casos llamados *fulminantes* se murieron todos; como por milagro se salvó uno entre ciento.

De los casos graves, aun cuando no tan ejecutivos, sucumbieron la mayoría, unos á las 24 ó 30 horas de la invasión, otros después de algunos días, y habiendo el mal degenerado en tífus. De esta segunda sección se salvaron un 20 ó 25 por ciento.

Los enfermos atacados de un cólera benigno, de lo que se llama *colerina*, curaban casi todos, sin más que sujetarse á una buena higiene.

El honor de las restantes curaciones se debió á la terapéutica.

El cólera, se paseó, pues, por la Península, riéndose á carcajadas de la medicina y de los médicos; los cuales mas de una vez cooperaron con su aturdimiento y con su mucho hacer á los deseos del funesto viajero. Médico conozco yo que ensayó, en centenares de coléricos que tuvo que asistir, cuanto él habia leído en obras y periódicos, cuantos remedios por entonces se publicaban, por extravagantes que parecieran, desde la quinina por dracmas hasta los mastranzos, desde los medios refrigerantes hasta los más poderosos caloríferos, desde el ron hasta las sangrias; todo, en fin, cuanto á su noticia llegaba, fuese procedente del vulgo, ó tuviese algun viso de autorizacion científica; y despues de tanto ensayo pudo al cabo formular la sintesis del tratamiento del cólera, sintesis que establece la unidad y armonia en la práctica.

Su sintesis fué esta:

Todos los tratamientos empleados para combatir el cólera, ya estén basados en las teorías vitalistas, ya en las organicistas, ya en las químicas; compónganse de medios racionales ó empiricos, autorizados por los médicos ó por el vulgo, todos son iguales, pues dan el mismo resultado, si bien en muchas ocasiones tiene ventajas el no hacer nada.

Durante los citados años, las estadísticas oficiales volvieron á arrojar los mismos guarismos de un 60 á un 70 por 100 de defunciones. Algunos profesores se apresuraron á publicar, que ellos habian perdido nada mas que un 20, un 15, un 8, ó un 5 por 100. La sociedad es muy injusta, y no les hizo caso.

Hoy, es decir, diez años despues, nos amenaza de nuevo ese maldito cólera, pues no es de aquellos que dicen: *vámonos de aquí, que ya me han conocido*: sino de los que se encogen de hombros, exclamando: *¿y á mí qué?*

En algun pueblo de España ha comenzado á ejercitar sus habituales gracias, y es tan simpático, que arrastra consigo á cuantos tienen la dicha de que les haga una morisqueta.

Pero lo que es ahora, se vá á llevar un solemne chasco, si intenta dar otro paseo por nuestro territorio.

¿Vds. saben lo que se ha adelantado en diez años?

¿Ignoran acaso la altura á que ha llegado la terapéutica, auxiliada por la anatomía patológica?

Si desde el año 34 al 54 se adelantó mucho, se ha progresado una atrocidad desde el 54 al 65; y se sabe, cuando menos, tanto como entonces. Así es que hay seguridad completa de que se salvarán cuantos sean invadidos muy benignamente por el cólera, y este los quiera dejar todavía para que la medicina tenga triunfos con que enorgullecerse.

Siendo tan consolador el estado de defensa en que se encuentra la medicina ortodoxa, llamada vulgarmente *alopática*; estando provista de medios tan seguros de curacion, y hasta de preservativos, en presencia del cólera asiático; hallándose tan garantizada por ella la vida de todos los individuos, es ridiculo pueril, é injusto ese temor que se apodera de las gentes al oír hablar del cólera.

¿Quieren preservarse de esta ligera é insignificante indisposicion? No tienen que hacer mas, sino sangrarse ó purgarse de cuando en cuando. Y si por casualidad son invadidos del cólera, á pesar de tan eficaces é infalibles medios preservativos, acudan á la medicina ortodoxa, la cual los curará á todos, empleando cualquiera de sus muchos y variados tratamientos, á gusto de los enfermos y de los médicos, pues todos los medios son de éxito exactamente igual.

Ahora bien: ¿no es una demencia que la escuela Homeopática venga ofreciendo sus glóbulos como agentes preservativos y curativos del cólera? ¿No es hasta ridiculo que los médicos de esa bastarda escuela, y la multitud de aturdidas familias que en ellos creen, nos vengán asegurando que con sus medicamentos dinamizados y en dosis infinitesimales, se han preservado el mayor número de los individuos que los tomaban en las pasadas invasiones del cólera, y que curaban más que con los remedios de la alopátia? Pretender rivalizar

con la medicina ortodoxa, tratándose del cólera, es una demencia.

Pudiéramos transigir con remedios no aceptados por la alopatía, si nos ocupáramos de otras enfermedades, contra las que la terapéutica de la medicina secular está más desarrollada.

Por ejemplo, la fiebre amarilla, la peste de Levante, esos dos compañeros del cólera; las viruelas malignas, el tífus europeo, enfermedades de las que se mueren casi todos los atacados, porque la medicina ortodoxa no posee todavía agentes bastante eficaces que oponerles.

Ó bien si se tratara de las fiebres intermitentes, que cuando se empeñan en burlarse de la farmacología, hacen la desesperación de los médicos, pues aun cuando con los preparados de quina haya la seguridad de cortarlas, se reproducen cuando quieren; y á fuerza de dar tanta quina se desarrollan otras enfermedades y lesiones, que son peor y más incurables que las intermitentes.

Ó bien, si se tratara de la sífilis, de ese proteo que vuelve locos á los médicos, porque si lo desalojan de un lado del cuerpo aparece en otro, y si cura la gonorrea ó la úlcera, viene la didimitis, ó las inflamaciones á la garganta, ó la tisis laríngea, ó las oftalmias que dejan ciegos ó tuertos á los enfermos, ó los dolores á los huesos y las cáries de estos, etc., etc.

Si se tratara de la tisis, que la alopatía no se halla aun en estado de poder curar, de la tabes mesentérica, de las escrófulas, del raquitismo, del cancer, de lesiones orgánicas, como la hipertrofia del corazón, los aneurismas, ó bien de las manifestaciones herpéticas, que como todas las alteraciones locales dependientes de diátesis ó vicios generales, no se curan en su gérmen, y sí en sus manifestaciones (1), pero á espensas del desarrollo de otra enfermedad más grave.

Si se tratara del reumatismo, de las multiplicadas formas

(1) Así lo dice el doctor Olavide y muchísimos médicos que valen menos que este.

suyas, de esos dolores de estómago rebeldes á todo tratamiento, de esas dispepsias ó perturbaciones de la digestión que á nada ceden; ó del histerismo, deshonra de la medicina, porque nada puede contra sus múltiples manifestaciones; ó de la epilepsia, ó del corea, ó del asma, ó de las hidropesias, y de otra multitud de dolencias crónicas, que la farmacología desahucia, y tiene que relegar á las aguas minerales, porque con estos agentes es con lo único que algunas se curan.

Si se tratara de las apoplejías del cerebro ó del pulmon, de las pulmonías, de las enfermedades agudas ó crónicas del hígado, de las disenterias, de la melena, de las inflamaciones de la vejiga de la orina, de centenares de enfermedades agudas, incurables en su mayor número, pues muchas pueden más que la terapéutica y acaban con los pacientes ó pasan al estado crónico y duran toda la vida.

Si se tratara de esas neuralgias rebeldes, que no ceden á los mas recomendables agentes de la terapéutica secular, de esas jaquecas pertinaces, de los dolores de muelas, ó finalmente de los sabañones, podriamos hacer la vista gorda, y dejar que la homeopatía se ensayara en todo eso que la alopatía no puede curar.

Porque, ya lo hemos dicho, la medicina ortodoxa no cura hoy ni la fiebre amarilla, ni la peste de Levante ni el tífus europeo, ni las fiebres pútridas, ni la viruela maligna, ni las intermitentes, ni la sífilis, ni el herpetismo, ni las escrófulas, ni el hidrocéfalo, ni el raquitismo, ni las lesiones orgánicas, como las hipertrofias del corazon, las alteraciones de sus válvulas, sus aneurismas, los infartos del hígado y del bazo, ni los cánceres, ni la tísis, ni la tabes mesentérica, ni las cistitis, ni los cálculos, ni la epilepsia, ni el corea, ni el tétanos, ni la pústula maligna, ni las multiplicadas formas del histerismo, ni las diátesis, como no sea en escaso número de sus manifestaciones, ni el reumatismo, ni las apoplejías, ni las pulmonías, ni el croup, ni las anginas malignas de otros órdenes, ni las neuralgias, ni aun siquiera los dolores de muelas ni los sabañones.

Esto no quiere decir que alguna vez no cure alguna de las citadas enfermedades, ó de cualquiera otra de las mil tenidas por incurables. Mas esto es la excepcion, siendo la regla general la incurabilidad de ellas.

La medicina ortodoxa no desespera de llegar á curarlas todas, mayormente ahora que la química por un lado, y la cirugía por otro, hacen tan rápidos progresos; y no está lejano el día en que analizados los humores y los sólidos, se encuentren los reactivos para curar con ellos todas, absolutamente todas las enfermedades, con la misma seguridad con que el nitrato de plata descompone un cloruro de una disolucion en que este se halle contenido; y lo que no haga la química lo completará la cirugía, cortando por lo sano los órganos dañados.

Entre tanto, tolérese en buen hora que la cándida Homeopatía cante sus triunfos en esas dolencias, conseguidos á favor de sus infinitesimales, basada en su absurda ley de la similitud, y en su no menos tonto principio del dinamismo.

Pero tratándose del cólera, ya es otra cosa. Es una cuestion acerca de la cual no es posible transigir. Siendo una enfermedad, contra la cual la alopatía tiene tantos y tan poderosos medios; habiendo una evidencia del triunfo; estando los hechos que hablan tan alto en favor de los tratamientos de la medicina secular; pudiendo siempre asegurar la curacion de los coléricos; y poseyendo hasta medios preservativos infalibles, sería una locura permitir que se aconseje la Homeopatía contra la enfermedad del Ganges, ni cosa alguna que se encuentre fuera del dogma de la alopatía.

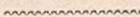
Puede aceptarse, sin embargo, cualquier remedio, preconizado por alguna vieja, cualquier planta encontrada por un pastor, cualquier preservativo que diga poseer algun *quidam*, cualquier recurso indicado por una monja, las sábanas empapadas en vinagre para envolver con ellas á los coléricos, y en fin, todo lo que sea empirismo, rutina, charlatanería, remedios sin base científica, desposeidos de racionalidad, por-

que nada de esto se opone al dogma alopático, antes al contrario, todo cabe en él, menos la Homeopatía, por más que digan que esta es una doctrina, y la ejerzan millares de médicos con el beneplácito de millones de familias.

No hay, pues, que temer al cólera asiático, siempre que los pacientes se entreguen á la medicina secular, cuyos poderosos recursos, cuyo éxito deslumbrante, cuyas portentosas curaciones, cuyos eficaces preservativos, hemos puesto de relieve en la presente carta.

Soy de Vds., Sres. Redactores, atento amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

Setiembre 4 de 1865.



14.

(Continuacion de la anterior.)

ESTADO ACTUAL DE LA ALOPATIA CON RELACION AL TRATAMIENTO
DEL CÓLERA.

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Muy señores míos y apreciables amigos: Las circunstancias excepcionales en que nos encontramos, me obligan á remitir á ustedes mis cartas con mas frecuencia de lo que acostumbro. Mé he impuesto el deber de demostrar las excelencias de la terapéutica de la medicina ortodoxa y sus muchos é infalibles medios de curacion en el cólera asiático, y esto me determina á sacudir mi habitual pereza.

El cólera se nos ha metido como en país conquistado, y se posesiona, con todo el desenfado que le caracteriza, de poblaciones tan importantes como Valencia, Barcelona, las Baleares, Cartajena, Sevilla, etc., etc; y en Madrid mismo vá *picando*, como dice el vulgo.

Somos felices, porque la alopatía tiene ancho campo en donde lucirse. La prensa médica, infatigable en el cumplimiento de su mision, nos da cuenta de los portentosos medios curativos de que dispone la escuela alopática, los cuales se aumentan de dia en dia en número asombroso.

Yo no sé como hay quien se muere del cólera, siendo así que detrás de cada esquina se encuentra un remedio infalible.

Porque es preciso que sepan ustedes y todo el mundo, que el cólera asiático se cura con cualquiera de los siguientes remedios: (1) con el ópio, con el cocimiento blanco, con el láudano liquido, con el éter, con el percloruro de hierro, con el ácido fénico, con el aceite de enebro, con la *lobelia inflata*, con el carbonato de sosa, con el carbon vegetal, con la flor del kouso, con la magnesia calcinada, con la esencia de anís, con el vomipurgante de Leroy, con los ajos crudos, con el acetato de amoniaco, y con otra multitud de sustancias eficaces á cual mas; sin contar con los cien preservativos que se han anunciado, mediante cuya virtud está uno libre para siempre de la terrible enfermedad que hoy es el coco de las gentes pacíficas.

¿Quién no ha leído en los periódicos el anuncio de los *trociscos aromáticos desinfectantes* con los que se matan los seres invisibles y nocivos que engendran el cólera? Parece, segun afirman humanitarios profesores, que á los coléricos se les meten en el cuerpo ciertos animaluchos, peores que los diablos; y la ciencia ha descubierto la manera de envenenarlos (á los animalillos, no á los coléricos.)

¿Quién no ha visto en *La Correspondencia de España*, número 2.775, un anuncio *interesante*, de un descubrimiento *debido á la casualidad*, hecho por médicos alópatas (no es cosa de profanos), y con cuyo remedio se cura el cólera, mejor que con cuantos medicamentos se han recomendado hasta ahora? Ignoro la composicion del específico; pero hay quien asegura contiene mucho jabon. Se vende por pura filantropia en la ACADEMIA MÉDICO-QUIRÚRGICA MATRITENSE, y en el número 10 de la calle de Toledo, TIENDA DE CUCHARAS!!!... (2)

(1) Todos estos remedios y muchos mas se recomendaban todos los días por los periódicos médicos como eficacisimos para curar el cólera.

(2) Histórico; así se publicó el anuncio de la venta de este remedio, sin que la Academia protestara ni rectificase á pesar de la aparicion de esta carta.

El tratamiento del cólera está lleno de específicos. El *desideratum* de la terapéutica ha sido en todo tiempo encontrar á cada enfermedad su correspondiente específico, y hasta ahora era una rareza contar con alguno de estos para tal ó cual afecto morboso. Sin embargo, el cólera los tiene á millares.

Es un hecho que, dado el específico, la enfermedad queda destruida. Con el cólera sucede otro tanto, pues cualquiera que sea el específico de que se eche mano, de los muchos que he mencionado, ó de la multitud que he omitido, la enfermedad concluye, puesto que el enfermo se muere por regla general, ó se cura por escepcion; y de uno y otro modo, el cólera queda terminado.

Á la curiosidad de mi doncella debo el conocimiento de otro específico. Cuando entró esta mañana á servirme el chocolate, noté con estrañeza que estaba fumando un cigarro como una estaca. Preguntéla sobre semejante estravagancia, y me contestó:—Señor, yo tengo mucho miedo al cólera, y como he leído en un periódico, *de aquellos que no sirven*, que un médico asegura que ningun fumador se ha muerto del cólera, he comprado unos cigarros, y voy á fumar mientras dure la epidemia. Solo que se me ocurre una duda, pues no sé qué será mejor, si cigarrillos de papel, fumar puro, ó en pipa.—La pipa te hará mas provecho, la respondi, encargándola buscase el periódico en que habia leído esta propiedad del tabaco.

En efecto, me trajo luego *La España Médica* del dia 7 de setiembre último; y en dicho periódico se asegura que los *fumadores de pecho, de tabaco bueno*, no se mueren del cólera.

Al pronto sospeché si seria esto un recurso del ministro de Hacienda ó del Contratista de tabacos; pero luego desistí de este pensamiento, en razon á que se encarga que el tabaco sea bueno.

Por mi parte acepto el específico, y les envio estas cuartillas perfumadas con el humo de una breva, para que ni á ustedes ni á mi nos atrape el asiático.

La *brevia* no es del estanco, pues yo no tengo *brevas* del Gobierno.

Supongo enterado al público de otro recurso eficacísimo y suave, del que pueden servirse los que por desgracia sean acometidos del cólera.

El remedio á que aludo ha debido inventarse por algun herrador de los que siguen el método de poner las herraduras á fuego, pues consiste en aplicarle al colérico unos hierrros hechos ascua en las plantas de los piés.

Así lo han dicho los periódicos médicos, y así se ha puesto ya en práctica en algun caso.

Me parece esto susceptible de ampliación. ¿No seria mejor poner tambien al paciente herraduras en las manos? De este modo podia marcharse á cuatro patas, trotando ó galopando, al otro mundo á lucir sus cuatro herraduras flamantes, último descubrimiento de la medicina secular.

Estoy admirado de tanto talento como hay ahora en los médicos de la escuela antigua, del criterio de sus periódicos, y del tino y sabiduría de los Gobiernos.

En este largo período que llevamos de epidemia se han aguzado todos los ingenios, se ha puesto en relieve la suprema inteligencia de todos los medicastros; la alopatía ostenta orgullosa sus triunfos, y su prensa discute y pregona los específicos á millares.

Parecen los periódicos médicos esquinas llenas de anuncios, ó kioskos de la puerta del Sol.

Ahora se discute mucho. De la discusion, del choque de las opiniones brota la luz, como del choque de las nubes brota el rayo.

El conocimiento de la formacion del rayo dió origen al descubrimiento de los *para-rayos*. Del conocimiento de la luz que despide la alopatía, surgirá el descubrimiento de un *para-alopatía*, más necesario y mas útil que el *para-rayos*.

Del choque entre los ajos y las cebollas, de la discusion sobre las herraduras á fuego, sobre el específico de la tienda

de cucharas de palo, sobre la eficacia del ácido fénico, de la estriénina, del subnitro de bismuto, del acetato de plomo, del sesquicloruro de hierro, del bicarbonato de sosa, etcetera., etc., etc., saldrá el axioma de que ya el cólera se cura infaliblemente por uno de estos poderosos remedios.

¿No sería mejor hacer una mezcla con ellos, y tendríamos una panacea para todos los casos de tan endiablado mal, que va á volver los sesos agua á tan distinguidos varones que sin descanso se ocupan en inquirir el medio seguro de curarle?

La teoría, la razon filosófica, confirman esos grandes descubrimientos; y aquí está la prueba. Lo que importa mas en el cólera es provocar la reaccion para que se levanten las funciones deprimidas; es así que el ópio es un deprimente de la vitalidad, un apagador de la vida, luego con la administracion de este medicamento se logrará la reaccion que se busca (1) Al enfermo que pierde el pulso, á aquel que tiene helada la piel y el aliento, denle ustedes ópio, y verán que calentito se pone. En buena terapéutica alopática, los narcóticos activan las funciones y dan energía á las fuerzas radicales de la vida. Esto en cuanto á los vitalistas.

Los químicos discurren de otro modo. Por ejemplo: en el cólera hay un exceso de ácido oxálico en el estómago; con el bicarbonato de sosa se forma un oxalato, sal inofensiva que se arroja fuera, y el enfermo queda curado. Ó bien: el ácido fénico destruye el color azul de la tintura de violetas; es así que los coléricos se ponen azules, luego dándoles ácido fénico se volverán rojos, y el mal quedará extinguido.

Los contrarios se curan con los contrarios los coléricos se quedan frios como la nieve; luego el calor, ya por medio de las herraduras, ya de otro modo, es el agente eficaz é infalible para curarlos. Los químicos han demostrado que no hay mas que un calórico, y por consiguiente lo mismo es el calor vital, que el calor de la fragua de cualquier herrero; y lo mismo da que el enfermo se caliente con calor emanado de sus

(1) Esta era una de las doctrinas sustentadas en la prensa médica alopática.

centros vitales, que con el que se desprenda de una estufa ó de unas botellas llenas de agua hirviendo.

Ha llegado á mi noticia que uno de estos dias reunió el señor ministro de la Gobernacion á las supremas inteligencias de la medicina ortodoxa, de la medicina oficial, de esa medicina que ha salvado tantas víctimas del cólera; y hé aqui un resumen de la conferencia.

El Ministro. Señores, ¿qué hay de cólera?

Uno. El cólera está en Madrid.

El Ministro. Pues no hay que decirlo. Y, sepamos, ¿la medicina oficial está de acuerdo acerca de la causa del cólera?

Varios. Sí, señor, el cólera es...

Uno. Una enfermedad que se trasmite por contagio.

Otro. No hay tal contagio. Es una infeccion atmosférica.

Otro. Depende de la falta de ozono en el aire.

Otro. Yo he demostrado ante todos los Gobiernos de Europa y de América que la causa del cólera son unas moscas que se meten por la boca y la nariz, y se espelen mezcladas con los escrementos en forma de larvas. Estas larvas mudan la piel cuatro veces.

Otro. Las cuarentenas son inútiles.

Varios. Si se observaran no habria contagios.

El Ministro. Pero, señores, ¿qué es el cólera?

Muchos. El cólera es una enfermedad.

El Ministro. Quedo enterado. ¿Y saben ustedes curarla?

Todos. Sí, señor. Puede V. E. ensayar mi remedio cuando lo tenga por conveniente

Uno. Aquí tengo yo la estriecinina y el ácido fénico, con cuyos agentes se cura el 99 por 100 de los invadidos.

El Ministro. Hombre, ha sido V. muy egoista. ¿Cómo ha consentido V. que en Valencia, en Barcelona, en Palma y en tantas otras partes, se muera un 80 por 100, teniendo ese específico tan eficaz?

Varios. Lo hemos ensayado y no dá resultados.

El otro. Me apoyo en los hechos.

Varios. Y nosotros tambien.

Uno. El verdadero específico es una rastra de ajos atada á la cintura, y si á pesar de esto invade el cólera, se hace una cataplasma de los mismos ajos, y se aplica á la boca del estómago. (1)

Otro. Yo he visto morir muchos incautos que se habian sometido á ese tratamiento estúpido.

Otro. No hay mas preservativo que el carbon. En mi pueblo no se murió ningun carbonero en el año 55. Me refiero á los hechos.

Otro. Yo he visto morir en el hospital de Madrid muchos carboneros. Tambien yo cito hechos.

El Ministro. ¿Y qué opinan ustedes del alcanfor?

Uno. El alcanfor es una sustancia que huele bien.

Otro. Un medicamento difusivo.

Otro. Pero procede su uso de los homeópatas, y no debemos emplearlo.

Otro. Eso está ya remediado, pues en vez de llamarle *tintura ó espíritu de alcanfor de Hahnemann*, se le dice *licor de Hoffman*, y nada tienen que echarnos en cara.

Varios. De todos modos no es remedio ortodoxo, y hay que excluirle. Antes que usar una terapéutica que se asemeje á la de los homeópatas, preferiremos que se muera todo el género humano. Nada de alcanfor, ni de eléboro blanco, ni de arsénico, ni de ácido fosfórico.

Todos. Es verdad. Nada de homeopatía, aun cuando no se cure ni un colérico. El dogma antes que todo. Sálvense los principios, y perezca todo lo demás.

El Ministro. Soy de la misma opinion.

Uno. No hay que darle vueltas; el cólera se cura únicamente con el sesquicloruro de hierro, poderoso astringente que cierra todas las boquillas de los capilares de la mucosa intestinal, y no deja que el enfermo vomite ni haga lo demás.

Otro. Señores, no se puede ser exclusivista. Á cada sínto-

(1) Histórico.

ma su medicamento. Opio para contener el vómito; astringentes para cortar la diarrea; nieve para apagar la sed; ron para que se caliente el estómago y se alegre el enfermo; un horno para calentar la piel; el ácido fénico para quitar el color azulado; jarabe para que el paciente hable claro; cantáridas para que se entretenga en rascarse las pantorrillas; quina para entonararlo; sangrias y sanguijuelas para destruir las congestiones. Hé aquí el tratamiento más racional, apoyado en la práctica, y corroborado por la teoría.

Otro. Tengo que anunciar á V. E. un descubrimiento importante.

El Ministro. ¿Relativo al cólera?

Aquel. Por supuesto. Es el caso que un distinguido colega, un afamado operador, está escribiendo una Memoria sobre la causa del cólera y el medio de curarlo radicalmente. (1)

El Ministro. ¿Intenta hacerle alguna operacion?

Aquel. Una cosa parecida. Dice que el cólera está en el plexo solar.

El Ministro. Hombre, no nos subamos tan alto. No vayan ustedes á buscar el cólera en el sol, ni en los planetas.

Aquel. El plexo solar no es cosa del sol, señor ministro. Es un gran centro nervioso de la vida orgánica.

El Ministro. ¡Como yo no entiendo de medicinal!

Aquel. ¡Yo creia que en España los ministros entendian de todo!

El Ministro. Adelante.

Aquel. Pues señor, nuestro ilustrado colega, el operador famoso, propone la ligadura del plexo solar, ó la estirpacion completa si aquella no basta.

El Ministro. Hombre, eso debe ser peor que sacarle á uno los hígados.

Varios. Es una cosa parecida; pero es un invento atrevi-

(1) Algunos periódicos médicos anunciaron que el doctor Toca estaba escribiendo una luminosa Memoria sobre el cólera, por la época en que ya se iba estendiendo la enfermedad en Madrid.

do que honrará siempre al genio que lo discurre y tiene osadía para realizarlo.

El Ministro. Estoy admirado, señores, de tanto como se ha adelantado en la ciencia benéfica que ustedes cultivan. Sigán haciendo ensayos y esperimentos, y tengan confianza en el porvenir. No en vano son ustedes los representantes de la medicina oficial; no en vano los gobiernos la dispensan todo su apoyo; y en España puede contar con el mio, para gloria de la nación, para honra de la ciencia, para bien de la humanidad, para dicha de los pobres, y, finalmente, para consuelo de los tontos. ¡Oh alopatía! yo te bendigo, y te daré mi protección y hasta mi influencia moral. Digan ustedes, ¿cuántos coléricos se han muerto en el hospital?

Uno. Señor, todos los que han entrado, pues aun cuando quedan algunos se morirán tambien. Pero hay que advertir que habian comido pimientos, tomates, uvas, y otras porquerias; y ¿cómo quiere V. E. que les saquemos ya ese veneno del cuerpo?

El Ministro. Estoy satisfecho.

Muchos. Pues nosotros estamos en ay unas, y nos retiramos con su permiso.

El Ministro. Queda levantada la sesion. En su dia pondré al Gobierno los premios á que son acreedores, así como castigaré con severidad al que no haga lo que á mi me dé la gana. Adios, señores; hasta mas ver.

Aqui tienen ustedes la medicina oficial, orgullosa de sus triunfos, frente á frente del cólera morbo asiático. La medicina ortodoxa, guardadora fiel de los descubrimientos de todos los siglos, desde la pezuña de la gran bestia y el escremento de lagarto de los tiempos de Galeno, hasta el sesquicloruro de hierro del Dr. Vicente, y el remedio infalible de la tienda de cucharas de los Académicos de la calle de Capellanes; la medicina de las escuelas, la medicina del Estado, se ha conquistado en la presente época colérica una corona de rastras de ajos, que ceñirán orgullosos todos sus prosélitos como premio

de sus grandes elucubraciones. Y á fé que estarán hermosos los médicos con las tales coronas de cabezas de ajos. Hasta el mismo cólera va á soltar la carcajada cuando los vea de este modo coronados.

Sí, señores, *suyo es el porvenir, suya la gloria*. La terapéutica alopática se enriquece; sus fórmulas se han multiplicado al infinito, su *estado financiero* es el mas bonancible del mundo; no le afectan las crisis de los mercados de Europa. Ella marcha, porque es la medicina oficial, sobre todo en países como el nuestro, eminentemente católicos, apostólicos, romanos, y alopáticos, segun declaracion de un diputado en España y de su émulo un senador de Francia. (1)

¿Cómo han de querer los ciudadanos abjurar de la medicina de sus mayores? Los Gobiernos faltarian al mas sagrado de sus deberes si no conservasen íntegra la institucion tradicional de la medicina alopática, una de las bases en que se asienta el edificio social. ¿Qué seria del mundo sin la alopátia?

Vengan ahora los obreros de París á admirar los triunfos de esa medicina en la epidemia del cólera, y se convencerán de lo innecesarios que son los hospitales homeopáticos que reclaman.

La beneficencia pública tiene abundantes hospitales para todos los pobres, y en ellos se ensaya cuanto se indica que sirve para alguna cosa, como está sucediendo ahora con el cólera. Apenas se anuncia un remedio, ya se tiene en el hospital y se administra á los coléricos.

De este modo se va pasando revista á todos los *específicos*, y la sociedad saca la ventaja de que se la pueda decir mañana cuál de esos remedios es bueno y cuál es ineficaz ó nocivo.

Para algo han de servir los pobres.

En cambio la sociedad los mantiene y los acoge en los hos-

(1) Por esta época se discutía en el Senado de Francia si se debía ó no acceder á una peticion de la clase obrera para que se establecieran hospitales homeopáticos. Un Senador la combatió tan duramente como en España lo habia hecho el señor Mendez Alvaro, y la peticion fué desechada.

pitales cuando están enfermos. No hacen nada de más con servir de materia de experimentacion para averiguar los medios de curar el cólera, cuando lo padezcan los de otras clases del Estado, que contribuyen con su dinero para el sostenimiento de los asilos benéficos.

¿Y todavía habrá quien se acuerde de la Homeopatía? ¿Habrá quien crea conveniente y justo el establecimiento de hospitales homeopáticos para los pobres?

Estudien detenida y concienzudamente el estado de la medicina alopática con relacion al cólera asiático, y bien pronto desistirán de esa idea.

Ahi está Valencia, en donde sólo han muerto siete mil personas de ocho mil quinientas invadidas.

Ahi está Barcelona, Palma, Alcañiz, Caspe, Cartagena, Sevilla, y el hospital de Madrid, en donde solo mueren cuatro quintas partes de los coléricos.

¿Quién se atreverá á poner en duda los progresos de la medicina ortodoxa en lo que concierne á los medios de curar las enfermedades? ¿Quién tendrá motivos para desesperar de su terapéutica? ¿Quién, sino los pobres de entendimiento ó los ilusos, se acogerán á eso que se llama la *reforma terapéutica* ó la *medicina hahnemanniana*?

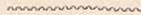
Basta. La pluma se me cae de la mano. ¡Pobre ciencia! ¡Pobre humanidad! ¡Desgraciados de los pobres que no tienen derecho á elegir los medios de curarse, y á quienes su triste condicion arrastra á un hospital, para que ensayen en ellos cuantos disparates y absurdos se le ocurran á cualquiera, sirviendo tal vez despues sus inanimados restos para que el escalpelo penetre en sus entrañas buscando *el asiento del cólera!*

Basta, sí, porque he comenzado una epístola humorística para lanzar á la frente de esa medicina-metralla todo el sarcasmo que merece, por la ignorancia, la obcecacion ó la escasez de entendimiento de los medicastro que la ejercen, y he concluido sin querer, y contra mis deseos, con reflexiones

sérias, ajenas al estilo que me he propuesto seguir en estas cartas críticas.

Soy de ustedes atento amigo y S. S.

Octubre 5 de 1865.



15.

EL EXODO MÉDICO Y LA FARMACOPEA OFICIAL.

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Muy señores míos: Á pesar del aprecio que ustedes me merecen, no lograrán con sus predicaciones pervertirme ni separarme del buen camino, porque yo soy ortodoxo y sigo al *patriarca de Roma*. (1)

Aun cuando no tuviera otro motivo para estar tan firme en mis creencias, bastarían los milagros que he visto durante la época de la epidemia colérica.

¡Qué abundancia de medios para combatirlo! ¡Qué variedad de recursos! ¡Qué seguridad de acción en todos ellos!

Desde el agua clara hasta el hierro candente, todo se ha puesto en práctica con éxito admirable.

Inyecciones por la piel con quinina y mostaza, el mercurio, la cicuta, el veneno de los perros dado sin morcilla, ó sea la estriknina pura, y, finalmente, todos los agentes de la Farmacopea se han empleado en los coléricos, con resultados pasmosos, lográndose portentosas curaciones, lo mismo con unos que con otros; consiguiendo hasta resurrecciones de al-

(1) El Dr. Calvo dirá quién es este personaje, pues así se espresó en una reunion de profesores en la que se hallaba presente el autor de estas cartas.

gunos que se habian muerto por no haber tomado bastantes drogas.

Solo que cada medicamento ensayado no servia mas que para un dia, habiendo necesidad al siguiente de sustituirlo con otro.

El triunfo no ha podido ser mas completo para la escuela tradicional, para la *medicina docente*, que cura los enfermos con *criterio antiguo*, el cual se despacha en todas las boticas y droguerías del Reino, á precios equitativos

Ahora se están ya formando las estadísticas, y de ellas resulta que se han curado mayor número de enfermos que invadidos hubo.

Los periódicos, y sobre todo la Real Academia, se ocupan de todas las cuestiones relativas al cólera, haciéndonos saber que es una enfermedad como otra cualquiera, insignificante como un constipado, de tratamiento seguro y muy conocido. (1)

Los que se dice haber fallecido de cólera han sido personas que, cansadas de este picaro mundo, se han hecho enterar vivas, sorprendiendo la buena fé de los sepultureros; y los que se han muerto de verdad, ha sido á consecuencia de *enfermedades benignas*, pero no del cólera. (2)

Por otra parte, los químicos saben ya lo que es este mal. Tanto como ha dado que discurrir, y ahora salimos con que se puede envolver en un papel y llevarlo en el bolsillo. Sí, señores, el cólera se recoge de la atmósfera en un pedazo de papel empapado en ioduro de potasio y almidon. ¿Hay cólera? el papel quedará blanco. ¿No le hay? el papel se pondrá violado. Luego el cólera no es otra cosa que el color blanco de un papel que tiene condiciones para volverse violado.

Con esto, y con el tratamiento y preservativos recomendados por la Real Academia, tenemos lo bastante para que las gentes no se asusten de la epidemia, ni nadie se muera de ella si reaparece en otra ocasion.

(1) Así lo dijo esta corporacion en un folleto que publicó.

(2) En este sentido procuraba la prensa alopatíca disfrazar la gran mortalidad que hubo en el cólera de 1865.

Veán ustedes si está bien justificado mi propósito de ser firmísimo prosélito de la secta ortodoxa, cuyo *Éxodo* ustedes no conocen sin duda, pues si lo conocieran abrirían los ojos á la luz de la verdad y abjurarían todos sus errores.

Con el deseo de convertir á ustedes, voy á referirles los principales versículos del *Éxodo alopático*, que son los siguientes: (1)

«Compadecido Dios de las grandes tribulaciones de su pueblo, llamó *al patriarca de Roma* y le dijo: «Habla á mi pueblo y manifiéstale que yo aniquilaré á sus enemigos; y á vosotros os conduciré al través del desierto hasta la tierra prometida.»

»Y despues de algunos dias subió *el patriarca* al monte, y dijo: Señor, ese pueblo está asustado con los milagros que hacen los magos de nuestros enemigos, y se alborotan contra mí, y gritan que mejor estarian con los Pharaones, porque en el desierto no tienen que comer.

Á lo cual contestó el Señor: «Vuelve y di á ese pueblo, que no sea tan bárbaro. Ya sé que mis hijos son muy duros de cervíz, y no creen en mi ni en mis milagros; no obstante lo cual haré llover el *maná* todos los dias para que se harten, y los conduciré á la tierra del *Chananéo*, del *Hethéo*, del *Amorraéo*, del *Academéo*, del *Faculteo* y del *Consejeo*, y todo será para vosotros; y haré morir de muerte á vuestros enemigos.

»Distribuye ese pueblo en tribus, de las cuales la primera será la de los *Sacrificadores*, y nombrarás gran sacerdote á Toc-Aaron, poniéndole un intérprete hasta que el pobre aprenda á hablar en público y dirigir grandes arengas, cual conviene á su oficio.

»Y escribireis un libro en nueve años, que será el *Código penal* de los que pecaren quebrantando su salud. Le titularéis *Farmacopea*; y á cada enfermedad le pondreis su correspondiente pena; añadiendo en otro, llamado *Petitorio y Tari-*

(1) Por este tiempo se publicó la *Farmacopea* oficial, que tardó 9 años en redactarla una comision nombrada por el Gobierno. Se copian y critican algunas de las muchas cosas disparatadas que contiene.

fa, las multas que han de pagar los infractores de las leyes de la salud.

Se exceptúan las penas mayores ó capitales, que quedan al arbitrio del gran sacerdote y los individuos de su tribu. Estos emplearán el cuchillo y el hierro candente cuando el delito sea muy grave, y no basten á purificar al enfermo las penas consignadas en el *Código-Farmacopea*.

»Á todo aquel que no orine corriente y claro, lo untareis con aceite de alacranes vivos.

»Y al que se quejare de cualquier dolor, le aplicareis una cataplasma de beleño. de camuesa ó de cicuta.

»Y al que tuviese *diarrea pasiva*, le pondreis al vientre una cataplasma de corteza de pan, de polvo de almáciga, de menta, de fruto de ciprés restrictivo, harina de cebada, vinagre y aceite de rosas; remedio que será infalible.

»Y al que padeciere una *diarrea activa*, no le pondreis la anterior cataplasma, sino otra compuesta de miga de pan blanco, leche, yemas de huevos y polvo de azafran.

»Y á quien necesite entonar sus nervios, destruir lo séptico que haya en su cuerpo, y purgarse al mismo tiempo, le hareis tomar el *decoctum antisepticum purgans*, compuesto de raiz de escorzonera, simiente de cidra, quina de Loja, contrayerba, sen, miel de sauco, jarabe de rosas pálidas y agua suficiente, con lo cual, estad seguros, curará y será purificado.

»Cuando alguna mujer tuviere *floja y apretada* á la vez su matriz, preparareis un emplasto *excitante antiespasmódico*, compuesto de trementina de pino, cera amarilla, polvos de gálvano, de incienso, de asafétida, de mirra, de resina ánima, de castóreos, de cominos y de aceite pirogenado de sucino; y aplicad la mezcla sobre el vientre de la mujer y quedará curada.

»Cuando necesiteis una accion astringente enérgica, echad mano de un *emplasto régio de pez de Borgoña*. Este ha de componerse de las cosas siguientes: pez negra, cera amarilla, trementina de pino, láudano purificado, hypócistido disuelto en

suficiente cantidad de cocimiento de fruto de ciprés y evaporado hasta consistencia de miel, de polvos de almáciga, de raíz de sinfito mayor, de bol arménico, y de hematites.

»Y á todo aquel que tosa recio y no escupa largo le dareis un *looc blanco*, que se hace con almendras dulces y amargas, azúcar blanco, aceite de almendra dulce, tragacanto, agua de azahar y agua comun.

»Y en casos extremos empleareis la *veratrina*, que es un purgante, y además un escitante de la inervacion motriz, segun la dosis!....

»Y le arrimareis un *julepe* á todo aquel que tenga un espasmo: el *julepe* será unas veces *moscado*, y otras sin *moscar*, segun los casos y circunstancias.

»Y escribireis en el dicho *Código penal* un millon de preparados farmacéuticos, diciendo cómo se hacen y para que sirven.

»No os olvideis del aceite del fraile, ni del oxigenado de Bañares, ni del agua celeste, ni de la litontrítica, ni de la de Rabel, ni del alcohol vulnerario, ni del bálsamo pleurítico, ni del tranquilo, ni del verde, ni del cerato de Galeno, ni de los variados clisteres, ni del cocimiento de azufais pectoral, del blanco, de camedrios, de gordolobo, de poligala, de taraxacon, y otros muchos; ni tampoco de los electuarios de multitud de clases; del elixir de Perylhe, del de Hoffman, del de larga vida, del elixir de propiedad, ni del emplasto bendito, ni del de cerusa, ni del devigo, ni del de contraroturas; así como tampoco del estomático, de meliloto, de ranas y de tacamaca; porque con todas estas cosas hareis grandes maravillas vosotros y todas vuestras generaciones. Lo de meliloto sobre todo es muy importante, porque melilotos serán los que se sometan á vuestras prescripciones.

»Asimismo consignareis las emulsiones de Brunero, de Fuller, la de simiente de cáñamo y la de simientes frias; y las muchas especies ó especias de todos sabores, aperitivas, aromáticas, cordiales, frias, pectorales y sudoríficas; y prepara-

reis cien extractos, de algarroba, de catecú, de hiel, de lechuga, de azafran, de colombo, de cainca, de guarana, y otros muchos, con los cuales curareis los tísicos, los catarrosos, los quebrados, los que tengan tiña y lepra, los tuertos y los tullidos, los que estén, en fin, enfermos por dentro ó por fuera, por el derecho ó por el revés, por arriba ó por abajo.

»Y tendreis muchos jabones para las varias manchas del cuerpo: el calcáreo, el medicinal, el de rosa amigdalino, el animal, y algunos otros, con los cuales quedarán limpios y purificados vuestros enfermos.

»Y confeccionareis para los golosos jaleas, jaletinas y jara-
bes de achicorias, de ajenos, de amapolas, de ápio, artemisa, de las cinco raices, de claveles, de culantrillo, de espárrago, de frambuesa y de fresa, de limon, de líquen, de peonia, de violetas, de vinagre, para que no todo sea dulce sino que esté alguno agrillo y aun amargo.

»Y compondreis pildoras balsámicas, y de cinoglosa, y benedictinas, y escilíticas, y de Morison, y de Meglin, y de otras cien clases; así como pociones anticólica, antiemética, antiespasmódica, gasífera, estibio-opiada, sedante, laxante, gomosa y otras muchas. Igualmente habeis de tener multitud de pomadas, como la de aconitina, la de camuesa, la de sauco, la de tomate, la de yemas de álamo; gran número de tinturas, de tisanas, y de ungüentos, sin olvidar los de Agripa, el de Alderete, el de arrayan, el de la Condesa, el de colofonia pálido, el de la Mere, los digestivos, los de plomo, y otros mil que se os ocurrirán por mi inspiracion.

»Y la clasificacion científica, inmutable, de los medicamentos y de las medicaciones será esta: anodinos, aperitivos, astringentes, antiespasmódicos, antisépticos, antireumáticos y todos los *anti* que se os antojen; así como tambien calmantes, carminativos, deterrentes, demulcentes, emenagogos, eméticos, fundentes, incipientes, purgantes minorativos y mayúsculos, neurosténicos, tónicos, etc., etc., etc.

»Y los que no crean en estas cosas, serán excluidos de la

comunion de los fieles, y declarados impíos, porque no hay progreso posible mas allá del *Código penal-farmacopea*.

»Cuando alguno pecase contra las leyes de la salud, será llevado á la tribu correspondiente, y se le aplicará la pena señalada para su falta en el *Código*, imponiéndole una multa, que será: (1) cuando se le castigue con alcaloides, de 4 á 10 reales por cada grano; los aceites desde 2 reales hasta 160 la onza; algunos acetatos llevarán aneja la multa de 8 duros la onza; el agua lleva aparejada ejecutoria de 2 á 24 reales libra, segun su olor y sabor; ciertos alcoholes irán acompañados de una exaccion de 5 duros por cada libra; las cataplasmas desde 4 á 12 reales libra, los cocimientos desde 4 á 16 reales.

Los castigados con electuarios pagarán 6 reales por cada onza; los que lo sean con emplastos, abonarán igualmente por onza desde 3 á 10 rs.; las emulsiones no pasarán de 8 reales libra; las esencias no excederán de medio real la gota, como los extractos tendrán de *máximum* un real por cada grano; y así de todas las demás cosas que se harán pagar á buen precio, para que escarmienten los infractores. Por los papeles en que envolvais los medicamentos les hareis abonar un realito de propina por cada docena. (2)

»Esta es mi voluntad, que comunicarás á tu pueblo, para la fiel observancia de cuanto te dejo dicho.

»Y asimismo construireis un arca de maderas de setim, de mil codos de profundidad y un codo de anchura, para meter en ella el *Código-Farmacopea* y el *Petitorio-Tarifa*, ó sean los libros de las penas. Y pondreis al arca argollas de oro en sus costados, y la llevareis al templo para rendirle adoracion.

»Y haré un milagro que asombrará á todos. Y este milagro será inmortalizar y convertir en querubines á los nueve varones á quienes he dado ciencia infusa para escribir esos libros,

(1) En este párrafo se hace alusion á las tarifas farmacéuticas, consignadas en la nueva *Farmacopea*.

(2) Así está consignado en la tarifa, que marca, como se vé, hasta lo que han de cobrar los farmacéuticos por los papeles de envolver los medicamentos, y todo á precios exorbitantes.

porque son mis hijos predilectos, salidos del muslo de Jacob. (1)

»Y los nueve querubines estarán por toda la eternidad delante del tabernáculo, guardando el arca santa, que contiene el mejor de los libros.

Y aun cuando te parezcan muy feos para querubines, haré bajar una nube, que se posará delante de ellos, á fin de que las gentes los vean turbios y no se rian ni se mofen de ellos. Así como del barro hice un Adán, también de un feo boticario puedo hacer un querubín

»Además de todas estas cosas, habrá penas mayores para graves delitos, las cuales quedan al arbitrio de los Sacrificadores.

»El que naciere chato ó perdiere la nariz, será llevado delante de Toc-Aaron, para que le haga otro apéndice, aun cuando sea con una oreja.

»Y el que enfermase de los ojos, acudirá á la tribu de los sacerdotes, para que se los pinchen y se los raspen hasta dejárselos limpios de toda impureza.

»Y al que tuviere úlceras, se le separará del campamento, y se le cortará por lo sano, sin cuyo requisito no será admitido entre los demás.

»Los dañados de las entrañas se dejarán también abrir su cuerpo para sacarles el redaño ó los riñones, ó cualquiera otra parte que estuviese averiada.

»No se consentirán mujeres enfermas de la matriz; y la que no curase con lo consignado en la Farmacopea, acudirá al templo para que su matriz sea estirpada ó quemada, según lo acuerde la tribu de los sacerdotes.

»Todo esto ha de ser observado puntualmente, sirviendo además de pauta para los casos análogos.

»Tales preceptos son mis leyes de la salud, y de la curación de los males del cuerpo.

(1) Nueve fueron los profesores, entre médicos y farmacéuticos, que confeccionaron la Farmacopea, todos ellos notabilidades en su carrera.

»En ellos estriba la salvacion de la humanidad. Los que los acaten y cumplan pertenecen á mi pueblo elegido.

»Perseguireis de muerte á cuantos los desprecien, porque no son los hijos de Dios.

»Y con estas condiciones os conduciré al través del desierto, pondré término á vuestras tribulaciones, y os daré posesion de la tierra prometida.»

El patriarca obedeció la voluntad del Señor, dió cumplimiento á cuanto le habia ordenado, y escribió el libro cuyos versículos quedan trascritos, llamándole *El Éxodo médico*.

Veán Vds. si tengo ó nó motivos para ser ortodoxo, para cerrar los ojos á las seducciones de los tiempos, para creer ciegamente cuanto está consignado en los libros del pueblo elegido, para rechazar lo que la razon alegue en contra, porque la fé está por encima de la razon y no se armoniza con ella.

Las profecias están cumplidas.

Se ha terminado la Farmacopea, elaborada en un espacio de nueve años.

Ha sido un período equivalente á una gestacion humana.

El feto sufre su evolucion en nueve meses.

En nueve años ha tenido la suya la Farmacopea, confeccionada por nueve ingenios.

¡La Farmacopea! síntesis de todos los conocimientos médicos, de los progresos de 24 siglos, asume en sus páginas imperecederas todo lo que hoy se sabe, todo lo útil, todo lo conveniente, todo lo positivo, todo lo práctico, todo lo que la humanidad necesita para curarse sus dolencias físicas, habidas y por haber.

¡La Farmacopea! es el gran monumento que el siglo XIX levanta en holocausto de la ciencia; es el arca santa que guarda tesoros inmensos de sabiduría.

¡La Farmacopea! es el libro indispensable en toda biblioteca, porque á lo que contiene sus páginas está reducido cuanto hay que hacer para curar los males de la humanidad.

Yo me extasio con su lectura.

Es una salmodia continuada; cada línea un rayo de luz que ilumina mi inteligencia, que reanima mi espíritu, que fortalece mi fé, que aviva mi esperanza, que despierta mi caridad en favor de los nueve ingenios que lo engendraron y parieron.

Embarazo de nueve años; parto laborioso; pero al fin de fruto robusto, rozagante y frescote.

Despues de la *Llave de oro medicinal de Daza*, no conozco otro libro mejor que la *Farmacopea*.

Si pudiera ponerse al alcance del público para que comprendiera su valor inmenso, pediria á voz en grito que se diese el título de Excelencias y aun de Altezas á sus autores. (1)

Pero si no alcanzan ese premio justísimo acá en la tierra, la profecía se cumplirá, y, como dice el *Éxodo*, serán inmortalizados y trasformados en querubines, para guardar por toda una eternidad el arca en donde ha de encerrarse su obra, y delante de la cual se postrarán todas las generaciones para bendecir y admirar tanto ingenio reunido en tan pocas cabezas. Y no será mucho que se haga grabar en mármoles el famoso NON PLUS ULTRA, que rara ó ninguna obra humana alcanza, pero que le corresponde por el voto unánime de sábios y profanos á la *Farmacopea oficial de 1865*.

Poco mas ó menos estaba en los tiempos de Galeno; así atravesó el período arábigo, la edad media y el siglo XVIII. Poco mas ó menos era la del año 1817. Los libros sagrados no consienten reformas ni interpretaciones.

La mision de la Escuela tradicional es conservar todo lo antiguo y no consentir alteraciones en la materia médica ni en la posologia. La *Farmacopea* se mantiene pura como en los tiempos de las tablas votivas. ¡Loor eterno á sus autores!

Vengan en buen hora las reformas teóricas, unos con los adelantos quimicos, otros con los anatómicos, otros con subli-

(1) El Gobierno concedió algunas condecoraciones, y aun grandes cruces, á los autores de la *Farmacopea*.

mes concepciones vitalistas. Pero todo eso quédese para hablarlo ó escribirlo.

Lo que es en la práctica, todos han de acudir á los mismos medios para tratar las enfermedades; el químico como el vitalista, el horganicista como el humorista, se servirán de iguales emplastos, cataplasmas, pociones, pildoras y polvos, porque lo mismo sirven de reactivos que de agentes dinámicos; lo mismo valen para arreglar los sólidos que los líquidos.

¡Qué nueve años tan bien empleados! ¡Oh, y qué grande obra es la Farmacopea de 1865! Ella sola basta para enorgullecer á nuestro siglo y á la medicina oficial. Es la medida de lo que vale y puede la terapéutica de la *medicina docente*. (1) No podia esperarse otra cosa del progreso á que ha llegado la Escuela cuya síntesis está en la nueva Farmacopea, y de los nueve ingenios llamados á redactarla.

Señores homeópatas, yo les amonesto, les conjuro, les escito, y aun les suplico para que abandonen su método insipido de curar enfermos, y acepten esta nuestra materia médica, tan sustanciosa, tan pastosa, tan jabonosa, tan pildorera, tan cataplasmera, tan purgativa, tan jeringante, que limpia, unta, lustra, charola, relaja, aprieta, calma y escita á los enfermos, segun los gustos de cada uno.

Lean Vds. esa Farmacopea, y quedarán con la boca abierta, admirando tanto progreso como revela, y de seguro se convertirán, porque es un libro edificante.

Me ha seducido de tal manera, que no pude menos de exclamar, al concluir su lectura, con estas frases del capítulo primero de las parábolas de Salomon: «¿Hasta cuándo los imprudentes aborrecerán la ciencia?»

Soy de Vds., Sres. Redactores, atento servidor y amigo Q. S. M. B.

Diciembre 22 de 1865.

(1) Así dieron en calificarla los alópatas, queriendo establecer semejanzas entre su medicina y la Iglesia romana, para poder llamar protestantes ó hereges á los homeópatas.

16.

YA NO HAY ALÓPATAS. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Habiame propuesto dar ya término á mis cartas con la anterior, y hubiese cumplido este propósito á no tener hoy un imperioso motivo que me obliga á escribir la presente, con el deseo de llevar al ánimo de todos los homeópatas el convencimiento de una verdad descubierta en la esfera de la filosofía trascendental.

Esta filosofía acaba de resolver un gran problema: ¿hay alópatas?

Como deducción de elucubraciones elaboradas durante una vida consagrada á los estudios mas abstrusos, como resultado de muchos años de fatigas intelectuales, como resumen de dos libros gordos (2) y de algunos artículos flacos, se establece la máxima siguiente: *No hay alópatas.*

Al leer el epigrafe y lo demás que le sigue me pareció tal afirmacion una sublime barbaridad filosófica; pero reflexio-

(1) El doctor Nieto Serrano, publicó en *El Siglo Médico* un artículo con este mismo epigrafe, encaminado á inculcar la máxima de que debía desaparecer la denominacion de alópatas, llamándose unicamente médicos. Con este motivo llenaba de denuestos á los homeópatas, diciendo que eran unos procaces industriales, y atacaba rabiosamente á la homeopatía. Este asunto dió origen á esta carta.

(2) Las obras de *Filosofía Médica* de Nieto Serrano y sus artículos sobre el mismo asunto en *El Siglo Médico*.

nando con calma, comprendi que esto estaba en armonia con aquello otro de: *lo que cura ó puede curar es medicina* (1), *luego esta ciencia se construye con todo lo posible, sin sujecion á criterio alguno ó con arreglo á todos los criterios.*

Antes de aparecer el artículo *No hay alópatas*, estábamos todos contentos con la calificacion, porque no habiamos caido en la cuenta de la trascendencia de la palabrilla. Los picaros homeópatas nos bautizaron á su gusto, y nosotros hemos sido unos bobalicones que hemos respondido siempre al nombre que nos pusieron, como lo hace el prógimo á quien llaman Silvestre, Cacaseno ó Paneracio, por mas que no sean muy melifluos ni aun puleros los nombres de estos santos.

Ahora la filosofia me ha hecho abrir los ojos, y comprendo todos los peligros que hay en llamarse alópata. Estos peligros crecen al paso que la homeopatía se propaga, porque las gentes han dado en la mania de creer que los homeópatas son los que representan el progreso médico, los únicos que practican los útiles adelantamientos; y que los alópatas no saben mas que lo que se sabia en los tiempos de Galeno, ni hacen otra cosa que emplear antiguallas, mandadas recoger por inútiles ó nocivas.

Es necesario y urgente quitarnos de encima ese sambenito, y declarar que no hay alópatas; y aun cuando haya precision de conceder la existencia de la homeomatía y de llamar médicos á los homeópatas, cosas que no debieran concederse, digamos sin embargo que ellos son *una execrecencia monstruosa del árbol de la ciencia médica, un partido faccioso sublevado contra la legalidad existente, contra la ciencia constituida, ejerciendo un procaz industrialismo con su nihilismo sistemático.* (2)

Si ellos curan con sujecion al criterio de los semejantes, nosotros curamos con sujecion á cualquier cosa, somos empíricos, rutinarios, y adoptamos todas las recetas que se pu-

(1) *Filosofia Médica* del autor citado.

(2) Frases copiadas del artículo de Nieto Serrano.

blican en los libros y en los periódicos; y en nuestras facultades se enseñan todos los métodos terapéuticos, menos el homeopático, que es indigno de semejante honor.

Sin ir mas lejos, léanse los periódicos de estos dias y se verá el famoso descubrimiento de la *gran bomba Epigastrica*, que se introduce por el recto hasta la profundidad que se quiere, como las bombas hidráulicas se meten en los pozos y se extraen con ella los excrementos, en los casos de estreñimiento y de vólvulo, aun cuando las materias fecales se encuentren junto á la boca. (1) Esto, y volver al enfermo del revés, como se hace con un guante, es todo uno. ¿Han descubierto algo parecido los homeópatas?

Sigamos con la filosofía.

Lo semejante tiene algo de diferente, dice el doctor Nieto, y lo diferente algo de semejante. Esta es una verdad que solo la filosofía podia descubrir y demostrar. Luego no hay alópatas fuera del punto de vista de los homeópatas, de esos *procaces industriales, rebelados contra el derecho constituido*.

Preciso es que ellos mismos reconozcan algo fuera de sus límites, y en ese algo estamos los que nos debemos llamar médicos á secas, y cuya materia médica y terapéutica no habrán de llevar calificativos. Es verdad que ellos, es decir los homeópatas, llamarán, y quizás no les falte la razon, tratado de toxicología á nuestra terapéutica; pero nosotros nos desquitaremos denominando nihilismo á la suya, y procaces industriales á ellos.

Es muy cierto que la ley á todos nos califica de industriales, y nos impone contribucion por la industria que ejerecemos; pero nosotros vendemos mas baratos nuestros géneros, y nuestra industria es de mas movimiento, creciendo otras á su sombra y bajo su proteccion, como la del fabricante de productos químicos, la del droguero, del boticario, de los cajeros y enterradores. Mas la de ellos es raquítica, y se limita

(1) Esto se anunció en los periódicos médicos por los dias en que se escribió esta carta.

á comerciar con anises, haciéndose pagar á peso de oro. Si, señor, industriales procaces hemos de llamarles, como dice muy bien el doctor Nieto Serrano en su artículo del día 27 de Mayo publicado en *El Siglo Médico*.

Los homeópatas quieren distinguirse de nosotros, formar una escuela aparte; y para ello tiene su doctrina, sus libros, su arca santa, su pontifice, nos llaman alópatas ó fariseos, y hasta se nos meten en el templo echándonos á latigazos.

La cosa es séria, y mas que séria cruel, y mas que cruel de economía doméstica, porque se van llevando todas las gentes tras de sí, á pesar de lo mucho que se hacen pagar, y nos vamos quedando sin ocupacion.

La ciencia es muy ingrata.

El error seduce mucho.

Nosotros, que somos los sábios y los defensores de la legalidad, los moderados, ¿qué digo los moderados? los absolutistas y reaccionarios en la ciencia, los amigos de lo antiguo, de todo lo inquisitorial, los que sostenemos que las enfermedades hay que tratarlas á palos y estinguirlas á sangre y fuego, vamos quedando en el olvido á causa de esos homeópatas que son los progresistas, los demócratas de la ciencia, los perturbadores del orden de cosas constituido con los esfuerzos de 30 siglos.

No quieren ser absorbidos en nuestro seno, sino absorvernlos ellos á nosotros. No quieren ser médicos á secas, porque temen participar del anatema que la sociedad nos lanza, de las execraciones de las familias, de las quejas que en todos tiempos se han dirigido á los médicos.

Homeopatía se ha hecho ya sinónimo de curar mucho, pronto y bien; y alopatía de curar poco, mal ó nada.

Médico y alópata tambien se han hecho sinónimos, y por eso las gentes huyen como de los apestados de los alópatas ó de los médicos á secas.

Ya saben los homeópatas lo que se hacen distinguiéndose de nosotros con ese nombre.

Hemos sido unos tontos y nos hemos dejado cojer en sus redes.

Procuremos que de hoy en adelante á todos nos alcancen las censuras.

Nosotros no hemos degenerado, mantenemos íntegra la tradición, nos parecemos á los médicos de todos los siglos, somos hoy lo mismo que aquellos de quien decia Marcial: *Nuper erat Medicus, num Vespillo Diulus, etc.*, que traducido en verso español significa:

Dianlo es hoy sepulturero,
y ha poco que era Doctor:
lo que hace de Enterrador,
de médico hizo primero.

Ya sabrán ustedes tambien que Marcial decia que Andragoras se habia muerto de repente por haber soñado con un médico.

En cambio de la pena que nos causan tales epigramas, somos guardadores del derecho constituido, segun la fórmula aceptada hoy por los impugnadores de la homeopatía.

Y ya que hablamos de epigramas, oigan ustedes lo que decia Plinio (lib. 29, cap. 4.) y eso que en su tiempo no habia homeópatas que le indujeran tan malas ideas; decia *que los jueces se ven precisados á dejar que los médicos maten sin castigo.*

Petrarca metió asimismo su cuchara con aquella sentencia: *nulla est ægro rector ad salutem via, quam Médico caruisse*, el camino mas recto y mas seguro para recobrar la salud es el de mantenerse sin médico. Pero nosotros debemos repetir con Domingo Sala, catedrático de la Universidad de Pádua: *la medicina debe ser llamada el arte de alucinar al mundo entero.*

El doctor José Gazola (tampoco habia homeópatas en su tiempo) decia tambien en el siglo XVII «que eran muchos los »médicos vulgares, los cuales adquirian fama con saber de »memoria cuatro aforismos de Hipócrates, una docena de textos de Galeno y algunas otras citas de cualquier autor clási-

»co; y en cuanto á la práctica, hacer que siga el servicial á la
»sangria, alternando un pisto de confeccion de jacinatos al dul-
»ce y al bizcocho, con otras recetas para corroborar el estó-
»mago, desópilar el brazo, refrescar el hígado, purificar la
»sangre y purgar de los malos humores: tal es la enciclopedia
»epilogada de toda la secta comun de los médicos, y á esto se
»reduce su arte y su ciencia y toda su doctrina. (1) El mismo
autor añade: «Todos los dias vereis enfermos dar vueltas en
»la cama aburridos de tantos brebages asquerosos, á otros
»pasmados de las heridas de los vesicantes y asados al fuego
»de las cantáridas; á unos cocidos y pasados vivos por alqui-
»tara, entre colchones y estufas; á otros que caminan para tí-
»sicos por su rigida inedia; y por último reparad como para
»consuelo de los moribundos, les procuran echar lastre de
»piedra cordial en polvos, que no pueden servir de alegrar
»otro corazon que el del boticario. En suma, los enfermos
»tienen puesta su confianza en tan crueles homicidios, sin re-
»parar en la infeliz esperiencia de su daño, en tantos siglos
»como ha que la tienen los pacientes. Y es tal la ceguedad
»que cuanto mas asqueroso es el brebage, cuanto mas cruel
»la medicina, tanto mas se persuaden de que está recetado
»con acierto, y no sé que disculpa podrá dar la prudencia hu-
»mana para justificar semejante locura. Si yo fuera pintor, en
»vez de representar la muerte en forma de un esqueleto ar-
»mado con una guadaña, la pintaria con trage de médico, con
»el mote: *Æquo pulsat digito*, para ver si de este modo mu-
chos enfermos se negaban á ser visitados por los médicos.»

Todavía hay muchas gentes de paladar tan extragado que
prefieren á los tales médicos y á sus pócimas, y son los que
forman nuestros prosélitos; pero el gusto se va refinando y se
pasan con demasiada prontitud al bando de los anises.

No hay para qué recordar los epigramas de Moliere, de
Voltaire y de tantos otros como han satirizado á la medicina y

(1) *El Mundo engañado por los falsos médicos*. Obra postuma del doctor veronés José Gazola, traducida del Toscano y publicada en Valencia en 1788.

á los médicos. Lo chocante es que hombres como el doctor Gazola hayan escrito tan duramente contra la clase á que él mismo pertenecía. «¿Qué otra cosa son sus recetas, añade en su libro, sinó letras de ejecucion, notificadas cruelmente por los médicos, á pagar á letra vista de un supuesto remedio, cuando alojando media botica en el estómago hacen desembolsar antes de tiempo la vida al enfermo? La muerte no tendría tanto imperio en el mundo si no hubiese hecho alianza con la malicia y la ignorancia de los médicos. Y en cuanto á esas tiendas llamadas Boticas, observad el orden y el número de frascos, de vasos, de botes, de garrafas, de ampollas y de cajas, en cuyo frente no se lee otro que nombres griegos, latinos, arábigos y bárbaros. Esto es bueno para un mal, aquello para otro, y lo otro para muchos, no habiendo enfermedad cuyo antidoto no se encuentre y lea á letra vista. Aquí oireis sin avaricia quebrar las perlas, destrozár las esmeraldas, hacer polvos de los jacintos y otras durísimas piedras que se juzgan saludables solo por que son costosas. Aquí vereis traer continuamente de la otra parte del mundo drogas peregrinas, bezáres del Oriente, (1) febrifugos de la China, bálsamos del Perú, carnes momias de los desiertos de la Arabia, y muchos vegetales de los montes del Congo y de los valles del Mogor, para que no haya indisposicion, por ligera que sea, que no tenga su peregrino remedio.»

Cuando no habia homeópatas estas censuras de todos los siglos se desvirtuaban, porque todos los médicos eran iguales en terapéutica, sin mas diferencia que el uno purgaba, el otro sangraba, el otro asaba, etc. etc.; pero los recursos eran igualmente asquerosos, molestos, nocivos é irracionales. Mas desde que vinieron los homeópatas, con su farmacia sencilla, limpia y azucarada, todos esos anatemas se dirigen esclusivamente contra nosotros.

No nos quedaba mas recurso que negar sus curaciones; pero los enfermos curados, muchos de ellos desahuciados por

(1) Piedras que se encuentran en el estómago de algunas cabras de la India.

nosotros, nos desmienten todos los días, y por mas que aseguramos á voz en grito que la homeopatía es el nihilismo médico, los enfermos se aferran en querer ser tratados por esa terapéutica de *la nada medicinal*, bajo cuya influencia mágica se curan los condenados, dejándonos muy mal quistos á nosotros y á nuestra ciencia.

Los homeópatas se han echado fuera de todos los epigramas con esas sutilezas escolásticas que han inventado para que se los diferencie de nosotros, que somos hoy, ni mas ni menos, lo mismo que eran los médicos de antaño, contra los que se escribieron semejantes apologías.

Réduzcamos á los homeópatas á nuestro gremio para que participen de esos piropos, y á fin de que llegue un día en que, olvidados los calificativos de homeópata y alópata, se nos llame á todos médicos á secas, y no sepa el vulgo por qué razon ó motivo ellos curan mucho, pronto y bien, y nosotros causamos mas daños que beneficios. De este modo se atribuirá el éxito al acierto individual, ó á la mejor práctica de unos que de otros, pero no á la diferencia de doctrinas que profesan y de medios que emplean en sus tratamientos. Y esto es lo que mas importa conseguir, porque hablando con franqueza entre nosotros, es mucha verdad que la terapéutica de todos los que no son homeópatas no es otra cosa que una ordenanza militar, en la que se determinan y con sujecion á la cual se aplican multitud de penas, desde las carreras de baquetas hasta la pena capital, á todo aquel que comete el delito de enfermar y de llamarnos. Si algunos hay que son menos funestos en su práctica, son los que menos hacen, los que siguen el método expectante, los que mas se aproximan al nihilismo de los homeópatas.

De donde se deduce que habria que declarar como el mejor sistema médico aquel que menos se parezca á las medicaciones activas y mas se acerque á la nada homeopática; con lo cual daríamos la razon á los criticos y epigramáticos de todos los tiempos. Y de aquí sale otra consecuencia: para ser útiles

con nuestra profesion, ó hay que renunciar á su ejercicio ó hacerse homeópatas. Mas como lo segundo no es compatible con nuestro amor propio, y lo primero no lo es con nuestros intereses, hay que prescindir de todas las conveniencias, y buscar la manera de destruir la homeopatía, para que no sean posibles las comparaciones; y ya que no hemos podido aniquilarla, no obstante los esfuerzos de tantos años, procuremos ahora absorberla ó chupárnosla, para que embebida en nuestro gremio desaparezca á las miradas de los espectadores, y no vean mas que médicos á secas, porque lo homeopático pronto se borraría del conjunto, como que estaria en una dosis infinitesimal. (1) La estrategia filosófica que se ha discurredo es sublime y dará resultados. Y con el objeto de atraernos á los homeópatas, valgámonos de la seducción, diciendo que todos somos unos, que todos somos médicos, y que no hace falta calificarnos de alópatas ni de homeópatas; y al mismo tiempo acudamos al terror para acobardarlos, llamándoles, por ejemplo, procaces industriales, facciosos, perturbadores, ect. etc.; pues con estos dos medios tan diferentes, la lisonja y la injuria, renunciarán á sus malas mañas, nos los asimilaremos, se volverán razonables, y atemorizados los muchachos, no habrá nuevos homeópatas, los actuales se morirán de viejos ó los mataremos á disgustos, y quedaremos libres de esta cizaña, que es nuestra pesadilla, nuestro suplicio y nuestra muerte.

¡Cuán dichosos seremos el día que no haya homeópatas ni oigamos hablar de homeopatía! Desgraciadamente esa plaga ha cundido mas que una epidemia, ha tomado carta de naturaleza en todos los países, y Dios sabe cuando desaparecerá.

Entre tanto que llega ese feliz acontecimiento, tengamos fé en el porvenir, porque nuestra mision es providencial y somos de origen divino. *Honora medicum propter necessitatem*, ha dicho el Eclesiástico, porque los médicos son instrumentos de Dios para castigar las maldades de los mortales hasta la quinta generacion.

(1) Teoria del doctor Nieto.

Por eso permite en las sociedades esa honrada peste á que pertenecemos, llevando cubierta con el guante de Esculapio la mano homicida que ha de ejecutar las divinas venganzas. Esto se halla confirmado en el mismo *Ecclesiastes*, cap. 38., v. 15: *qui delinquit in conspectu ejus, qui fecit eum, incidet in manus medicis*. Cuando Dios quiere castigar á algun pecador le hace caer en manos del médico.

Él, que castigó la obstinacion de los egipcios con asquerosas plagas;

Él que dejó mudo á Heliodoro é impedido á Geroboan, es tableció este otro castigo superior y mas fuerte: *faciam, ut incidat manus medici*, porque muchas enfermedades las vence la misma naturaleza, pero si á la enfermedad se junta lo que hace el médico, no puede la vida del enfermo hallarse en mayor peligro.

Y ciertamente no estará quejoso de nosotros Aquel que nos instituyó para castigo de los mortales.

¿Qué cosa hay que nosotros no hayamos inventado? Pócimas y brebages indigestos y nauseabundos, sustancias tóxicas administradas á puñados, cáusticos por dentro y por fuera para quemar á los enfermos la piel y las entrañas, el hierro candente para asarlos vivos, las fuentes, los sedales, las moxas, las ventosas, la lanceta, y ahora la bomba epigástrica, y tantos otros portentos que la misma Inquisicion envidiaria, como que de nuestra terapéutica copió ella sus tormentos, con todo lo cual hemos hecho en todos los tiempos incurables muchas enfermedades, hemos retardado la curacion de las demás que han podido escapar de los peligros con que las rodeamos, hemos bastardeado las generaciones, llevado el castigo de padres á hijos. ¿Qué mas se nos puede pedir? Nuestra mision es providencial, y hemos cumplido y seguimos cumpliendo con ella.

Los homeópatas han aparecido para hacer todo lo contrario que nosotros. Es preciso aniquilarlos porque su terapéutica no es un castigo para los pecadores. Ellos ayudan siempre

á la naturaleza para que pueda vencer los males, cura el mayor número de las enfermedades, y se oponen á que las organizaciones degeneren y se destruyan por la falta de nuestras drogas.

Anatema sit contra esos procaces industriales que contrarian las venganzas divinas, llevadas á ejecucion con nuestros recipés.

Desaparezcan los homeópatas, no haya mas que médicos sin el calificativo de alópatas, y terminará la perturbacion social; no habrá facciosos; el derecho constituido no sufrirá mas oscilaciones; y nosotros volveremos á entregarnos de lleno con el mayor donaire á traquetear á nuestros enfermos, porque ahora, avergonzados por las comparaciones que el vulgo establece, no nos atrevemos á vapulearlos con la sandunga que lo hacíamos antes, habiendo perdido nuestra terapéutica la sal y pimienta de los tiempos pasados.

Pero ya vendrán otra vez el ayudante y el correctivo, el escipiente y el menstruo, y todos los elementos del arte clásico, resucitando las recetas magistrales de todos los órdenes arquitectónicos, para contentamiento de los enfermos, para honra de nuestra clase y la mayor gloria de Dios, porque no olvidemos la citada sentencia: *qui delinquit in conspectu ejus qui fecit eum, incidet in manus medici.*

Junio de 1866.

17.

DE LA REGENERACION FÍSICA Y MORAL DE LA ESPECIE HUMANA.
—OPINIONES DE UN ALÓPATA.—COMENTARIOS.

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Hace cuatro meses leyó el médico homeópata, señor Tejedor, en la Sociedad Hahnemanniana Matritense un discurso, cuyo tema era el que expresa el primer epígrafe de esta carta, con la añadidura de que que la tal regeneracion se conseguiria por el triunfo de la homeopatía; es decir, por la generalizacion de esta doctrina médica, como método terapéutico casi exclusivo.

Ningun periódico se tomó la molestia de refutar las ideas y afirmaciones que en el intencionado discurso se consignaban, porque el talento de callar es tambien un gran talento.

Ignorando tal vez la consigna, un tal don Juan Villanueva y Navarrete ha sacado á veranear su ardiente imaginacion en el campo de *La España Médica*, dando al viento un artículo en el número del día 23 de Agosto, con objeto de apoyar la primera parte de la proposicion del señor Tejedor y de refutar la segunda. Segun su opinion *es urgente la regeneracion de la especie humana, porque si muy pronto no se ocupan de ello las verdaderas corporaciones médicas, teme el señor*

Navarrete que la destruccion completa del organismo humano no se haga esperar muchos siglos; pero se considera con el deber de no tolerar posiblemente llegue el caso de que la homeopatía logre alucinar á los incáutos con sus osadas promesas, hasta el punto de hacer creer todo lo contrario cabalmente que puede y es capaz de practicar en beneficio de la regeneracion del hombre.

En su respetable opinion, solo la higiene es capaz de influir favorablemente en esos cambios, que es necesario introducir en la organizacion humana para alcanzar la regeneracion de la especie, pidiendo sus auxilios á las otras ciencias cuando los haya menester; y esa monserga llamada doctrina homeopática no sirve para nada de esto, ni es eficaz en otra parte que en el salon de las conferencias homeopáticas.

He aquí las razones y los hechos en que funda su opinion don Juan.

Ha observado, y todos los que tengan ojos habrán visto, que desde que se ejerce la homeopatía, ha sucedido en las familias que se tratan por ella el horripilante fenómeno de que los individuos que tenian ligeras, vagas, muy insignificantes neuralgias, gastrosis, una sombra de afeccion reumática, han procreado hijos, bajo la influencia de los glóbulos, que sufren horribles gastralgias, cólicos espasmódicos, hepatalgias, alteraciones orgánicas del cárdias, del píloro, del mesenterio, etc., etc.; y los hijos de estos ya padecen verdaderos cánceres, son gotosos, con adornos tofaceos, tienen endocarditis y otras graves afecciones del corazon y de los grandes vasos. Los infelices y cándidos progenitores que se dejaron tentar por los homeópatas, si eran levemente miopes ó presbitas, tienen hijos que montan anteojos del 2¹/₂, y los nietos son enteramente ciegos, y gracias que no se les hayan salido los sesos por las órbitas. Todo esto se está viendo en los mismos médicos homeópatas y sus familias, en las que no hay un individuo que no sea ciego, tuerto, jorobado, enclenque y lleno de alifafes.

Cree don Juan que *no habrá entre los hombres imparciales ninguno que ponga siquiera en tela de juicio la verdad de lo que deja dicho: y si hay algun incrédulo, le aconseja que dirija la visual donde él dice, y verá las cosas tan patentes y claras como la luz del día.*

Todo lo que está en letra cursiva en los anteriores párrafos está copiado del artículo del señor Villanueva y Navarrete, y deseando yo apoyar cuanto él afirma, voy á ponerlo en la tela del juicio para acumular razones y pruebas en favor de lo que espone don Juan, y para ello dirigiré la visual hácia los sitios que él dice. Procediendo así, veo con asombro y horror los graves perjuicios que ha producido la homeopatía, y no puedo menos de convenir con Navarrete en que la degeneracion de la especie humana se debe á la homeopatía.

Cuando nos encontremos con un individuo atacado de gastralgia, de cólico espasmódico, de gota, de alteraciones orgánicas del cárdias, del piloro, del mesenterio, etc., no necesitamos investigar la causa: sus padres tuvieron alguna vaga, insignificante neuralgia, ó una sombra de afeccion reumática, y habiéndose hecho tratar por la homeopatía, transmitieron á sus hijos tan graves enfermedades.

Si el paciente que nos consulta tiene un cáncer, una endocarditis, ó cosas parecidas, podemos afirmar sin titubear que su abuelo tomó glóbulos para alguna ligerísima indisposicion que sin ellos no se hubiera metamorfoseado, al través de las generaciones, en las lesiones gravísimas citadas.

Cuando nos tropecemos con un miope, miremos sus anteojos, y si son del 2 $\frac{1}{2}$, ya tenemos la clave para averiguar que su padre tomó glóbulos, padeciendo un asomo de miopía; y si el sujeto con quien tropezamos, ó el que tropieza con nosotros, es ciego completamente, esto consiste en que su abuelo, un poco miope, se trató alguna vez por la homeopatía.

De todo lo cual se deduce que la clientela de los médicos homeópatas está formada de todos los ciegos, miopes y présbitas de la tierra, de todos los cancerosos, gotosos, reumáti-

cos, aneurismáticos, tísicos, escrofulosos, y plagados de mil enfermedades incurables.

Es también otro hecho que de esa degeneración participan más que nadie, como justo castigo de su ignorancia, los mismos homeópatas, sus hijos y toda su parentela.

Cuando veáis por la calle un médico cojo, tuerto, miope del 2 $\frac{1}{2}$, ó sepáis que padece gastralgia, escirro, tisis, afección del corazón, callos ó cáries en las muelas, afirmad sin vacilar que el tal médico es homeópata. Si fuera cosa de poder reunirlos á todos y presentarlos en formación como los batallones en línea, veríais las fachas más lastimosas del mundo; y si el señor Navarrete les explorara á todos los ojos, de seguro no encontraba uno bueno.

Por el contrario, los clientes de los médicos alópatas son toda gente sanota, que no tienen más que sombras de padecimientos y que viven una eternidad, muriéndose de puro viejos, sin haber sufrido una enfermedad grave ni siquiera una ligera molestia.

Y en cuanto á los médicos alópatas, son también un ejemplo de que ellos son los poseedores del secreto para regenerar la organización humana.

Cuando veáis un médico robusto y firme como un roble, grande como un alcornoque, tieso como un chopo, flamante y colorado como un naranjo, y reluciente como un camueso, ese médico, no lo dudeis, es médico alópata.

No hay que negarlo: Navarrete lo ha descubierto y yo lo confirmo.

Todos ellos están sanos y frescotes como unos salvajes, con unos ojos más penetrantes que los del águila, con un estómago más robusto que el de un buitre, con unos pulmones más anchos que los de un elefante, con un corazón más fuerte que el de un toro, con más resistencia orgánica que un cetáceo.

Y aun en sus imperfecciones suelen esquivar el golpe de la naturaleza, y llevar el padecimiento ó el defecto á otro órgano diferente de aquél en que debía fijarse.

Por esta razon no hay entre ellos miopes de los ojos ni chatos de la nariz, pues estos defectos los tienen en la mollera, gracias al poder de la ciencia que cultivan y que á sí propios se aplican.

No podía ser de otro modo atendida la poderosa eficacia de la terapéutica alopática, y la inutilidad de la monserga homeopática.

La alopatía cura á cierra ojos y como por encanto todos los padecimientos humanos y no deja que ninguno se trasmita por herencia.

Para esto tiene en primer término la sangría, de aplicación casi universal, pues apenas hay una enfermedad en la que no se la prescriba, y con ella se verifica el milagro de que con una disminucion de cantidad se opera un cambio de propiedades en la sangre y en todo el cuerpo.

Como una variedad de tan importante recurso, cuenta con las sanguijuelas y las ventosas sajas, que sacan la sangre no del círculo vascular, sino del sitio en que se ponen á chupar los anélidos ó se aplican las puntas de las lancetas con sus bombas aspirantes, y de este modo se destruye la causa que dió origen á la fluxion sanguínea local, pues ya se sabe que es un axioma alopático aquello de *que combatiendo el efecto se cura la causa*.

Están además á su disposición los purgantes y los eméticos, tan indispensables como las sangrías y de resultados igualmente beneficiosos. No pueden cuestionarse sus efectos, pues á quien dude de ellos se le mete la prueba por la nariz, enseñándole la enfermedad que el paciente ha logrado expeler en forma de líquidos amarillos, verdes, y de otros colores é ingratos olores. Quien tales cosas tenía dentro de su cuerpo era imposible que estuviese bueno. Quien alcanza la suerte de arrojarlas, queda purificado, y virtualmente lo quedan en él sus generaciones futuras. Y quien tales cosas sabe y practica es un monstruo de sabiduría, y un pozo de..... no sé como llamar á ese pozo: suplalo el lector, si gusta.

Cuenta además la higiene para regenerar la especie humana (1) con el poderoso auxilio de los veycantes y toda clase de revulsivos. A favor de ellos se saca del cuerpo cualquier mal, convertido en serosidad, en pus, en granos de todas formas. Poco importa que haya tísicos, cancerosos, aneurismáticos, gotosos, ciegos, etc. etc. Con plantar una cantárida al pecho, unos fontículos en los brazos, unos sinapismos en las pantorrillas, un sedal en la nuca, se sacan los tubérculos por la piel, se destruye el escirro y el cancer, vuelve el corazón á su normalidad anatómica, se quita el elemento etiológico de la gota, se estraee un glaucoma por el cogote, ó una coroiditis por las apófisis mastóides, ó un dolor de muelas por los carcañales.

Si esto no bastara, ahí están los resolutivos y los fundentes; ahí están las fricciones mercuriales y de iodo que tienen la propiedad de ablandar las partes que tocan, como el plomo se licua en un horno, y con ellos se resuelven todos los tumores y durezas habidas y por haber. A su influencia nada se resiste, se dilatan los vasos, circulan con libertad los humores estancados, desaparece la lesion local; y como los padecimientos no consisten mas que en la alteracion anatómica visible y tangible, la enfermedad queda curada radicalmente.

Si el padecimiento es de esos otros llamados nerviosos, como la alteracion no puede consistir mas que en que los nervios están flojos ó tirantes á la manera de cuerdas de guitarra, el remedio es fácil de buscar. No hay mas que hacer sino dar medicamentos que aprieten ó que aflojen, lo cual se conoce por el efecto que se haya observado producen dichos agentes en la carne muerta y en las pieles. Todos los buenos curtientes, como la quina, el tanino, la ratania y otros cuerpos análogos, son tónicos, porque son muy útiles en las fábricas de curtidos.

(1) El señor Navarrete decia en su artículo que la higiene bastaba para conseguir la regeneracion de la especie humana, añadiendo que contaba con los poderosos recursos de la sangria, eméticos, puigantes, revulsivos, etc., cuyas excelencias enumera. Por esto se ridiculiza en este parrafo el que considere agentes de la higiene los que lo son de la materia médica, y de paso se hace ver lo absurdo de la aplicacion de estos remedios.

Otro tanto se puede decir de las relajaciones de ligamentos, de las torceduras, de los descensos de la matriz. Con aplicar sustancias resinosas, que sirven para encolar la madera, para embrear lonas, y poner duras y tiesas las cuerdas que se untan con ellas, la lesion queda curada. ¿Cómo no han de encogerse y tomar la consistencia de una suela los ligamentos distendidos de la matriz, cuando se ponga sobre las caderas de la paciente una bizma de materias resinosas? Poco importa pues ello no es un obstáculo, haya una porcion de tegidos intermedios desde los ligamentos á la bizma, como son la piel, tegido celular, músculos y aponeurosis, huesos, etc. Esto es lo mismo que echarse un remiendo en el pantalon para componerse un roto de los calzoncillos.

Si alguna vez no se logra el objeto deseado con esos parches será por que la enferma no llevaría blindada su popa los cuarenta dias que son precisos para la curacion, porque el emplasto no sirve en veinte, treinta ni treinta y nueve dias, han de ser cuarenta justos.

Lo mismo digo de los confortantes con que se rodean las articulaciones en caso de dislocacion ó torceduras. Los ligamentos se aprietan y apergaminan infaliblemente con el poder corroborante de los emplastos.

Para los casos de indole opuesta (1), es decir para las rigideces tendinosas ó musculares, para el espasmo de la fibra, ó para cualquier induracion, ahí están los aceites y las mantecas, que teniendo la propiedad de ablandar cualquier pellejo, aun cuando sea de toro, han de dejar los tejidos mas flojos y blandos que un guante. Y si esto no basta, queda el gran recurso de los baños de gelatina, pues no hay duda que metiendo á un individuo, que tenga una anquilosis ó un tumor reumático periarticular, dentro de un baño de caldo de patas de ternera, el caldo atravesará integro la piel, el tejido celular, y cuanto encuentre á su paso hasta llegar á los huesos ó á

(1) El autor del artículo que se refuta hizo una enumeracion de todas estas dolencias y otras muchas, citando como remedios infalibles para ellas todos los que se censuran en estos párrafos.

los ligamentos, y dará á las partes enfermas la blandura y flexibilidad que habian perdido.

En fin, ¿para que hemos de cansarnos con la enumeracion de tantas medicaciones y de tantos agentes á cual mas eficaz, con los cuales cuenta la medicina de don Juan Villanueva y Navarrete para curar los padecimientos humanos, para extinguirlos radicalmente y evitar que se trasmitan por herencia de padrés á hijos?

Y todo esto sin contar con la estupenda cirujía, dispuesta siempre á cortar por lo sano, y que tiene á toda hora el medio de estirpar los males mas graves con sus afiladas herramientas.

Si se trata, por ejemplo, de un cancer que no ha podido destruirse con las sangrias ni los purgantes, con los fundentes ni resolutivos, con los debilitantes ni con los tónicos, con los revulsivos ni con los perturbadores, queda todavia la cirujía, que cura siempre el cancer cortándolo, tan cierto como tres y dos son cinco, segun la bellissima afirmacion del mas diestro de los operadores españoles. Y no solo lo cura en el individuo que lo padece, sinò que sus descendientes estarán libres de él toda vez que se lo curaron radicalmente á cuchilladas.

Si es una amaurosis producida, verbigracia, por una dilatacion varicosa de los vasos coroideos ó retinianos, se pincha en cualquier parte del ojo, se hace una sangria maestra, se cubre de sanguijuelas; ó bien se recorta el iris, ó se practican otras habilidades parecidas, y el ciego recobra la vista á fuerza de pinchazos y tigeretazos, por que estas cosas, no hay duda, hacen ver hasta las estrellas.

Los modernos oculistas son un prodigio, como el resto de la comunion lanceadora y acuchilladora del cuerpo humano. Sus progresos marchan paralelos á los de las armas de guerra. Al descubrimiento de los cañones Blakely ha seguido el de la bomba monstruo aspirante para curar el vólculo. Al fusil aguja acompaña la iridotomia para curar el glaucoma; y ya irán viniendo instrumentos y operaciones hasta para sacarle

al prógimo en dos segundos la médula espinal del interior de las vértebras.

Ello es evidente que no se concibe como hay enfermedades, sobre todo hereditarias y de esas que bastardean y degeneran la especie humana, siendo así que la verdadera medicina cuenta con tantos recursos poderosos para extinguir las y arrancarlas de cuajo de los pacientes, y habiendo estado en pleno y pacífico dominio de la práctica hasta hace cincuenta años en que vino á inquietarla la homeopatía. Únicamente se esplica esa abundancia de padecimientos y esa degeneración de la organizacion humana por la manía, cada día mas creciente, de hacerse tratar los cándidos por el método de los glóbulos sacarinos, pues antes no habia esas enfermedades graves, hereditarias y crónicas que cita el señor Villanueva.

Con la homeopatía se ha paralizado el progreso alopático y se han interrumpido sus maravillas, pues á no ser por este percance ya habrían sido todos los mortales purgados y sangrados, jabonados, curtidos y cocidos, pasados por támara, decantados y sublimados; y á estas fechas no quedaria un átomo de gérmenes morbosos, y la especie humana estaria como en su primera edad, tan regenerada y tan sana que cada ciudadano seria un hércules, con mas vida que Matusalem.

Si este portento no se ha logrado, cúlpese á la homeopatía. Si hay reumatismos, herpes, escrófulas, escirros, cánceres, gastralgias; si hay calvos y miopes, y si la especie humana degenera muy de prisa, consiste en la moda de tomar glóbulos.

Está, por fortuna, muy cercano el día en que haya desaparecido la homeopatía y nadie se acuerde de ella, y entonces renacerá la edad de oro, no habrá enfermedades hereditarias ni accidentales, y no quedarán mas que plétora de salud.

Cuando las verdaderas corporaciones médicas acuerden las medidas higiénicas de que estan en posesion únicamente aquellas, pidiendo ausilios á su terapéutica, y establezcan, como medios preservativos y regeneradores, un reparto de

sangrias y purgantes á domicilio (1) entonces si que la humanidad será feliz. La medicina alopática habrá llenado su grande y última mision, y sus libros quedaran guardados para que allá en los siglos venideros, si vuelve á asomar la degeneracion de la especie, se acuda á ellos de nuevo para aprender el modo y manera como se la ha remendado en estos tiempos, dejándola como nueva.

Vean ustedes la razon que por hoy me decide á combatir la homeopatía desde el punto de vista de don Juan Villanueva y Navarrete, porque como él estoy convencido de que á su influencia se debe tanto desastre como ocurre en punto á enfermedades en la especie humana, y como él tambien sostengo que los homeópatas tienen la culpa de que haya tantos hombres podridos y estropeados, dando frutos llenos de gangrena y de gusanos.

Me consuela la esperanza de que como todos los médicos homeópatas son jorobados, tullidos, tuertos y miopes, y lo mismo sus familias, sucumbirán pronto á impulsos de tanta calamidad como sobre ellos pesa; pues no obstante que durante la epidemia del cólera del año 63 tuvieron los condenados la suerte de no morir ninguno en España ni individuo alguno de sus familias, esta no es razon para creer que se salvan de las muchas enfermedades que tienen encima. Así esperamos y deseamos que suceda don Juan y yo, y con nosotros todos los buenos alópatas que se interesan por la regeneracion de nuestra especie.

Envien ustedes; señores Redactores, este saludo al ardoroso Navarrete y reciban la sinceridad del afecto de su amigo
Q. B. S. M.

Setiembre de 1866.

(1) Se parodian las opiniones del señor Villanueva y Navarrete.

18.

LA ESCUELA OFICIAL PINTADA POR SI MISMA.

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Permitanme ustedes que abandone por hoy el estilo satírico y humorístico habitual de mis cartas para ocuparme en formas serias y con la argumentación lógica que me sea posible del asunto cuyo epigrafe encabeza esta epístola.

Desde que estoy entregado á la discusión de las doctrinas médicas y defendiendo la escuela homeopática y sus derechos en la sociedad como una de las manifestaciones de la inteligencia, me he acostumbrado á oír las absurdas pretensiones de nuestros contendientes los alópatas, en términos de que ya no me estrañan las barbaridades que dicen cuando hablan de la homeopatía y de los homeópatas.

Todos sabemos que la prensa médica alopática ha sostenido siempre que había una medicina oficial, que era la enseñada en las Facultades costeadas por el estado, pretendiendo hacer de ella un dogma tan obligatorio para los médicos, como lo es el dogma de la Iglesia romana para sus partidarios. Sabemos que esa prensa no solo nos excluye de su comunión, sino que hasta ha defendido que no se pudiera ejercer la homeopatía mientras no estuviese sancionada por las Corpora-

ciones médicas oficiales, y si algunos periódicos menos intransigentes han convenido, en fuerza de nuestras réplicas, en que el médico podía poner en práctica la terapéutica que quisiera y seguir las doctrinas que tuviera por conveniente, no han desistido de sostener que la homeopatía no se debe enseñar en las Facultades ni practicar en el ejército, en la beneficencia oficial ni en ningún cargo público, y que por lo tanto los homeópatas no debían desempeñar ningún destino profesional, aunque lo hubiesen obtenido en público certámen.

Cualquiera al ver esas exageraciones creería que la medicina alopática, llamada oficial por sus sectarios, era una ciencia acabada y completa, y que ya no caben en ella reformas, pues para obligar del modo que se pretende es preciso que no deje ningún vacío y que satisfaga cumplidamente todas las exigencias del entendimiento y todas las necesidades de la humanidad en sus multiplicados padecimientos.

Más de una vez hemos entablado discusiones sobre estos particulares con nuestros obcecados alópatas, y por lo común su conducta ha sido contestarnos con el silencio, escaparse por la tangente, ó hacernos concesiones á medias.

Más de una vez, y en estilos varios, hemos dicho y sostenido que la medicina tradicional no tenía derecho para imponerse, á título de medicina oficial, ni á los médicos ni á los enfermos, porque en ella reinaba la anarquía más completa, no poseyendo criterio alguno fijo para la aplicación de sus conocimientos á la práctica, no teniendo principios sólidos sobre los que se asentára un sistema completo y armónico, y siéndole imposible formularse en un código inmutable, por lo evidente y axiomático.

Cuando una escuela encierra la gangrena en sus entrañas; cuando sus doctrinas se desmoronan y se hunden; cuando han surgido opiniones antitéticas, que se combaten y destruyen unas á otras; cuando se han sucedido centenares de sistemas, que han pasado sin dejar otra cosa que la memoria y las consecuencias de sus errores; cuando el progreso incesante

de la inteligencia humana llama á hacer el inventario de los conocimientos verdaderamente útiles de esa escuela, y aparece con las condiciones que hoy tiene lo que se llama medicina oficial, esa escuela está obligada á respetar las innovaciones que surjan con la intencion de empujar la ciencia en la via de sus adelantamientos, y más todavía si son de aquellos que directamente se encaminan á perfeccionar ó á ensanchar los medios de curacion de las enfermedades humanas.

Rechazar las reformas porque ellas no se ajustan á las ideas de la escuela y destruyen las opiniones admitidas, no obstante que se tiene el convencimiento de que esas ideas y esas opiniones, no solamente no son el *Non plus ultra*, sino que deben desaparecer y dejar su lugar á otras mejores; censurar á los que, apercibidos de la ineficacia de las doctrinas de la escuela, las abandonan, aceptando una reforma despues de haberla examinado, por haber comprendido que es un nuevo progreso, un progreso gigante, al cual puede asociarse muy bien todo lo útil que la tradicion registre, para fundir el conjunto de conocimientos que abarca la historia médica en la nueva fórmula del saber humano, en la última etapa de la inteligencia, es obrar con sobrada parcialidad, con ofuscado juicio, y en contradiccion con lo que se piensa y se dice de esa escuela, á la que se quiere preservar de la reforma introducida ya en la ciencia, sin que sea posible contener su invasion salvadora en medio del caos en que se agita.

El Siglo Médico, representante el mas genuino de la escuela tradicional, ha venido á darnos la razon en un artículo publicado en su número del 6 del corriente. Discurriendo sobre las *causas del estado actual de la medicina, y cómo éste se ha de remediar*, dice, entre otras cosas:

«El estudio de la *biología* ofrecerá mayores dificultades »cuanto en él se profundice más; el estudio de la *etiología* »quedará perpetuamente rodeado de las densas nieblas que le »envuelven, y al pretender iluminar aquellas caliginosidades, »debemos contar como seguro que descubrirá cada cual mu-

»chas fantasmas creadas por su propia imaginacion; y la *te-
»rapéutica*, en fin, deducida de falsos supuestos y de errores
»(fuera de aquellos casos en que el arte quirúrgico pueda al-
»canzar lucidas victorias), habrá de constituir por fuerza, co-
»mo en todo tiempo ha constituido principalmente, un con-
»junto prodigioso de extravagancias, que las venideras gene-
»raciones irán echando en cara á las que quedan detras, co-
»mo nosotros hacemos ahora con nuestros antepasados. De-
»sengañémonos: estamos atravesando un tremendo periodo
»de descomposicion; el viejo edificio de la ciencia vá desmo-
»ronándose á nuestra vista, amenazando completa ruina; y es
»muy posible que cuando llegue el caso de construir nueva-
»mente, se utilicen poquisimos materiales de los que hasta
»aquí le han formado.»

»Y mas adelante, describiendo el estado de la enseñanza
»oficial, dice lo siguiente:

«Cada catedrático lleva camino distinto, ó fluctua las mas
»veces, sin brújula ni gobernalle, en un piélagos de incoheren-
»cias, falto de pensamientos y de plan, sin fin determinado,
»sin ocuparse más que de abreviar cuanto pueda la leccion,
»para atender á la asistencia de su clientela. Los que se supo-
»nen más aventajados y celosos, es lo comun que reduzcan to-
»da su obra á intercalar en las lecciones, ordinariamente sin
»exámen ni crítica, aquellas novedades que encuentran dise-
»minadas en flamantes libros y periódicos, mezclando y re-
»volviendo las doctrinas y las nociones más heterogéneas, los
»datos y noticias más contradictorios, como si sólo tratáran de
»atascar los entendimientos de los jóvenes alumnos con la más
»repugnante mezcla de conocimientos. ¿Qué puede resultar de
»estas especies de indigestiones, á que conduce una ense-
»ñanza desordenada? La práctica lo dice con elocuente voz...
»Sangran y cubren sin piedad de sanguijuelas al enfermo en
»la primera visita. Vuelven á verle mas tarde, y ocurriéndoles
»entonces que otro profesor les advirtió en su día como la fal-
»ta de sangre desencadena, por decirlo así, al sistema ner-

»vioso, administran al paciente un tónico ó un reconstituyen-
»te, que tardaría en obrar dos meses, con el designio de reparar
»el propio estrago que unas cuantas horas antes habian pro-
»ducido con las emisiones sanguíneas. Llega la noche y acu-
»den al lado de su enfermo, les viene á la memoria una im-
»portante teoría química que otro profesor les ingirió en el
»magin, se explican químicamente la enfermedad, y química-
»mente van decididos á combatirla. El enredo crece á medi-
»da que se va tirando de cabos distintos, y á la siguiente
»mañana necesitan ya pedir á la invencion de los *elementos*
»*morbosos* el hilo de Ariadna, que ha de sacarles de aquel la-
»berinto, y dan principio á la obra de exterminar al monstruo
»en *detall*, cortándole, ora una pata, luego las alas, despues
»una oreja, más adelante la cola; pero..... ¡dejándole entanto
»libre el cuerpo, ileso el corazon y afilado el diente, para que
»muy á sus anchas devore la victima!.....»

Tal es, en efecto, hoy la medicina oficial, la medicina que se enseña, la medicina que se practica.

Pues una medicina que no tiene ni se encuentra en condiciones de tener un dogma único, susceptible, por su perfeccion, de formularse en un código de principios evidentes y de axiomas; que carece de criterio, y no hay otro en la enseñanza que el individual de cada catedrático, inculcando las doctrinas mas heterogéneas y opuestas: esa medicina no impone la obligacion de aceptarla á los profesores en ninguna de las posiciones, oficiales ó no oficiales, en que estos puedan encontrarse.

No hay, pues, medicina oficial en el sentido de que exista un dogma de enseñanza obligatorio de practicarse por los médicos.

La medicina oficial no es otra cosa que el conjunto de la enseñanza retribuida por el Estado.

Ese conjunto es heterogéneo y contradictorio.

Si hubiera obligacion de aceptar la enseñanza oficial, habia que cumplir en la práctica con los preceptos de todas esas doctrinas opuestas.

No puede darse preferencia oficial á ninguna de ellas. Todas obligarian oficialmente del mismo modo y con igual fuerza.

Pero el médico no puede ménos de elegir y aceptar lo que mejor le parezca.

Luego la medicina oficial no lleva la imposicion de que se la practique como se enseña.

Por otra parte, la esfera de la ciencia es mas dilatada que la enseñanza oficial. No toda está en las escuelas; y aún cuando estuviera, los nuevos progresos, posteriores á la época en que cada cual terminó sus estudios académicos, le abrirán nuevos horizontes, que el médico puede y debe explorar, por mas que en ellos encuentre conocimientos opuestos á las doctrinas de la escuela.

Dada la estructura que hoy tiene la enseñanza y las condiciones de la medicina tradicional, no pueden ponerse trabas al médico en la práctica, ni al profesor en la cátedra. No existe, afortunadamente, legislación que determine el perimetro de la terapéutica, deducida de cualquier sistema. Todos pueden tener aplicacion, no por tolerancia, sino por derecho propio, en la práctica civil, en los hospitales, en las clínicas, así como ser expuestos y defendidos desde una cátedra. Toda prohibicion en cualquiera de estos terrenos no pasaría de un abuso, imposible de justificarse.

La doctrina homeopática se ejerce, pues, por derecho legitimo, no por tolerancia, como algunos pretenden. Existe la errónea opinion de que su terapéutica no puede aplicarse por los médicos de los hospitales, ni del ejército, ni de otras posiciones oficiales; y hay médicos homeópatas, poco persuadidos de su derecho, que así lo creen tambien, absteniéndose de practicarla en esas ú otras posiciones análogas. Tambien es comun la creencia de que un catedrático incurriría en responsabilidad si inculcase á sus alumnos las doctrinas homeopáticas. Es un error, volvemos á decir.

Miéntras la medicina oficial no esté formulada en un còdi-

go, que se imponga como una ley del Estado, y mientras no se prohíba al profesorado explicar lo que no esté consignado en ese código, todas las doctrinas pueden enseñarse y todos los métodos terapéuticos ser practicados.

Aparte de que hay cátedras oficiales en donde suelen verterse algunas ideas de la escuela homeopática, y hospitales en que algun médico usa la terapéutica hahnemanniana, no sabemos en qué fundaría su mandato cualquiera autoridad, científica ó no, que intentára prohibir á un catedrático el que inculcara más ó ménos ampliamente, las ideas de nuestra escuela, ó que ejerciese la terapéutica de los semejantes. Porque, ¿qué contestaría cuando se le preguntára cuál era el cuerpo de doctrina y la terapéutica de la medicina oficial? *La exposicion de las nociones más heterogéneas, sin exámen ni crítica; la más repugnante mezcla de conocimientos, sin pensamiento ni plan, que conduce á la confusion y á los desastres en la práctica.*

Aconsejamos á los médicos homeópatas que ocupan posiciones oficiales, que ejerzan en ellas la terapéutica aceptada por su razon y su conciencia; y que la defiendan en las cátedras, si hay alguno cuya posicion oficial se preste á ello. No teman á nada ni á nadie, pues si hubiera quien, abusando de su autoridad, intentára prohibirselo, se aceptará por todos la lucha, y los homeópatas triunfarán en ella, no hay que dudar.

Si «el viejo edificio se está desmoronando á nuestra vista», respetad á los obreros de la inteligencia que tienen corazon bastante para lanzarse en busca de nuevos materiales, y preparar con ellos la edificacion del nuevo templo de la ciencia, que se levanta al lado del que ya se hunde, y «del cual se podrá aprovechar muy poco.»

No es nuestro objeto hoy discutir el medio de salvacion que propone *El Siglo médico*, y que, segun nuestro cólega, consistiria en que las naciones se pusieran de acuerdo para echar las bases fundamentales de la enseñanza médica, para

acomodarse á un método comun, procediendo en todas partes conforme á ciertos principios fundamentales. Nuestro propósito no ha sido otro que deducir de las ideas emitidas por el autor del artículo á que aludimos, que, dadas las condiciones actuales de la medicina tradicional y de la enseñanza de las escuelas, no hay derecho para impedir que se expongan y defiendan las doctrinas homeopáticas en las cátedras del Gobierno, ni para prohibir á los médicos el ejercicio de nuestra terapéutica en cualquiera posicion que ocupen. Y añadiremos que, por hoy, y á la vista de ese desconcierto de opiniones y doctrinas, y de esa inevitable ruina que amenaza el viejo edificio de la ciencia, la juventud, que se sienta impulsada por el anhelo de saber y de practicar el bien, no encuentra más áncora de salvacion que la reforma hahnemanniana, la cual, en la teoria y en la práctica, satisface la razon y deja la conciencia más tranquila que cuanto ha escuchado desde los bancos de la escuela, en esa enseñanza monstruosa y desordenada, que constituye la medicina oficial, y que con pinceladas tan maestras ha descrito el doctor M. A., en el artículo que ha motivado esta carta.

Queda de ustedes afectísimo amigo Q. B. S. M.

Enero de 1867.

19.

CARTA Á SAMUEL HAHNEMANN, DE UN HOMEÓPATA DE MADRID. (1)

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Salve, anciano ilustre y venerable, yo te saludo.

Que tu espíritu se regocije al leer esta carta, que te remito á las regiones de ultra-tumba, en que te hallas.

Admirate del progreso humano, y bendice al Criador, que permitió extender el árbol de la nueva ciencia que tú plantaste, y ahora ha consentido se le poden algunas ramas, para que no haga tanta sombra.

Sus frutos, áun cuando abundosos, y sumamente útiles para la doliente humanidad, se hacian ya monótonos y pesados por lo invariables.

Tus adeptos no saliamos de la *experimentacion fisiológica*, la *ley de similitud*, las *dosis infinitesimales*, el *dinamismo en todas partes*, y la *individualizacion morbosa*.

(1) El doctor Hysern, publicó un escrito en el cual afirmaba que hacia ya años estaba reinando en Europa una endemia de fiebres que llamó *lymnémicas ó hemitriteos*, y que segun el autor de estas cartas no eran ni son mas que formas de paludismo, como han existido y existirán en todos tiempos en la parte meridional de Europa. Como las ideas del doctor Hysern no son una novedad ni envuelven el descubrimiento patológico que él presume, y como además sus opiniones, especialmente en lo que concierne á la terapéutica de estas enfermedades, son contrarias á la doctrina homeopática, por mas que se afana en sostener que son armónicas con ella, escribí esta carta para poner de relieve los errores de las ideas del doctor Hysern y su oposicion á la doctrina hahnemanniana.

Para que desaparezca esa monotonía, se ha pensado ingerir en el árbol hahnemanniano algunas puas, áun cuando sean de naranjo, y así estará más vistoso. Porque es necesario que ese árbol produzca hasta calabazas, y lo conseguiremos aplicando los progresos de las inteligencias reformistas. (1)

Despues que tú, insigne Samuel, dejaste la existencia material, ha ocurrido un grave acontecimiento en este planeta. Sabe, anciano filántropo, que durante diez años y pico, la humanidad ha sido víctima de un cruel azote, peor que el cólera y todas las epidemias.

Se difundió por la atmósfera un miasma nuevo, para tí desconocido, y todos los continentes fueron invadidos de HEMITRITEOS. Durante ese calamitoso periodo no hubo Rey ni Roque, príncipe ni duque, que no muriera *partido por en medio*, esto es, de HEMITRITEO. (2)

Era este un suceso digno de estudiarse con afan y con gran celo.

Estaba reservado al azulado cielo de Madrid, cobijar al que debia resolver el gran problema del siglo.

Y se estudió; se analizaron los hechos, y se vino en conocimiento de que los *hemitriteos* eran enfermedades gravísimas, urgentes, mortales de necesidad, *lymnémicas*, en fin, esto es, de sangre pantanosa.

Y como tú, sapientísimo doctor, no practicaste la medicina en países donde se desarrollan esas enfermedades, *lymnemocolérides*, por eso dejaste manca y coja tu doctrina.

Ha sido preciso echarle bocasmangas y medias suelas.

Uno de tus mas ardientes discipulos, que ejerce en uno de los focos más palúdicos del globo, ha completado tu obra.

Aquí, en Madrid, donde vivimos rodeados de inmensos pantanos, como el estanque del Retiro, la ria de los Campos

(1) Es sabido que hay homeópatas que pretenden reformar la doctrina de Hahnemann, formando una escuela disidente, y que hacen concesiones de trascendencia à la escuela alopatíca.

(2) El doctor Hysern citaba en sus artículos muchas enfermedades y defunciones de reyes y de príncipes, atribuyéndolas à la endemia de *hemitriteos*.

Eliseos, los grandes encharcamientos que, como el Nilo, deja el caudaloso Manzanares en sus continuos desbordamientos, y hasta el pilon de la Puerta del Sol, escándalo de la higiene pública; aquí es donde se pueden estudiar, y se han estudiado en efecto, las enfermedades *lymnémicas*, que tantas víctimas ocasionan, pues apenas hay una defunción que no sea debida á esta endemia, en la que hasta ahora nadie había sospechado siquiera.

Estas enfermedades son el producto de la absorcion de gérmenes ó esporos vegetales microscópicos, volátiles y difusibles en la atmósfera, los cuales desarrollan en el organismo una sustancia mórbida, de naturaleza orgánica y de apariencia vegetal, muerta ó viva, organizada ó sin organizar, en las membranas mucosas, como se ha visto en la lengua con el microscopio. (1)

Esto es una consecuencia de la solidaridad que reina en todas las creaciones. Así como las viñas tienen su *oidium*, no había razon para que la humanidad no padeciese también el suyo, pues no otra cosa que el *oidium* es el desarrollo *lymnémico*.

Y la observacion y escrupuloso exámen de los cadáveres, que á centenares hemos abierto para saber de lo que morían los enfermos atacados de las *lymnemocolérides*, nos han convencido de que esto sucedía, porque las lesiones atacaban á órganos importantes para la continuacion de la vida individual de los hombres. (2)

Hay quien se muere de amores, y otros se mueren de risa. Los *lymnemicitantes* se mueren porque se lesionan los órganos importantes y necesarios para la vida. A diferencia de lo que sucede en las demás enfermedades, en las cuales los individuos se mueren conservando la mejor salud en los órganos importantes para la continuacion de la existencia.

Era, pues, urgente encontrar remedios á tamaño mal, y

(1) Afirmaciones del doctor Hysern.

(2) Así se espresa en los artículos que se censuran.

y se encontraron, y lo que es mas, homeopáticos, arreglados á la doctrina hahnemanniana, verdadera, pura y ortodoxa: medicamentos dinámicos que curan siempre las *lymnemicolérides*; y que deben usarse, para que surtan efecto, como se emplea el azufre en el *oidium* de las cepas; esto es, á puñados y aspergeando á los enfermos, hasta darles un barniz por la piel y las mucosas. Solamente así es como se puede destruir el miasma generador y los productos vegetales.

Si esto no se hace pronto, se corre el peligro de que esa vegetacion crezca en la lengua del enfermo, quedando ésta convertida en una pradera, y habiendo necesidad de segar la yerba que nazca en su membrana mucosa.

Tres son los específicos; y si me apuran, solamente dos; y si aun me apuran más, uno solo: la quinina.

Mas, para que surtan el resultado apetecido, hay que administrar cuarenta, cincuenta, ciento, doscientos (que me tienen del gaban cuando me vaya del seguro), y un kilogramo, y más, en el espacio de veinticuatro horas, de doce, de seis, y en ménos tiempo. Y todo esto es, sin embargo, homeopatía pura y ortodoxa, filosofía y terapéutica espiritualistas, como lo verás más adelante, Hahnemann ilustre. (1)

Que nos venga ahora el doctor Asuero con aquella pulla de «que la homeopatía es el glóbulo azucarado, símbolo de la nada medicinal.» Ya le enseñaremos que el complemento de la homeopatía es hacer glóbulos macizos de quinina, tamaños como melones, para que el enfermo se meriende unos cuantos de una sentada.

Es homeopatía pura cuanto te he comunicado: (2)

4.º Porque hay similitud de síntomas entre los de las enfermedades lymnémicas y los patogenésicos de la quinina, del arsénico ó del cedron. (3) Cualquier médico homeópata en-

(1) Estas exageraciones terapéuticas están consignadas en la teoría y en los preceptos del doctor Hysern.

(2) Empeñado el doctor Hysern en sostener la concordancia de sus ideas con la doctrina hahnemanniana, alega varias razones que se consignan en la sátira de estos párrafos.

(3) Medicamentos que considera como específicos para todas las enfermedades lymnémicas, aun cuando dá la preferencia á la quinina.

contrará en las patogenesias de estos medicamentos, y si no lo encuentra debe creerlo como si lo viera, la produccion de vegetales en la lengua y en todas las mucosas, que á esto vienen á reducirse las enfermedades lymnémicas.

2.º Porque la cantidad de medicamento ha de ser proporcionada á la cantidad de la causa, lo cual tambien es hahne-manniano y espiritualista.

3.º Porque la energia de los medicamentos no está en razon directa de su dinamizacion, sino de su masa; y esto es igualmente hahnemanniano y espiritualista.

4.º Porque aun cuando hay quien se empeña en creer que tu sentaste una gran verdad, absoluta, cuando dijiste que la virtualidad medicinal de una sustancia se desenvolvía con la disgregacion de sus moléculas para despojarla, hasta donde sea posible, de las cualidades físicas y químicas; esto no debió ser otra cosa que una de tantas quimeras consignadas en tus libros; porque has de saber que los adeptos que han echado á tu obra la bocas mangas y medias suelas de que te hablé antes, afirman que además de haberla dejado manca, aseguraste muchas cosas que son errores crasos, llevado de tu entusiasmo y de tu exageracion. (1)

5.º Es finalmente homeopatía, porque en el capítulo del *lymnemerismo*, se individualizan los casos morbosos, habiendo un medicamento para cada uno de ellos: solamente que para simplificar la cosa, se aconseja siempre el uso de la quina, lo mismo para las perniciosas coléricas, que para las apopléticas, las neumónicas, las epilépticas y cuantas variedades puedan presentarse.

Esta práctica es ademas muy arreglada á los conocimientos fisiológicos, porque lo mismo en las lymnemocolérides que en el cólera verdadero y en otras perniciosas, no hay absorcion por las membranas mucosas; pero este pequeño inconveniente se vence con centuplicar la dosis. Si no pueden

(1) Tambien decia que la obra de Hahnemann era incompleta é imperfecta, presumiendo que su descubrimiento sobre los hemitriteos era un progreso de la homeopatía.

ser absorbidos dos ó cuatro granos bien triturados con azúcar de leche, se absorberán cuarenta ó cincuenta, ó ciento, ó doscientos de quinina pura en pildoras, ó en cualquiera de las fórmulas usadas por la escuela antigua. Este es el sistema del artillero aquel que porque con un cañonazo no llegaba al muro, mandaba tirar dos.

Si tú, sabio doctor, hubieses vivido en esta época de *hemitriteos* y de *lymnémicas*, de seguro hubieras seguido la práctica de tu discípulo reformista.

Algun estólido pensará que te hubieses dedicado á buscar esa vegetacion acuática, cuyas emanaciones producen, segun dicen algunos, todas las fiebres palúdicas; que habrias estudiado la patogenesia de esas sustancias, preparándolas, atenuándolas y dinamizándolas; y que tal vez por este camino hubieras enriquecido la materia médica con los verdaderos agentes curativos de todas las formas palúdicas, perniciosas y no perniciosas. Quizás haya quien crea que este es un medio que aún se puede emplear para llegar á ese objeto. Pero ¿cuánto más sencillo es valerse siempre de la quinina, en todos los casos, en todas las formas, en todas las variedades, y en todas las circunstancias?

Porque la dificultad sólo estriba en la cantidad, que sin embargo, debe ser siempre grande, fuerte, á veces monstruosa; y la enfermedad que no se cure con doscientos granos, se curará con trescientos, ó quinientos.

Como cualesquiera que sean la forma de la perniciosa y los síntomas con que se nos revele, no hace falta el estudio de los cuadros sintomatológicos y su comparacion con los patogénicos, porque hay siempre un medicamento único para todos los casos, reduciéndose la cuestion á la cantidad que ha de administrarse, precisaba una regla para determinar el límite de dicha cantidad.

Esa regla se ha encontrado. Cuando el enfermo se mejora y todo en él indica la vuelta á la salud, entonces ya ha tomado bastante medicamento. Y vice-versa, mientras no se observa

un cambio favorable,—asómbrate de esto, Samuel Hahnemann,—es que aun no ha tomado suficiente cantidad. Por eso los que se mueren de tales enfermedades, es porque no se les ha dado toda la quinina que les hacia falta. (1)

Cuando en las fiebres palúdicas perniciosas observemos, despues de haberle dado al enfermo una buena racion de quinina, que se queda tranquilo, que no tiene sed ó esta disminuye, que se humedece la boca, que se cae la capa de *vegetacion lymnémica* de la lengua, que el vientre está blando é indolente, que el enfermo se reanima y adquiere fuerzas, que vuelve el apetito, en una palabra; cuando observemos que el enfermo está bueno, es señal de que ya no está malo: y entonces ya podemos estar seguros de que ha tomado la cantidad suficiente de medicamento.

Y todos los síntomas referidos se encuentran en cuantas perniciosas nos echemos á la cara; por eso ellos son los característicos y los que sirven para determinar, cuando desaparecen, que ya se ha combatido el mal radicalmente. ¿Quién no ha visto en una comatosa la inquietud de los enfermos, y como piden agua á voz en grito?

La curacion homeopática, que así se obtiene, está basada en la ley de los semejantes, porque la quinina produce todos los síntomas de todas las fiebres perniciosas palúdicas: y se halla armonizada además con la filosofia espiritualista de la doctrina hahnemanniana, y con su terapéutica dinamista, porque el espiritualismo y el dinamismo establecen que la fuerza está en razon directa de la masa, y que aquella radica en la cantidad y en las cualidades físicas y químicas, y de ninguna manera en la esencia de la sustancia. Por eso la curacion es pronta, perfecta y permanente. El enfermo se queda tan fresco como una lechuga, y el médico se puede marchar tranquilo por el triunfo que ha obtenido.

Verdad es que muchas veces sucede, que á los pocos dias de haber logrado la curacion de una fiebre lymnemocoléride,

(1) Opiniones del doctor Hyern.

se desarrolla un tífus que se lleva al enfermo; pero esto ha de consistir en que se dió poco medicamento, y es lógico administrarle más para combatir la nueva evolucion del mal.

Finalmente, mi respetable Samuel, tu terapéutica no sirve para otra cosa que para curar las enfermedades dinámicas; pero como dejaste abierto el camino para todo progreso, ya están corregidas todas las imperfecciones de tu doctrina. Por eso los correctores son los verdaderos hahnemannianos; y los que se oponen á esa nueva y fresca homeopatía, son ultra-hahnemannianos, que se separan de lo ortodoxo, y sobre todo, del progreso filosófico, espiritualista y dinámico, que como por via de cola, le han cosido á tu obra los modernos reformadores de ella.

Diviértete un rato con esta carta, y además medítala un poco, y de seguro te convencerás como yo, de lo científica, razonable, acertada, conveniente, útil y provechosa que es la interpretacion que dan algunos á tu doctrina, y la manera como la ha completado el descubridor de los *hemitríteos* y de las *lymnémicas*, con sus teorías, y sobre todo, con sus observaciones en este pueblo lleno de pantanos, en el cual es un milagro no morirse uno todos los dias de una fiebre palúdica perniciosa.

Tú, que ya estás libre de ellas y de las muchas calamidades que nos rodean, ruega á Dios nos preserve de tamaños males, y sobre todo que nos dé paciencia para sufrir los muchos desaguisados que se cometen con tus obras y tu doctrina todos los dias.

Febrero de 1868.

20.

LA REVOLUCION DE SETIEMBRE.—LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA.—
LAS FACULTADES LIBRES Y OTROS ESCESOS.

Señores Redactores de EL CRITERIO MÉDICO.

Ciudadanos: En todas mis cartas anteriores he comenzado llamándoles amigos, ó muy señores míos, formas anticuarias y del régimen pasado. Amoldándome á la evolucion del progreso humano, y consiguiente á las actuales conquistas de la revolucion de 26 Setiembre de 1868, doy á ustedes, ó dicho con mas cultura, os doy el tratamiento de ciudadanos. Nada importa hayais nacido en aldea, villa ó lugar; la revolucion nos hace á todos iguales, y somos ciudadanos aunque no hayamos pisado jamas una ciudad.

¿Cómo era posible adivinar cuando escribí mi última carta, que desde aquella fecha hubieran de suceder cosas tan grandes como las que han ocurrido?

Estoy consternado y atónito, ciudadanos de *El Criterio Médico*. Una revolucion inaudita se nos llevó un trono y una dinastía, y nos trajo una Constitucion democrática con los derechos individuales, ilegislables y de origen divino. No podía suceder de otro modo, dadas las funestas predicaciones de la escuela liberal avanzada y de tanto demagogo como se

dejó pulular por esos mundos, en vez de tenerlos encerrados en los presidios.

Y entre las monstruosidades revolucionarias, y como una consecuencia del trastorno general de la sociedad española, nos hacen tragar tambien la libertad de enseñanza. ¡Qué horror!..

¡Qué dirán ahora *El Siglo Médico* y demás periódicos que nos llamaban facciosos, protestantes, insubordinados. y que nos lanzaban sus anatemas, porque no respetábamos el derecho constituido!

Me desmayo y me dan lipotimias al pensar en las medidas insensatas del Ministro de Fomento. Ahora ya no habrá medicina oficial, ya no se prestará obediencia al dogma armónico de las escuelas, ya no se podrá evitar que cualquiera enseñe públicamente ideas rechazadas por los Cuerpos sábios oficiales, ni aun siquiera podremos oponernos á que haya alguna cátedra de homeopatía.

Y los ciudadanos no estarán obligados, segun las justas pretensiones de la escuela alopática, á ser tratados en sus enfermedades por los vistosos récipes y sabrosas drogas de la moderna Farmacopea. Alegarán la garantía de los derechos individuales y de su autonomia para emanciparse de médicos y de boticas, y habrá muchos que prefieran los glóbulos azucarados, simbolo de la nada medicinal.

¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! Esto es inaguantable, y no sé que va á suceder con semejante ofuscacion del buen sentido.

A vosotros y á mí nos alcanza parte de culpa por esa situacion de la ciencia, porque habíamos pedido en *El Criterio Médico* la libertad de enseñanza, y defendido la homeopatía de los ataques del resto de la prensa que pretendia aniquilar esta doctrina por medio de la represion, y privar á los homeópatas del fuego y del agua.

Pero, ciudadanos, la revolucion ha ido mas allá de nuestras aspiraciones, el progreso ha sido mas gigantesco de lo

que podíamos imaginar. Nosotros deseábamos que no se negase un local en las Facultades á quien deseara enseñar una materia científica cualquiera, aun cuando estuviese en oposicion con lo admitido en las escuelas; deseábamos que los alumnos asistiesen á las cátedras, no por miedo á la lista del profesor, sino por la atraccion de su enseñanza, de sus doctrinas y de su elocuencia; deseábamos que no todas las inteligencias se fundiesen en la misma turquesa, y no se limitase el tiempo para aprender todas las asignaturas de una carrera, sino que se permitiera que cada alumno abarcára en cada curso las que fuesen compatibles con su capacidad y su aplicacion; deseábamos que la diferencia de doctrinas médicas que cada uno profese, no fuera obstáculo para desempeñar cargos públicos, sobre todo si eran ganados por oposicion, y que desapareciera esa calificacion absurda de medicina oficial; deseábamos, en fin, que no hubiese autores de texto obligatorios, y que los exámenes fuesen rigurosos y por jurados mixtos, formados de profesores de la escuela y de profesores libres.

A esas menudencias era á lo que aspirábamos cuando en *El Criterio Médico* escribíamos contra la opresion y el régimen vigente en la instruccion pública, cuando nos revelá-bamos contra el derecho constituido, dando motivos para que se nos calificase de facciosos.

Mas no tan solo se han realizado nuestras aspiraciones, sinó otros muchos progresos en que no habíamos soñado siquiera, tales como hacer médicos á todos los cirujanos y ministrantes de España en muy poco tiempo y por poco dinero. Esto realza la dignidad humana, pues así como antes en los pueblos afeitaban los ministrantes y los cirujanos romancistas, ahora harán la barba á los vecinos sus médicos habilitados, sus licenciados ó sus doctores, y veo en esto un progreso social que destruye rancias preocupaciones. Si, señores, en los pueblos, y quizá hasta en las grandes capitales, los médicos pondrán en sus puertas el llamativo de las vacías, con un

gran rótulo que diga: *El Doctor D. N. N. cura y afeita á precios equitativos, y gratis á los pobres.*

Además de esta magnífica conquista, hay otra no menos laudable, y es la igualdad de inteligencias y la supresion de calificaciones en los exámenes. Era muy depresivo, era injusto y sobre todo inmoral distinguir á los alumnos con notas de sobresalientes, aprovechados, etc. Ahora no hay mas que aprobado ó suspenso, porque ni la diferencia de capacidad ni de aplicacion se deben tener en cuenta en los exámenes. Esto sería contrario á la igualdad y demás drogas que nos ha traído la revolucion de Setiembre. O somos ó no demócratas. Si nos decidimos por lo primero, hay que aceptar el dogma de la igualdad humana en toda su estension, y no podemos admitir superioridad intelectual, ni aun moral, en unos hombres sobre otros.

Los alumnos podrán hacerse médicos en cuatro años, en tres ó en dos, ó en siete días, como lo hizo un D. Arcangel que yo conozco; estudiando y siendo aprobados en aquellas materias para las cuales los de nuestra época invertían siete años, y nueve los que querian ser doctores. Esta es una medida financiera y de buen gobierno, porque la poblacion está muy aumentada comparativamente á las subsistencias. Hemos tenido tres años malisimas cosechas, escasean los artículos de consumo, la mitad de la nacion se muere de hambre, y precisaba disminuir los consumidores. Para conseguir esto no hay cosa mas eficaz que crear muchos médicos, pues como ya hemos probado en otras cartas, *la mortalidad en toda poblacion se halla en razon directa del número de médicos.* Con la facilidad que hay ahora para adquirir un diploma, con la libertad de no asistir á clase ni de estudiar de que gozan los alumnos, con la aficion que se ha despertado á seguir la profesion médica, con los muchos millares de matriculados que acuden á las Facultades costeadas por el Gobierno y á las Facultades libres que se han creado en muchas provincias, habrá muy pronto un médico por cada vecino, y el

Estado puede tener la firme esperanza de que á la vuelta de unos cuantos años la poblacion de España estará reducida á la mitad, y los economistas aprenderán una nueva medida financiera para salir de apuros en los casos de crisis por escasez de subsistencias.

Para esto habia tambien necesidad de que el magisterio fuese el resultado del sufragio escolar, libérrimamente expresado en los *meetings*, para acabar con ese rancio sistema de dar las cátedras por oposicion. Así se tendrá un personal sacado de los clubs y de las filas de los voluntarios de la libertad, un personal que fume en las cátedras y se cale el sombrero ó el gorro para explicar, invitando á los alumnos á que hagan otro tanto, y que concluyan una leccion de anatomia, de higiene ó de patologia, dando un solemne viva á la República ó al monarca demócrata; segun convenga: porque esto es muy esencial para que los muchachos aprendan á curar pulmonías, tifus y viruelas.

La revolucion de Setiembre ha facilitado la creacion de Facultades, allí donde una empresa, una diputacion provincial ó un municipio han creido que debian costear cátedras de medicina ó de derecho, porque estas son las carreras que privan. Fundar cátedras de agricultura y de otras industrias hubiera sido cosa bien raquítica y de poca importancia. Lo grande y sublime era establecer colegios para hacer muchos médicos y muchos abogados, porque los enfermos estaban sin tener quien los asistiese y los litigantes sin encontrar quien los defendiera. Ahora se tropieza uno con una Facultad de medicina hecha y derecha en cualquier lugarejo, pues para ello no hacen falta salas de diseccion, ni museos, ni clinicas; y si se necesitan cadáveres, ya se encargarán de que no falten los médicos de estas y de los hospitales. Tampoco es preciso instrumental, ni gabinetes de química y materia médica. Una Facultad se monta económicamente con recurrir á unos cuantos médicos de los de menos crédito y ninguna visita, para que estén desocupados y se contenten con un pequeño sueldo, y

que se hagan la ilusion de que son catedráticos; con adquirir un material escaso, tal como un esqueleto, cuatro piezas anatómicas de porcelana, y media docena de instrumentos de cirugía desportillados. Con esto, con ir á las clases á conversar con los alumnos y tener mucha complacencia en los exámenes, no hay duda que acudirán en tropel á matricularse los holgazanes á esas Facultades; y las poblaciones que las tengan hallarán un elemento para fomentar la industria de las casas de huéspedes, de los comercios, de los cafés y casinos, bajo cuyo criterio deben resolver esta cuestion las diputaciones provinciales y municipios.

Ciudadanos, esto es progresar; y aun cuando no hayamos aun alcanzado la suma perfeccion, aunque todavía no se vendan los títulos de doctor en los estancos, segun la feliz ocurrencia de un periódico, aunque no se ha tenido valor para declarar libre el ejercicio de las profesiones, confiemos en el porvenir, pues ya se llegará á todo eso y mucho mas.

Entretanto conservemos lo conquistado hasta hoy y no dejemos que se pierdan esas Facultades libres que trasformarán la Sociedad, con tanta sabiduria como se guarda en ellas.

Hay una entre todas, modelo de las de su género, en cierta célebre ciudad orgullosa de su historia, que se envaneció en algun tiempo con el dictado de la moderna Atenas, y que conserva de su tradicion muchas monjas, muchos curas y *Jesuitas*, y el espíritu teocrático infiltrado hasta en los muros de todos sus edificios. En esa ciudad brilló el sol de la revolucion setembrina, y al iluminar aquel paraiso, dijo la Junta provisional de gobierno: «seamos como Dios y empecemos á crear.»

Y creó un Adan que se llamó Perico, de cuyas costillas sacó una para formarle su Eva. Y á esta Èva diéronle por nombre Luc-Asno. Y de esta pareja nacieron muchos hijos, todos Caines sin que hubiera un Abel entre ellos. Y quedaron erigidos en la tribu de los doctores, dándose unos á otros el bonete, y habiendo permitido Dios el milagro de que les inspirase el Espiritu Santo para que se trasformasen en sábios y pose-

yeran la ciencia que ignoraban, porque no la habian estudiado.

Creyéronse hechos maestros de verdad, aunque las gentes pensaban que eran de mentirigillas, y se fueron á las aulas á dar sus lecciones. Unos se limitaban á leer á los discipulos un trozo de un libro, y su sabiduría llegaba hasta el punto de no equivocarse, salvo en las palabras diferencia, conferencia, todavía; que ellos leian *diferiencia, conferiencia y entodavía*, con otros solecismos y barbarismos introducidos como reformas en sus lecciones leidas. Alguno, por excepcion, adoptó el vicioso sistema de dar esplicaciones orales con arreglo á buenos textos, pero fué tachado de presuntuoso é insoportable por sus hermanos los de la docta tribu. No faltó quien digera á los discipulos que él no entendía una palabra de lo que iba á esplicar, pero que con la gracia de Dios iría saliendo del atolladero, y aprendería lo que los alumnos le enseñasen. Otros adoptaron la conducta de no esplicar nada en ningun dia del año. Y como habian de llegar los exámenes y no sabrian si lo que contestasen los discipulos á sus preguntas sería digno de aprobacion ó reprobacion, habiendo ahora tanto endiablado libro que los jueces no conocian, se eligió un criterio seguro para no equivocarse, tomado de Gall y de Lavater, con la añadidura de lo que se averiguase de la conducta del examinando. Los rasgos fisiognómicos y craneoscópicos bastaban para hacer la calificacion, y se decia, este tiene cara de listo y se le aprueba; el otro parece orgulloso y no se quita el sombrero cuando pasa un maestro, por lo cual se le suspende; aquel exhibe cabeza de imbecil, pero le recomienda un padre de la patria ó un padre de la *Compañía*, y hay que tentarse la ropa para desairarlos, y no están los tiempos para meternos en belenes.

Dieron los alumnos de esta Facultad modelo y de otras análogas, aunque no tan sábias, en la disparatada ocurrencia de pensar que aprendían poco ó nada en ellas, y comenzaron á emigrar, buscando su instruccion en las viejas Facultades. Mas ya de sus antiguas glorias no quedaba sinó la historia.

Esto era una bagatela, porque la revolucion habia creado en todas partes un diluvio de sábios, y los inventos modernos conducian al pasmoso resultado de que ahora se puede llegar á ser un gran médico sin asistir á clase, sin tener clinicas, sin disecciones ni autopsias, y sin necesidad de quemarse las cejas estudiando como sucedia antes.

Mucho se aprende en las Facultades libres, pero en las oficiales es ya una monstruosidad: y por esto no es estraño haya matriculados á millares, fabricándose veinte mil médicos cuando menos en cada quinquenio.

Y volvemos al tema del comienzo de esta carta. ¿Cómo es posible que la humanidad no se regenere muy pronto, habiendo tantos ciudadanos que la cuiden? Y luego lo mucho que aumentará el movimiento de gran número de industrias. Los sanguijueleros, los boticarios, los drogueros, los fabricantes de productos químicos, y sobre todo la gente de iglesia y los sepultureros que no cuentan hoy con mas recursos que con lo que los médicos les den á ganar, van á estar de enhorabuena. Ya no me admira que la empresa de Madrid titulada *La Funeraria* haya establecido sucursales en casi todas las poblaciones, arreglando su número al de médicos. Es una empresa muy previsora y hace buenos cálculos. Auguramos que ha de lograr numerosos y lucrativos negocios.

Es inútil que yo escriba ya mas cartas para el objeto que me propuse al comenzar estas. Mi sátira iba encaminada contra los medicastros y las muchas cosas malas que tiene la medicina; y ahora no ha menester el lector ver los cuadros que he trazado, pues los originales los hallará á montones en todas partes, justificando la afirmacion de los escépticos, que tienen la medicina por inútil y perjudicial, y á los médicos los consideran como una plaga de la sociedad. Ello es cierto que hay otras plagas análogas, instituciones que realizan efectos opuestos al objeto para que estan destinadas, tales como los ejércitos, los abogados y el clero, creados los primeros para mantener el orden y la paz, los segundos para ilustrar

cuestiones legales y de derecho, y el tercero para arraigar la religion y la moralidad en las costumbres. Pues sin embargo, todos los motines y revoluciones los ha hecho el ejército, y cuantos revolucionarios ha habido que se hayan propuesto destruir una legalidad existente han contado con ese elemento que pincha y corta, limpia y dá esplendor. Lo que sucede con este pasa con los otros, así que pudiera concluirse con los siguientes axiomas: *las sanas creencias religiosas y las buenas costumbres no, existen ó escasean donde hay muchos curas;—para que no haya usonadas ni motines es necesario disolver el ejército;—los pleitos y los enredos, así como la mala administracion de justicia, están en razon directa del número de abogados, escribanos y demás curiales:—la mortalidad aumenta en cada localidad á proporcion que es mayor el número de médicos que hay en ella.*

Es probable se me juzgue escéptico en medicina cuando se hayan leído estas cartas, y tal juicio no sería exacto. De la misma manera se equivocaría quien creyera me he propuesto únicamente hacer la defensa de una doctrina médica determinada. La medicina como ciencia ha realizado grandes progresos, tanto en el terreno metafísico como en el de los inventos y de los hechos prácticos; pero por lo mismo hay muy pocos hombres que puedan abarcarla. Aparte de que las claras inteligencias escasean y de que la razon vigorosa se halla siempre en minoría en la humanidad, los médicos saben poco de la ciencia que practican, el inmenso número de ellos tienen escasa instruccion y poca capacidad, la parte de su arte que se llama materia médica es una aglomeracion de remedios absurdos, inútiles ó nocivos, y de aquí que casi todos sean medicastros. Gran número de enfermedades se curan por sí solas, y muchas toman un giro funesto y terminan por la muerte ó por una série de padecimientos que duran toda la vida, á causa de los malos tratamientos que se emplean. Y como los verdaderos médicos escasean tanto, como hay tan pocos que sepan dejar marchar desembarazadamente á la na-

turaliza, por eso es mejor pasarse sin médico que caer en manos de un medicastro, que es lo que ocurre casi siempre á las familias cuando creen necesitar de sus auxilios.

Lo mismo decimos de los operadores. La cirugía debe ser el arte de evitar operaciones, practicándose únicamente las indispensables y de resultados positivos. Hoy se opera en padecimientos que son incurables á pesar de la operacion, la cual acorta los dias del paciente; se opera por lujo y por lucir habilidades manuales, se opera por sacar mayor lucro en multitud de lesiones que se curarían con otros medios. Por esto me he pronunciado contra la falta de sano criterio médico y de conciencia en la mayor parte de los cirujanos.

He censurado la medicina en sus aplicaciones prácticas por la insuficiencia de sus medios curativos, y prefiero la homeopatía, no como el último progreso, no como la única que realice curaciones, no como medicina perfecta, sinó como doctrina mas completa en cuanto á leyes y principios que la medicina antigua ó tradicional, como arte que nunca perturbaba los esfuerzos naturales orgánicos para que las enfermedades se curen, como provista de agentes más eficaces que los disparatados con que cuenta la medicina secular, y porque además ella prepara el camino de la medicina del porvenir, y conduce á un gran progreso, cual es hacer innecesaria esta profesion, porque debe llegar dia en que cada uno sea médico de sí propio, en que cada jefe de familia sea quien cuide de la salud de los suyos y sepa curarles sus enfermedades, como tambien debe ser el sacerdote de su casa.

Espero que algo contribuirán á ilustrar al público estas cartas sobre el valor de la medicina y la importancia de los médicos, así como habrá algunos de estos que se corregirán y habrán de procurar con su conducta que no se les pueda tachar de medicastros, mientras la sociedad tenga la desgracia de necesitarlos.

Salud y fraternidad, y..... les desea su conciudadano
Marzo de 1871.

A. GARCÍA LOPEZ.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

Cuatro palabras al lector. 2

CARTAS CRÍTICAS.

- 1.^a *La clínica del Dr. Santero.—Una historia de sífilis.—Los operadores.* 7
- 2.^a *La prensa médica.—El Congreso de la medicina ortodoxa y otras menudencias.* 16
- 3.^a *Una espresion de gratitud á dos periódicos.— Dos cariñitos á la España médica.—Tres mimos á un homeópata.—Algunas melosas rectificaciones sobre el Congreso médico español.* 24

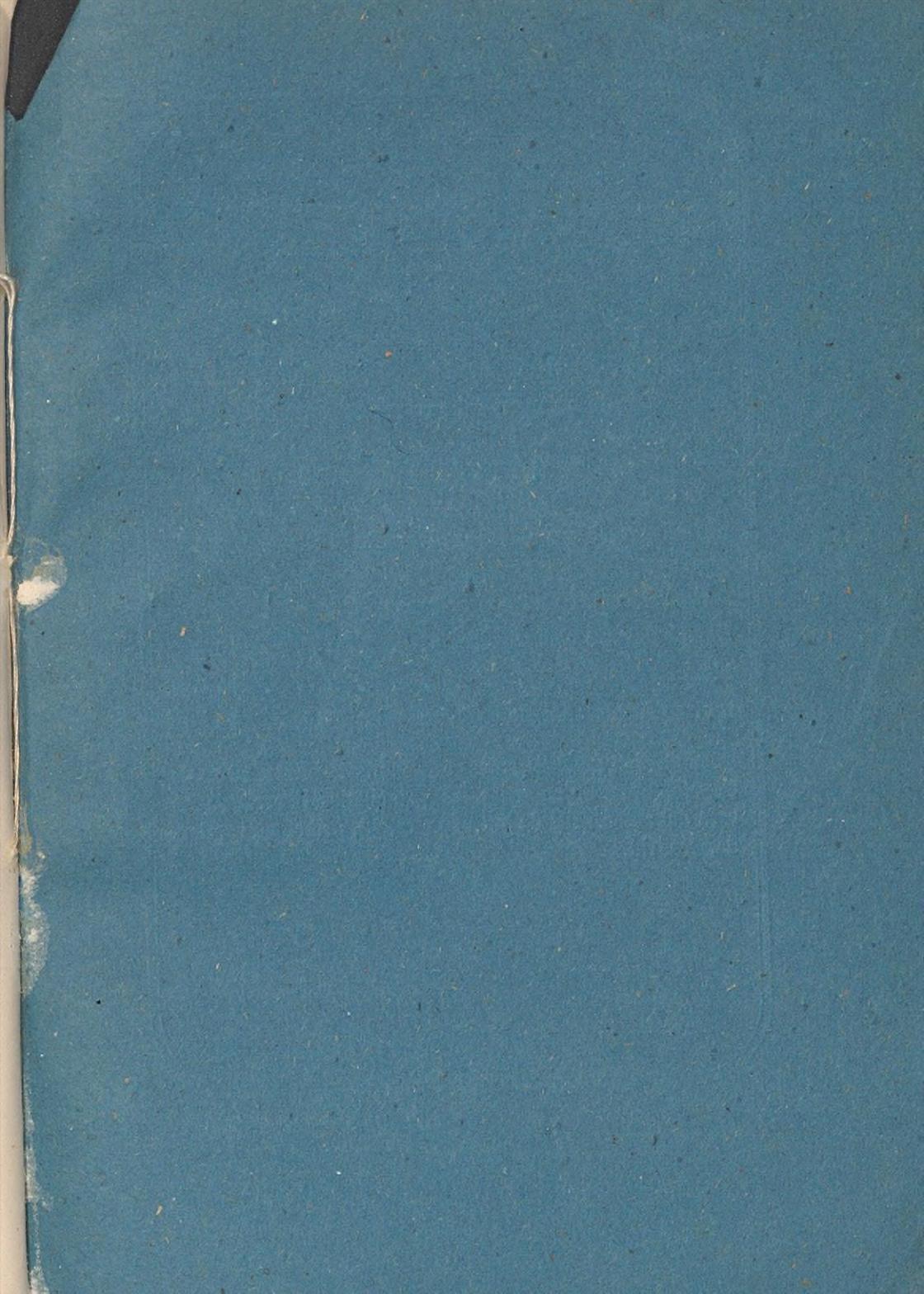
4. ^a	¡OH!!!	31
5. ^a	<i>La visita de un buen práctico á vista de pájaro.</i>	41
6. ^a	<i>Medio paréntesis á mi sátira.—Menestra de filosofía aderezada con varias yerbas.</i>	51
7. ^a	<i>La real Academia de Medicina y el Croup.—Otra vez el Vigía de los partidos.—Bibliografía.—La Homeopatofobia.</i>	59
8. ^a	<i>El Congreso médico español y un simil.—Una catilinaria á un atrevido.</i>	69
9. ^a	<i>Alarmas, somatén y conciliábulos.—Peligros y plegarias.—La lógica de la prensa alopática.</i>	77
10.	(Continuacion de la anterior).— <i>La gran batalla.—Todo es humo.—Fuegos de regocijo.—Consejos.—Desengaños.</i>	85
11.	<i>Pensamientos sueltos.</i>	95
12.	<i>Las Consultas.—La Medicina de los ricos y de los pobres.—Secretos de un libro de caja.</i> . .	103
13.	<i>El cólera y la medicina secular.—Ligero inventario de las enfermedades incurables por la alopatía.</i>	114
14.	(Continuacion de la anterior).— <i>Estado actual de la alopatía con relacion al tratamiento del cólera.</i>	123
15.	<i>El exodo médico y la Farmacopea oficial.</i> .	135
16.	<i>Ya no hay alópatas.</i>	146

17.	<i>De la regeneracion fisica y moral de la especie humana. — Opiniones de un alópata. — Comentarios.</i>	157
18.	<i>La escuela oficial pintada por sí misma.</i>	167
19.	<i>Carta á Samuel Hahnemann de un homeópata de Madrid.</i>	175
20.	<i>La revolucion de Setiembre. — La libertad de enseñanza. — Las Facultades libres y otros sucesos.</i>	183



ERRATAS.

El buen juicio del lector suplirá las que hay, puesto que no alteran en nada el sentido de lo que el autor se propone decir.



OBRAS

CIENTÍFICAS DEL AUTOR.

Manual de aguas y baños minerales de España, con la Guía del Bañista y el Mapa balneario.	24	rs.
Monografía de las Aguas minerales de Segura de Aragon.	6	
Memoria sobre las virtudes de las Aguas de Segura en las afecciones de la vista.	2	
El Indispensable para los bañistas de Ledesma.	1	
El Paludismo y la Geografía Médica de España en sus relaciones con las afecciones palúdicas.	24	
Mapa balneario para cuadro.	10	
Idem en estuche.	14	
Cartas Críticas sobre la Medicina y los Médicos.	12	

Se hallan de venta en casa de Bailly-Bailliere, Plaza de Topete, núm. 8; en todas las principales librerías, y en casa del autor, calle de la Gorguera, 13, principal, izquierda, Madrid.